ELECTRA
FILOCTETES
EDIPO EN COLONO

SÓFOCLES



Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Las tres piezas de SÓFOCLES (496-405 a.c.) que reúne el presente volumen pertenecen a la época final de producción de nuestro autor y manifiestan la culminación de su técnica dramática. Traducidas, prologadas y anotadas por Antonio Guzmán Guerra, las dos primeras se sitúan en el llamado «ciclo troyano», relacionado con los avatares y las secuelas que vivieron los griegos con motivo de la expedición y conquista de la ciudad de Troya: ELECTRA retoma el tema de la venganza filial; FILOCTETES es el pobre desvalido que se ve burlado por el astuto Ulises. La tercera obra, EDIPO EN COLONO, constituye, por su parte, el colofón de las aventuras y desgracias del anciano Edipo, rey de Tebas. La publicación de estas tres obras completa en esta colección, junto con «Áyax / Las Traquinias / Antígona / Edipo Rey» (BT 8214), la totalidad de la producción dramática de Sófocles que ha llegado hasta nosotros.



El libro de bolsillo

Biblioteca temática

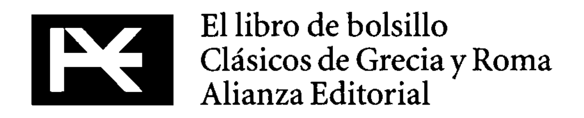
Clásicos de Grecia y Roma



SÓFOCLES

ELECTRA
FILOCTETES
EDIPO EN COLONO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE ANTONIO GUZMÁN GUERRA


El libro de bolsillo
Clásicos de Grecia y Roma
Alianza Editorial

Primera edición: 2001
Primera reimpresión: 2006

Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Proyecto de colección: Rafael Sañudo
Ilustración: Rafael Sañudo

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 84-206-7227-0
Depósito legal: M. 32.816-2006
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Coto de Doñana, 10. 28320 Pinto (Madrid)
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

La lectura de los clásicos, y en especial cuando se trata de un texto que fue concebido para ser representado en un escenario, plantea a un lector de nuestros días una cierta reticencia. Las referencias a un universo cultural que dista de nosotros más de dos mil años o la identificación de tal o cual personaje parece que levantan una barrera entre el lector y el texto. Pero por otra parte los argumentos de las obras, las experiencias vitales de sus protagonistas y la propia belleza estética de no pocos pasajes siguen ejerciendo un magnetismo indudable sobre el hombre y la mujer de cualquier época. ¿Qué le sucedió realmente a Edipo, el hijo de la fortuna? ¿Por qué Antígona representa el prototipo de la mujer ácrata que lucha desde su personal individualismo contra el omnímodo poder del Estado? ¿Qué sentido tiene la desaforada ambición por el poder de los príncipes de Tebas? ¿Debe el ciudadano obedecer siempre las leyes de la comunidad si se plantea un conflicto entre su conciencia y la ley? ¿Quién fue la apasionada Medea? ¿Qué significado posee la heroicidad de Aquiles? ¿Cuáles fueron y por qué hubo de realizar Heracles sus doce famosos Trabajos? ¿Qué simbolismo subyace en la rica mitología griega? ¿Por qué y cómo han vivido en la

iconografía de tantas otras bellas artes? ¿Qué papel juega el destino en la vida de los seres humanos? ¿Por qué decimos que la tragedia provoca una catarsis en el alma del espectador?, etc.

En esta Introducción pretendemos dar unas pautas, pocas, que faciliten y estimulen la lectura de estas obras legadas a nosotros desde tiempos antiguos, eludiendo al tiempo y en todo caso excesivos tecnicismos. Dejemos que el texto nos hable, que nos revele el mensaje que cada lector sepa o quiera captar, porque este mensaje subjetivo es en buena medida el nuevo y auténtico mensaje de un texto clásico. Porque creemos que ante la obra literaria de un gran autor lo mejor quizá sea seguir el consejo de Borges cuando nos dejó dicho «hice lo que pude para enseñar el amor a la literatura y me abstuve, en lo posible, de fechas y de nombres».

1. El teatro de Sófocles como obra literaria

Una obra de teatro consta evidentemente de un texto o guión que se destina a ser puesto en escena con la ayuda de unos actores, intérpretes, que simulan o representan el papel de una serie de personajes de ficción que desarrollan un determinado argumento. Es obvio que podemos leer sin más el texto de una tragedia o de una comedia, pero no debemos olvidar en definitiva que el fin natural de dicho texto suele ser su puesta en escena. En cierto sentido diríamos que cualquier obra teatral sólo se realiza por completo cuando es interpretada sobre un escenario, con sus actores, su coro, su música, su danza, sus máscaras y su decorado.

En tiempos de Sófocles (497-406), autor contemporáneo de Pericles y quizá el máximo representante del teatro ateniense de época clásica, ya eran las cosas así. El teatro era una manifestación más de la serie de actividades que la ciudad organizaba con ocasión de sus fiestas anuales, llamadas

Grandes Dionisias, fiestas en las que participaban la mayor parte de los habitantes de Atenas.

El teatro griego, por tanto, estuvo desde sus orígenes vinculado a estas fiestas religiosas y a la política cultural de la ciudad, que cada año convocaba un concurso para seleccionar y posteriormente premiar las obras que obtuvieran mayor éxito. En el caso de Sófocles tenemos datos fidedignos de que participó durante casi cuarenta años como autor de tragedias en estos certámenes, y que sus obras obtuvieron dieciocho veces el primer premio y que nunca quedó el tercero (y último). Aunque compuso un centenar largo de piezas, la mayor parte de ellas se han perdido con el paso de los años y sólo conservamos las siete siguientes: *Áyax, Edipo Rey, Antígona, Traquinias, Electra, Filoctetes, Edipo en Colono.*

Con anterioridad a Sófocles, el dramaturgo Esquilo había sentado las bases del teatro y de la representación escénica, pero Sófocles supone sin duda el esplendor del antiguo teatro de Atenas, al que vino a poner broche de oro el tercer gran dramaturgo de la Antigüedad, el innovador Eurípides. Fueron tres grandes autores de teatro en una sola generación.

Pero vamos a centrarnos en las dos cuestiones que consideramos de mayor interés para un lector moderno; la primera, definir qué es una tragedia y trazar algunos de sus principales perfiles como obra artística. Con ello esperamos ayudar a que el lector conozca algunas de las claves específicas del mundo cultural y el código de valores de la época de Sófocles. A esta cuestión dedicaremos el resto del presente capítulo. En segundo lugar y a lo largo de las páginas siguientes queremos abordar algunos aspectos concretos que tienen que ver con la representación y puesta en escena de una obra de teatro antigua. Por ejemplo, quién sufragaba los gastos de la representación, cómo se seleccionaban los actores, cuántos actores podían intervenir simultáneamente, qué público asistía al teatro, cuál era el calendario de las re-

presentaciones, cuánto costaba la entrada al espectáculo; cuestiones todas ellas que aunque parecen tener poco que ver con el concepto de canon literario, ayudarán a acercar al lector moderno al mundo real de la representación antigua.

Cualquier persona de nuestro tiempo ha oído hablar de los Festivales de Teatro clásico de Mérida, de Tarragona, de Itálica o de Segóbriga; quizá haya asistido a estos escenarios o haya viajado hasta Atenas o Delfos para ver la representación de algunas de estas grandes obras. Cuando menos, la televisión o el cine le habrán brindado la oportunidad de ver escenas de algún Edipo, de una Medea o de alguna Electra modernas. En algún momento habrá podido quedar aturdido o desconcertado por el sentido de unos versos, por el significado de una escena o por la incapacidad de comprender el papel que juegan los participantes del coro. Despejar algunas de estas dudas será el propósito del siguiente capítulo de esta Introducción.

Empecemos, pues, por pergeñar las principales ideas o conceptos básicos que configuran una tragedia de época clásica. En su tratado de *Poética* (1449b24-28) Aristóteles define la tragedia como «la representación imitativa de una acción seria, concreta, de cierta grandeza, representada por actores y no sólo narrada en un lenguaje elegante. Se emplea en ella un estilo diferente para cada una de sus partes y la obra provoca, por medio de la compasión y el horror, el desencadenamiento liberador de tales afectos». Esta definición es demasiado densa, ya que contiene en resumen los rasgos que mejor identifican una obra de teatro. Vamos a desglosarla en un breve comentario. En ella creemos ver un armazón conceptual y un entramado formal que necesitan una explicación. Así, se nos habla de que en el *drama* (palabra griega que significa «acción») se trata de representar mediante recursos miméticos el planteamiento de una situación problemática que afecta a algún personaje noble de la antigua saga épica griega. En cuanto al tema, por tanto, las

tragedias suelen hundir sus raíces en los sucesos reales o mitológicos en que se vieron involucrados los grandes señores de Troya (el rey Agamenón, su esposa Clitemestra, o sus hijos Electra y Orestes) o de la ciudad de Tebas (caso de Edipo, de Antígona, etc.). Algunos de los conceptos fundamentales que se entrecruzan en esta urdimbre son, por ejemplo, el de la culpa hereditaria, que hace que la responsabilidad moral de los actos pase de una generación a otra. Así, en el caso de la familia de Edipo: la primitiva maldición que recaía sobre su padre, Layo, es heredada por Edipo, y después de él volverá a recaer sobre los hijos de éste, Eteocles y Polinices, hasta que la culpa sea completamente reparada. Otro tanto podemos decir del convencimiento de que la justicia divina preside el mundo y que más temprano o más tarde viene a restituir el orden (argumento de obras como *Electra* u *Orestes,* en donde los dos hermanos tienen la obligación moral de vengar el asesinato de su padre Agamenón); o de que el orgullo y la insolencia del hombre (la *hybris* en la que el héroe gallardea) le conducen a la obcecación y a la ceguera y que ambas le arrastran a su inexorable castigo. El teatro adquiere y ejerce así una función educadora fundamental sobre la ciudadanía ateniense que asiste a las representaciones y que al abandonar las gradas del teatro tras haber concluido la función ha visto y oído cómo el malvado termina siendo castigado y cómo el crimen no queda impune.

Pero aún conviene que añadamos algo acerca del concepto de héroe trágico y más en particular del héroe sofocleo. Porque podrá ser hombre o mujer, joven o viejo, griego o bárbaro, pero no puede dejar de ser algunas cosas: es en todo caso un ser con propensión a la individualidad y la autosuficiencia que vive en soledad la disonancia que existe entre él y la sociedad y el mundo. A medida que se encastilla en sus posiciones, porque renunciar a sus convicciones equivaldría a dimitir de su esencia, incrementa su soledad. Sus amigos, sus familiares, los miembros del coro le invitarán a

que reflexione y cambie de comportamiento, a que ceda, a que se acomode, a que transija. Pero todo será en vano. Le podrán aconsejar sensatez, prudencia, la conveniencia del oportunismo; palabras vanas e inencontrables en el diccionario del auténtico héroe o heroína. Ni siquiera el socorrido «con el tiempo aprenderás», hará pestañear la voluntad del héroe. Claro está que todo ello arrastra como consecuencias el dolor y el sufrimiento, que el héroe asumirá con plena conciencia y sin temor. Esta entereza y valentía ante un dolor para el que no hay bálsamo, están muy alejadas de las recetas del pensamiento estoico que busca la «a-patía» o de la imperturbabilidad de alma que es el ideal del epicúreo, medicinas ambas de la filosofía de unos años después.

De otro lado, pero vecino próximo, tenemos la presencia del destino, esa fuerza irracional y a veces caprichosa que endereza o arruina la vida de cualquier ser humano y que hace que el héroe se vea fatalmente abocado a tomar a menudo una serie de decisiones de consecuencias casi siempre catastróficas (como ocurre con Edipo, que sin tener conciencia de ello va a convertirse en asesino de su padre, a casarse con su madre y a tener hijos con ella). En la mentalidad griega el hombre está fatalmente atado a su destino y no podrá hacer nada por modificarlo. Ni siquiera los propios dioses podrán torcer su rumbo. Por supuesto que tampoco el héroe trágico puede enfrentarse con éxito a lo que el destino le tenga reservado.

Difícil encrucijada se presenta para cualquier héroe de tragedia. El destino es inexorable, el héroe es inflexible y la divinidad puede asistir como espectador distante o como agente interesado en el drama que se representa. Ya hemos dicho que ni siquiera a los dioses les es dado reconducir el destino, pero tampoco vemos que eviten al héroe el sufrimiento. ¿Qué papel juegan los dioses, entonces, en el teatro antiguo? En ocasiones parecen despreocupados de los derroteros por los que transcurre la vida de los hombres,

alejados en su sonriente Olimpo de las miserias humanas; otras veces dan su asentimiento o inducen directamente a que la desgracia se consume; aun otras parece que imponen y exigen que no haya más que una determinada salida. Pero como ni el pensamiento ni el teatro son estáticos, también es verdad que hay modulaciones. Así, si Esquilo es el teólogo de la escena que justifica moralmente el comportamiento de los dioses en su relación con los hombres, y Eurípides es el filósofo de la escena que critica racionalmente hasta el derecho a la existencia de los dioses, a Sófocles lo vemos equidistar entre la fe de Esquilo y la irreligiosidad de Eurípides.

Aunque se trata más de una estrategia dramática que de un concepto trágico, creemos que también merece la pena referirnos a la ironía. ¿No es el colmo de lo irónico que Edipo, que parece vivir sólo para descubrir la verdad, sea el último que se entere precisamente de la gran verdad que ya todo el mundo sabe: que es el asesino de su padre, el amante de su madre, y que es a la vez padre y hermano de sus hermanos, e hijo y esposo de su madre? Lo sabe el adivino Tiresias, lo sabe el coro, lo sabe su madre, por saberlo, lo saben hasta los espectadores; todos menos él que en otras cuestiones es el mejor sabueso que haya podido salir a la caza de la verdad. No se trata de una simple ironía retórica, sino de una ironía esencial, existencial.

Otro caso emblemático, por referirnos brevemente a una de las obras aquí traducidas, lo tenemos en el pasaje de *Electra* en el que Orestes finge que la urna que trae en las manos contiene sus propias cenizas. El clímax de tensión y de desesperación que esta escena genera en Electra es casi inimaginable. Ella, que ha vivido toda su vida con la única esperanza de ver el día en que regrese su hermano Orestes para ejecutar la venganza sobre los asesinos de su padre, ve desconsolada que ahora aparece un forastero que anuncia la llegada no de Orestes, sino de las cenizas de su cadáver en una diminuta urna.

Los juegos que permiten estas escenas irónicas son muy productivos dramáticamente. Porque al desvelarse la auténtica realidad aflora un cambio total de la situación. Edipo, que parecía el más feliz de los hombres, *es* en realidad el ser más desgraciado, vil y criminal. De ser rey pasa a ser el peor de los villanos. En cambio Orestes, que «aparece» transformado en leve e inane ceniza en una urna, reaparece en pleno vigor de juventud y lozanía. Quien «había muerto» está vivo y dispuesto a ejecutar su obligación.

Y como elemento constante en todas las obras se halla, como vemos, la presencia del propio ser humano, con sus debilidades y sus grandezas. Edipo es grande porque se empeña en llegar al fondo de la verdad, cueste lo que cueste, aunque ello le cause inconvenientes y su propia ruina; Antígona es admirable porque antepone sus deberes éticos como hermana obedeciendo las leyes de su conciencia (dar sepultura al cadáver de su hermano Polinices) frente a la ley del Estado, que por razones políticas lo prohíbe. La generosa Alcestis o la joven Ifigenia no dudarán en ofrecer sus vidas en provecho del bien o la felicidad de sus seres queridos. Pero este mismo ser humano, hombres y mujeres, es capaz también de ser representado con todas las sombras de sus miserias morales. La falta de escrúpulos que muestran tanto Eteocles y Polinices con tal de conseguir el poder y control político de la ciudad de Tebas y que les lleva a un enfrentamiento de guerra civil en la que ambos hermanos encuentran la muerte el uno a manos del otro; la desmesura de las pasiones de un personaje como Medea, que no duda en dar muerte a sus propios hijos con tal de vengarse de su marido, Jasón; la mendacidad del taimado Odiseo/Ulises, que no vacilará en recurrir a la más vil mentira para engañar al infeliz Filoctetes. La galería de prototipos de personajes es por tanto bien nutrida. El hombre es en el teatro griego un ser doliente, que casi nunca tiene la culpa de lo que le sucede, sino que sufre

sólo por el hecho de que es humano. Pero el sufrimiento nos ennoblece y sobre todo nos enseña. Sólo se aprende sufriendo (πάθει μάθος). Y este sufrimiento del protagonista lo ha de vivir en soledad, es un dolor no compartido, ante el que de nada vale el consuelo de un amigo ni la comprensión de la familia. Es un dolor intransferible. Es la tremenda soledad del héroe, del héroe y de cualquier individuo de la especie humana. Y precisamente es Sófocles el trágico del dolor humano. Ahora bien, este dolor moral que el protagonista ha de padecer en soledad absoluta y existencial se va trasladando mentalmente a los espectadores que asisten a la representación, cuyas almas van sintiendo la congoja que envuelve al personaje que actúa sobre la escena y con quien comparte un especial sentimiento de simpatía. Sólo al final recuperará el espectador la conciencia de que lo que ha visto y oído es sólo una ficción y no una situación real. Es ahora cuando empieza a verse liberado de la opresión que en su alma sentía mientras la representación avanzaba. Lo que ha «sucedido» en la escena a Edipo, a Antígona, a Medea, a Electra, me pudo haber pasado a mí, pero ahora compruebo que sólo ha sido una simulación escénica. A esto parece que debería referirse Aristóteles cuando nos hablaba de que el drama produce en el espectador la liberación de su temor, la catarsis que purifica su alma y le restituye su paz de espíritu.

Hasta aquí cuanto teníamos que decir sobre algunas de las cuestiones esenciales que forman el contenido conceptual y percepción del mundo del antiguo hombre griego según nos lo muestra el teatro. Repasemos ahora algunos aspectos más formales o circunstanciales.

Toda obra de arte posee su propia arquitectura; a veces bien a la vista, a veces refinadamente disimulada, otras veces anárquica e inconscientemente dictada a la genialidad del artista. Vamos ahora a examinar las vigas maestras de una tragedia estándar. Cuando se inicia la representación puede aparecer un coro (normalmente compuesto por un grupo de

doce a quince personas) que canta mientras baila. Esta primera aparición del coro se denomina *párodo* (es decir, «canto de entrada»). Este grupo coral tiene en ocasiones un portavoz que puede intervenir en representación de todo el coro y recibe el nombre de *corifeo.* En otras obras en cambio quien primero aparece es un actor o personaje que empieza a relatar los antecedentes del argumento de la pieza *(prólogo).* En la antigua Grecia no existía un programa o folleto impreso como el que se distribuye a quienes modernamente asistimos a una sesión de teatro, de modo que la función que corresponde al prólogo de una tragedia es la equivalente a la información que se nos suministra al espectador moderno cuando leemos el folleto que se nos facilita al adquirir el ticket de entrada.

Pues bien, ya tenemos los dos elementos constitutivos básicos y esenciales a cuyo cargo va a producirse la obra: el coro, y el actor. En cuanto a los actores debemos precisar que su número máximo era el de tres, y siempre actores masculinos, aunque obviamente podían representar papeles de hombre o de mujer (situación análoga a la que encontramos en Europa todavía en época de las representaciones de Shakespeare). La limitación a tres del número de actores se debía sobre todo a razones económicas y de presupuesto. Pero la diferencia esencial entre coro y actores estriba en el modo en que intervienen sobre la escena. No debemos olvidar que aun cuando nuestras traducciones suelen ser en prosa, todas las tragedias griegas están escritas en verso poético. Normalmente los actores recitan en un tipo de verso de secuencia muy cómoda y natural a la lengua griega, el metro *yámbico,* es decir, una secuencia en la que alternan sílabas breves y largas en esta disposición: breve, larga, breve, larga *(v - v -).* Cada verso contiene tres unidades de este metro y constituye lo que se llama un *trímetro yámbico.* En este sentido, las sucesivas intervenciones de los actores, que como decimos recitan sin acompañamiento musical, reciben el nombre de

diálogo o *recitado;* una tirada de versos a cargo de los actores constituye cada uno de los *episodios.* De vez en cuando un determinado actor debe abandonar momentáneamente la escena justo el tiempo que necesita para disfrazarse y volver a entrar representando un nuevo personaje; en ese intervalo los demás actores pueden guardar silencio y suspender su diálogo para dar paso a un interludio o canto del coro. Cada una de estas intervenciones en que el coro canta, a la vez que baila sobre el propio espacio de escena en que se ha situado, constituye un *estásimo.* A diferencia del recitado a cargo de los actores, estos cantos del coro se producen utilizando ritmos muy variados y diversos, de acuerdo con que el coro cante en tono de alegría, tristeza, amenaza, o cualquier otro estado de turbación anímica (algo, como se comprenderá, muy sutil y difícil de poder reflejar en cualquier traducción). Cada uno de estos estásimos son como un fragmento de un poema de cierta amplitud que se estructura en unidades más pequeñas, de modo parecido a como nosotros descomponemos un soneto de 14 versos en dos cuartetos más dos tercetos. A la primera parte de dicha unidad se le da el nombre de *estrofa*, a la que sigue una tirada de versos que debe ser igual en número y debe estar compuesta en el mismo ritmo métrico y que recibe el nombre de *antístrofa.* En ocasiones a esta pareja de estrofa más antístrofa se añade una especie de estribillo que se conoce como *epodo* («sobrecanto»).

Una vez finalizada esta intervención coral vuelven a tomar la palabra los actores para hacer que la acción dramática continúe, en un nuevo episodio. Y así prosigue la representación con sucesivos episodios interrumpidos por estásimos del coro. Una vez que la obra alcanza su final, los actores desaparecen de la escena y el coro la abandona igualmente en una salida majestuosa y solemne, cantando y bailando por última vez: es el *exodo* («canto de salida»). Hay otras unidades menores, que quizá interese menos conocer a un lector general (cantos compartidos entre coro y un ac-

tor; diálogo muy ágil entre dos o los tres actores en el que cada uno recita un verso *(esticomitía)*; interrupciones de palabras en el seno de un mismo verso *(antilabé)* que reflejan una actitud anímica excitadísima, etc.). Antes de dar por concluido este apartado sólo nos referiremos a algunas innovaciones técnicas que se suelen atribuir a Sófocles. Estableció que el número de actores fueran tres (número desde ahora mínimo y máximo) pues todavía su predecesor Esquilo compuso sus obras para ser representadas por sólo dos actores. Con este recurso a un triple actor resultaba más fácil establecer una triangulación, no sólo numérica, de personajes en la escena. Disminuyó la importancia del coro y redujo notablemente su intervención. Si en Esquilo los coros ocupan en ocasiones la mayor parte de la obra, en larguísimos cantos de gran solemnidad, el papel del coro perdió terreno con Sófocles en beneficio del diálogo a cargo de los actores. Finalmente Sófocles acabó con la costumbre anterior de componer trilogías, esto es, las tres obras que se presentaban a concurso constituían una unidad temática en torno a un mismo asunto, y optó por la presentación de piezas que podían referirse a diferentes personajes o temas. Con anterioridad Esquilo había compuesto algunas de sus más famosas trilogías sobre el titán Prometeo: *Prometeo portador del fuego*, *Prometeo encadenado*, y *Prometeo liberado*, o sobre la saga de la familia de los Atridas, *Agamenón*, *Coéforos*, *Euménides*.

En conjunto lo que hemos pretendido con esta mínima descripción de la estructura formal de una tragedia y del modo como se componían es dejar constancia de que una pieza de teatro es un texto poético muy elaborado y con un alto grado de refinamiento, aspectos que difícilmente quedan reflejados en casi ninguna traducción.

2. La representación y puesta en escena

Las obras de teatro griego que en la actualidad leemos se nos han conservado en una serie de manuscritos, a veces plagados de erratas debidas a la incompetencia de sucesivos copistas, interpolaciones de versos en un manuscrito, censura de algún otro en tal o cual otro manuscrito, pérdida de los versos que iban en la primera o última página por el deterioro material de las mismas debidas a la incuria del paso del tiempo, y un largo etcétera. Cualquier edición moderna de un texto clásico antiguo se basa en la confrontación de los mejores manuscritos conservados y en la preparación de una edición del mismo, pues de hecho no nos ha llegado ni un solo manuscrito original de ningún autor de teatro de la Antigüedad. Pero una vez que ya tenemos una edición más o menos fiable sólo hemos conseguido recuperar lo que sería el libreto o texto de la obra. Desgraciadamente no se nos ha conservado casi nada de música griega antigua, ni tampoco poseemos grandes noticias directas sobre indicaciones coreográficas, ni ningún tratado sistemático que aborde monográficamente todo el intramundo que rodea la preparación de una puesta en escena.

Hemos de recurrir para ello a otras fuentes complementarias como pueden ser los textos de las inscripciones, ciertos vestigios arqueológicos, las escenas pictóricas que aparecen en las vasijas de cerámica, o las noticias dispersas que encontramos esporádicamente en otras obras literarias de la Antigüedad. Estas circunstancias concretas tradicionalmente han atraído en menor medida la atención de los editores y traductores, a pesar de que creemos que pueden ayudar a acercarnos y conocer de un modo más real lo que era el mundo del teatro antiguo en su conjunto, como realidad viva y no sólo libresca o erudita. De ahí que nos haya parecido oportuno dedicar las siguientes páginas a una breve presentación.

Hasta ahora hemos hablado casi exclusivamente de la tragedia griega, pero sería reduccionista dar la impresión de que en los Festivales de Teatro sólo se representaban obras de tragedia. A los diversos festivales concurrían en realidad tres tipos de obras bien distintos. Durante las Fiestas de las Grandes Dionisias (al finalizar el verano) se celebraban los concursos de tragedias y de dramas satíricos. Estos últimos eran una obra dramática de tono jocoso y desenfadado que toma su nombre del hecho de que entre los componentes de su coro participaban unos personajes llamados sátiros, de rasgos animalescos que cortejaban e importunaban a las ninfas. En cambio las comedias competían en un festival distinto, que se celebraba en torno al mes de enero de cada año, y que se conocía con el nombre de fiestas Leneas.

Una vez que se iniciaban las fiestas, pongamos por caso, de las Grandes Dionisias la mayor parte de los ciudadanos de Atenas y los vecinos de las pedanías cercanas concurrían al teatro, independientemente de que fueran ciudadanos ricos o pobres, letrados o casi analfabetos. Recordemos que el teatro supuso desde antiguo en Atenas una actividad esencialmente educadora y que los atenienses concedieron a la asistencia al teatro la importancia de una de las más importantes obligaciones cívicas. Se ha discutido mucho sobre si las mujeres asistían a las representaciones de tragedias. Aunque en algunas obras parece que hay ciertas alusiones que abonarían la presencia de mujeres en las gradas, la discusión continúa todavía abierta. El Estado, es decir la ciudad, negociaba con un «productor» la gestión económica de la organización del espectáculo, cuyas cargas eran también subvenidas por una contribución especial a cargo de los ciudadanos económicamente más pudientes, contribución que recibía el nombre de *liturgia* («impuesto»). Una entrada media venía a costar dos óbolos, la sexta parte de una dracma, que era la unidad monetaria. En realidad se trataba de un precio modesto y asequible, pero en todo caso cualquier ciudadano hu-

milde podía solicitar a las autoridades una entrada libre, de suerte que al menos en este sentido se trataba de un teatro de acceso verdaderamente popular. El Estado disponía en sus presupuestos de un *fondo teórico* («fondo para espectáculos») con objeto de subvencionar y hacer verdaderamente popular la asistencia a las representaciones. Durante los tres días seguidos que duraba el espectáculo presenciaban tres tragedias diarias seguidas de un drama satírico durante la sesión de mañana y tras un descanso para comer se proseguía con la representación de una comedia. Era por tanto un cartel de quince obras durante los tres días, aunque parece que no todos los espectadores (el aforo de un teatro importante podía rondar las 10.000 personas) asistían a la totalidad de la oferta programada. Hay otros muchos aspectos menores que podrían ser susceptibles de enumeración. La selección de los actores, el sueldo que cobraban, su vestimenta (más austera siempre en la tragedia que en la comedia o el drama satírico), el empleo de máscaras de quita y pon, o las menudencias, anécdotas y avatares que ocurrían durante los días de ensayo previos a la inauguración del espectáculo [1].

Pero ahora pasaremos ya a unas breves palabras sobre las tres obras que aquí hemos traducido.

3. *Electra*

Esta obra fue puesta en escena en torno al año 420 a.C., cuando nuestro autor debía de frisar los setenta años. Sus precedentes se remontan a la saga épica de Homero en la que aparecen algunos de los principales personajes de esta tragedia. Ya Esquilo había compuesto una obra, titulada *Coéfo-*

1. Sobre todos estos pormenores recomendamos el práctico libro de R. Taylor, *El escenario del teatro griego y romano*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

ros, sobre este mismo argumento, y el propio Eurípides (a pesar de ser más joven que Sófocles) había puesto en escena también una *Electra* unos años antes. Electra es hija de los reyes de Micenas, Agamenón y Clitemestra. Cuando el rey regresa de la expedición a Troya es asesinado por su mujer, Clitemestra, y su amante, Egisto. Electra, protagonista del drama, salva a su pequeño hermano Orestes de las manos de su madre y lo manda al extranjero. Desde ese momento vivirá Electra veinte años esperando que algún día regrese Orestes para vengar el asesinato de su padre. La obra plantea la licitud del matricidio, ya que los dos hermanos terminan por dar muerte a su propia madre.

4. *Filoctetes*

Representada en los festivales del año 409, la tragedia *Filoctetes* trae a colación la suerte de este personaje heroico, guerrero muy destacado de entre quienes acudieron al asedio de Troya. Cuando la expedición griega iba de camino Filoctetes fue mordido en el pie por una serpiente. El hedor de la supuración de la herida hizo que los griegos, a instancias del taimado Ulises, lo abandonaran en la isla de Lemnos, marco donde Sófocles sitúa el escenario de la acción. Pero el destino ha fijado que los griegos no podrán tomar Troya sin el concurso de Filoctetes y su arco, arco infalible que había pertenecido nada menos que a Heracles. Ante esta noticia los griegos comisionan a Odiseo/Ulises y a Neoptólemo (hijo de Aquiles) para que recuperen el arco de Filoctetes; Neoptólemo intenta persuadirlo por las buenas mientras que a Odiseo sólo le interesa conseguir con engaños el arco sin importarle que Filoctetes quede abandonado y solo, triste Robinsón que en su isla puede conversar sólo con la ninfa Eco.

La obra plantea además del tema de la soledad humana el de la ingratitud de los compañeros o camaradas. Destaca

igualmente la contraposición de los dos caracteres del noble Neoptólemo y del taimado Odiseo/Ulises.

5. *Edipo en Colono*

Fue una obra representada póstumamente, cuando su autor ya había muerto. Sófocles la escribió contando más de noventa años. El tema de la obra son los días postreros del héroe tebano Edipo, quien después de haber sufrido las mayores desgracias humanas, argumento de su obra *Edipo Rey*, vagabundea por Grecia acompañado de su hija Antígona, cuando sólo le queda el consuelo de encontrar un lugar de descanso para su cuerpo. La ciudad que le dé acogida recibirá las bendiciones que emanan de un hombre semidivino. Por otra parte, la obra es un canto de elogio a Atenas, la patria del poeta, la que fuera antes metrópoli del mundo y que en el momento de la representación de la obra acababa de perder su guerra contra los peloponesios. Atenas es modelo de ciudad hospitalaria y refugio seguro de los exiliados políticos. La obra rezuma un tanto de melancolía, la melancolía del canto del cisne antes de morir.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones

Sophoclis Phabulae, Oxford, 1990. Es la nueva edición oxoniense a cargo de Lloyd-Jones y Wilson.

Sobre Sófocles y su obra literaria

EASTERLING, P. E. (ed.) *The Cambridge Introduction to Greek Tragedy*, Cambridge, 1997.

VV.AA., *Sophocle: Entretiens sur l'antiquité Classique* XXIX, Vandoeuvres-Ginebra, 1983.

PADUANO, G., *Lunga storia di Edipo Re. Freud, Sofocle e il teatro occidentale,* Turín, 1994.

Sobre la representación y puesta en escena

ARNOTT, P. D., *Public and Performance in the Greek Theatre*, Londres, 1989.

CSAPO, E., y W. J. SLATER, *The context of Ancient Drama*, Ann Arbor, 1995.

GREEN, J. R., *Theatre Production: 1970-86*, en la revista *Lustrum* (1989) 7-95 y 273-278.

PICKARD-CAMBRIDGE, A., *The dramatic Festivals of Athens,* edición revisada y con nuevos suplementos a cargo de J. Gould y D. M. Lewis, Oxford, 1998.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Del teatro griego al teatro moderno*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

ELECTRA

Personajes del drama

PEDAGOGO
ORESTES
ELECTRA
CORO DE MUJERES
CRISÓTEMIS
CLITEMESTRA
EGISTO

Cuando comienza la obra está amaneciendo sobre las murallas de la ciudad de Micenas/Argos.

PEDAGOGO. *(Habla a* ORESTES *y a* PÍLADES.*)* Hijo de Agamenón, el soberano que antaño condujo el ejército contra Troya, ahora ya puedes contemplar aquello que tanto has deseado. Ésta es la antigua ciudad de Argos que añorabas, y éste el bosque de la hija de Ínaco [1], la fustigada por el tábano. Y ésta, Orestes, es la plaza del Liceo [2], el dios matador de lobos. Y aquí a la izquierda se halla el ilustre templo de Hera. Podemos decir que desde donde estamos se ve la ciudadela de Micenas, tan rica en oro y que ésa es la funesta mansión de los descendientes de Pélope, de donde te saqué el día que murió tu padre, tomándote de los brazos de tu queridísima hermana, para salvarte y criarte hasta la edad que ahora tienes, con la esperan-

1. Su nombre era Ío, de quien se enamoró Zeus. Por su parte, la diosa Hera, celosa de estos amores, transformó a Ío en vaca, azuzada permanentemente por un tábano.
2. Divinidad que protege a los rebaños.

za de que fueras el vengador del crimen cometido contra tu padre.

Así que ahora, Orestes y tú, Pílades, el más querido de mis huéspedes, tenéis que decidir conjuntamente y cuanto antes lo que conviene hacer, porque la clara luz del día ya nos despierta los matutinos y sonoros trinos de las aves y la oscuridad de esta noche llena de estrellas ya nos abandona. De modo que antes de que alguien salga de palacio hemos de tomar una decisión, porque llegado es el momento en que ya no conviene dudar, sino que hay que pasar a la acción.

ORESTES. ¡Oh tú, el más querido de mis servidores, qué grandes muestras me das de tu bondad para conmigo! Como a un corcel de noble raza aunque sea ya viejo no le abandona el ánimo en los momentos difíciles sino que mantiene erguida la oreja, de igual modo tú ahora nos aguijoneas y nos sigues en primera línea. Así que te voy a decir lo que me parece más conveniente, y tú presta atención a mis palabras y corrígeme si en algo no alcanzo lo oportuno.

Cuando acudí al oráculo pítico para enterarme de qué modo debía tomar venganza sobre los asesinos de mi padre, Febo me vaticinó lo que ahora vas a saber: que yo mismo maquinara con astucia y por mi propia mano, sin ayuda de ejército alguno ni de escudos, una muerte justiciera. Y ahora que ya conocemos lo que vaticinó el oráculo, te corresponde a ti, cuando la ocasión propicia se presente, acudir a ese palacio y enterarte de todo lo que sucede en su interior y que luego nos lo cuentes con detalle. No te reconocerán, pues ya eres muy viejo y ha pasado mucho tiempo, ni tampoco sospecharán de tus canas. Podrás acudir además al discurso siguiente: que eres un forastero de Focea que acabas de llegar de parte de un tal Fanoteo, ya que éste es gran amigo de ellos. Anúnciales que Orestes ha muerto, re-

forzando tus palabras con un juramento, a causa de un fatal accidente, al caer rodando desde un carro a toda velocidad en los juegos Píticos. Tal sea tu relato. Mientras, nosotros coronaremos la tumba de mi padre –según se nos ordenó– con libaciones y mechones de pelo cortado de mi cabeza y a continuación volveremos trayendo en las manos una urna de bronce que, como sabes, tengo escondida ahí entre unos matorrales, para así engañarles con esta historia y traerles la agradable noticia de que mi cuerpo ha sido incinerado y reducido a polvo. ¿Qué ha de importarme esto si, muerto sólo de palabra, sigo de hecho vivo y me dispongo a alcanzar gran fama? A mí me parece que no hay discurso malo si resulta provechoso. Pues he conocido a muchos hombres sabios que han muerto falsamente de palabra, pero que, cuando han regresado de nuevo vivos a casa, alcanzaron mucha mayor fama. De modo que podré jactarme de que, tras el anuncio de esta noticia, brillaré ante mis enemigos como un astro fulgurante. ¡Oh tierra patria y dioses locales, acogedme victorioso en estos propósitos! ¡Y tú también, palacio de mi padre, pues he venido como purificador justiciero enviado por la divinidad! ¡No me despidáis de esta tierra sin haber alcanzado honra, sino recibidme como al dueño de una antigua fortuna y restaurador de mi casa! He dicho ya todo lo que tenía que decir; ahora tú, anciano, ponte en marcha y ocúpate de cumplir lo que te corresponde. Pílades y yo nos vamos a lo nuestro; ya ha llegado el momento oportuno, que es la garantía máxima en toda empresa humana.

ELECTRA. *(Desde dentro del palacio.)* ¡Ay de mí, infeliz!

PEDAGOGO. El caso es que me pareció oír, hijo mío, al otro lado de las puertas la voz quejumbrosa de algún sirviente.

ORESTES. ¿Será acaso la infeliz Electra? ¿Te parece que esperemos aquí y oigamos de nuevo esos lamentos?

PEDAGOGO. De ningún modo. No intentemos nada antes de cumplir las órdenes de Loxias[3] y efectuar las libaciones en honor de tu padre, pues esto nos traerá la victoria y el control de nuestra empresa.

ELECTRA. *(Los personajes anteriores han abandonado la escena y aparece ahora sola* ELECTRA.) ¡Oh purísima luz y aire que rodeas por completo la tierra! ¡Cuántas veces oíste mis frecuentes cantos de duelo y repetidos golpes contra mi ensangrentado pecho, mientras la sombría noche poco a poco se desvanecía! Las odiosas alcobas de esta infausta casa bien que conocen lo que sucede durante la noche: cuán repetidamente lloro a mi infeliz padre, a quien el sanguinario Ares no recibió en su reino en tierra bárbara[4], sino que fue mi madre y su amante, Egisto, quienes como leñadores a una encina le abrieron la cabeza con hacha asesina. Y por todo ello no se levanta otro lamento que el mío, padre, que conociste una muerte tan ignominiosa e injusta. Pero jamás cesaré en mis lamentos y en mis tristes sollozos mientras contemple los brillantes rayos de los astros o la luz del día. Cual ruiseñor que ha perdido a sus crías, no cesaré de hacer llegar a todo el mundo el son de mi queja ante las puertas de la casa de mi padre. ¡Oh mansiones de Hades y de Perséfone! ¡Oh Hermes terrenal y soberana Maldición, y venerables Erinias, hijas de los dioses, las que contempláis a los que han muerto de manera inicua, a quienes fueron engañados en su lecho, venid, socorredme, tomad venganza del asesinato de mi padre, y enviadme a mi hermano, ya que yo sola no puedo soportar el peso de la pena que me desequilibra!

3. Epíteto de Apolo, cuyo oráculo debe cumplir Orestes.
4. Es decir, no encontró la muerte en la guerra de Troya.

Estrofa 1

Coro. (Formado por un grupo de mujeres de la ciudad de Micenas.) *¡Oh Electra, hija, hija de la más malvada madre! ¿Por qué te consumes sin cesar en tus lamentos por Agamenón, alguien que fue cazado con engaños hace ya tanto tiempo, de la manera más impía, a las traidoras manos de tu pérfida madre? Ojalá muriera quien lo posibilitó, si me es lícito proferir esto a voz en grito.*

Electra. *¡Ay, gente de noble nacimiento! Habéis acudido como consuelo de mi sufrimiento, bien lo sé y lo conozco, no se me escapa; pero no puedo dejar de hacer esto: llorar por mi desdichado padre. ¡Vosotras que me correspondéis con el favor de vuestra amistad, dejadme así enloquecer, ay de mí, os lo suplico!*

Antístrofa 1

Coro. *No podrás rescatar a tu padre de la común laguna del Hades ni con tus sollozos ni con tus súplicas, sino que te vas consumiendo fuera de toda moderación en un dolor sin remedio, en tu constante llorar, cuando no hay liberación alguna de la desgracia. ¿Por qué te me entregas así a la aflicción?*

Electra. *Insensato es quien se olvida de su padre tan lastimeramente desaparecido. En cuanto a mi estado de ánimo, bien grato me resulta el pájaro asustadizo que, siempre gimiendo, se lamenta por Itis, por Itis, mensajero de Zeus. ¡Ay, desgraciadísima Níobe! ¡A ti te considero una divinidad, tú que en tu tumba de rocas, ay, ay, incesantemente lloras!*

Estrofa 2

Coro. *No eres la única mortal a quien se le presenta una desgracia, hija mía, ante la cual te muestras más desme-*

surada que el resto de quienes habitan el palacio, gente con la que convives y son de tu misma sangre: me refiero a Crisótemis y a Ifianasa; y también hablo de quien, ajeno a las penas, vive en feliz juventud, Orestes, a quien la ilustre tierra de Micenas acogerá algún día como a un auténtico noble, cuando aquí aparezca por feliz designio de Zeus.

ELECTRA. *A él aguardo incansablemente, infeliz de mí, sin hijos, soltera, mientras muero bañada en lágrimas, soportando un destino de interminables sufrimientos. Mas él se ha olvidado de lo que sufrió y de lo que ya sabe*[5]*. Pues ¿qué anuncio de su regreso me ha llegado que no se desmienta luego? Sin duda vive en perpetua añoranza por el regreso, pero a pesar de su añoranza no considera oportuno aparecer.*

Antístrofa 2

CORO. *Ten ánimo, hija mía, ten ánimo. Aún está en el cielo el gran Zeus, quien vigila y gobierna todo. Si le confías a él la desmesurada pena de tu resentimiento no te irritarás en exceso contra aquellos a quienes odias ni los tendrás en el olvido. El Tiempo es una divinidad que todo lo arregla, pues ni el hijo de Agamenón, que se encuentra ahora en la costa de Crisa criadora de bueyes, es persona olvidadiza ni tampoco lo es el dios que reina en el Aqueronte.*

ELECTRA. *Pero a mí ya se me ha esfumado, sin esperanzas, la mayor parte de mi vida y no aguanto más; sin hijos me consumo y sin ningún hombre que con su cariño me proteja, sino que como si fuera una refugiada indigna administro la casa de mi padre. Y así, con un vestido impropio, vago entre unas mesas para mí vacías.*

5. Se refiere a las misivas que Electra ha enviado a Orestes informándole de su situación en palacio.

Estrofa 3

CORO. *Lastimero fue el grito a su regreso, lastimero el grito que en la alcoba lanzó mi padre cuando sobre él se abatió de frente el golpe del hacha de mandíbulas de bronce. Engaño fue quien lo maquinó todo, y la pasión quien lo mató, tras haber engendrado ambos de modo terrible una terrible apariencia, haya sido una divinidad o un mortal quien lo ejecutara.*

ELECTRA. *¡Oh día aquel que tan funestísimo amaneciste! ¡Oh noche! ¡Oh horrendas pesadumbres de aquel nefando banquete! ¡Vio mi padre su muerte vergonzante por las mismas dos manos que se han adueñado a traición de mi vida, las mismas que me han arruinado! ¡Ojalá que a ésos el gran dios Olímpico en pago penas padecer procure, y que no consigan disfrutar del triunfo tras haber cometido tal crimen!*

Antístrofa 3

CORO. *Date a ti misma un buen consejo: no sigas hablando. ¿No te das cuenta de la situación a que has llegado, hasta caer tan ignominiosamente en desgracias que tú misma te buscas? Porque te has granjeado buena parte de tus males al engendrar pendencias en tu alma siempre malhumorada. Éstas no son cosas que se puedan discutir en trato de igualdad con los poderosos.*

ELECTRA. *Me he visto constreñida a cosas terribles en terribles circunstancias. Lo sé y no desconozco mi pasión; pero mientras tenga vida, ni en medio de tales circunstancias refrenaré mi obstinación. Pues, ¿de quién podría yo escuchar, queridas y nobles amigas, un consejo oportuno? ¿De quién que sea sensato y razonable? Dejadme, dejadme, mis consejeras, pues todo esto es irremediable. Jamás cesaré en mi sufrimiento, lamentándome así infinitamente.*

Epodo

CORO. *Te hablo con mi mejor voluntad, como una madre digna de crédito, para que no engendres desgracia sobre desgracias.*

ELECTRA. *¿Pero es que hay alguna medida para la maldad? Vamos, ¿cómo puede resultar hermoso despreocuparse de los muertos? ¿En qué persona ha podido germinar esta idea? ¡No quisiera ser estimada por ellos ni me gustaría vivir tranquila entre esos tales, si me asiste cierta cordura, si he de dejar de lanzar al aire los tristes lamentos con que honro a mi padre!*
Porque si éste ha muerto, ya no es más que polvo y nada, y yace infeliz, y en cambio aquéllos no van a pagar la pena que en justicia corresponde por su asesinato, se derrumbaría el respeto y la piedad entre los mortales todos.

CORIFEO. Yo, hija mía, he venido preocupada por lo tuyo y por lo mío. Pero si me equivoco, que prevalezca tu opinión; nosotras te seguiremos siempre.

ELECTRA. Siento vergüenza, amigas, si os doy la sensación de estar en exceso desazonada con mis muchos lamentos, pero hay una fuerza que me obliga a actuar así; comprendedme. ¿Pues qué mujer bien nacida no haría otrotanto al ver las desgracias de su padre? Desgracias que veo que aumentan en vez de disminuir día a día y noche a noche. Además, en primer lugar, las relaciones con la madre que me dio a luz han resultado por completo aborrecibles; y luego ocurre que vivo en mi propia casa con los asesinos de mi padre, que me dan órdenes y de quienes depende el que reciba algo o el verme privada de cualquier cosa. Y aún más, ¿qué clase de días creéis que paso cuando veo a Egisto ocupando el trono de mi padre, y lo veo con los mismos vestidos que aquél llevaba y ofreciendo libaciones so-

bre el hogar en que le dio muerte? Y lo que es la mayor insolencia de contemplar: al asesino en el lecho de mi padre con la canalla de mi madre, si es que así puedo llamar a la que con éste yace. Ella, que tiene la osadía de convivir con un infame, sin miedo a ninguna Erinia. Al contrario, como si se regocijara de lo que hizo, al acordarse del día en que asesinó a mi padre dolosamente, en ese día organiza coros y ofrenda sacrificios mensuales de ovejas a los dioses salvadores. Mientras tanto yo, infeliz, al verlo lloro para mí en palacio, me consumo, y rompo en sollozos por un festín infausto celebrado en nombre de mi padre. Y ni siquiera puedo llorar lo suficiente para que mi ánimo se consuele. Porque esa mujer, a la que dan tratamiento de «ilustre» me dirige a gritos este tipo de reproches: «Criatura impía y odiosa ¿eres tú la única que ha perdido a su padre? ¿Ninguna otra persona conoce el duelo? ¡Mueras de mala manera y que los dioses del infierno no te liberen jamás de esos llantos!».

Esto es lo que me espeta con insolencia. Menos cuando se entera por alguien de que Orestes va a venir; pues entonces se acerca a mí gritándome como posesa: «¿No eres tú la culpable de esto? ¿No es esto cosa tuya, que me sustrajiste a Orestes a escondidas para ponerlo a buen recaudo de mis manos? Sábete que pagarás a buen seguro la pena que ello merece».

Tales insultos profiere contra mí, y a ella la incita poniéndose a su lado su «ilustre esposo», ese cobarde integral, pura maldad, el que entabla combate con mujeres. Mientras tanto yo, aguardando sin cesar a Orestes para que ponga término a esta situación, me muero, desdichada. Pues él, demorando permanentemente pasar a la acción, ha acabado con todas mis esperanzas, presentes y futuras. En estas circunstancias, pues, amigas mías, no es posible ser sensata ni piadosa, sino

que en medio de estas desgracias se hace completamente necesario practicar la maldad.

CORIFEO. Mas dime, ¿nos cuentas esto al haber salido Egisto de palacio o está por aquí cerca?

ELECTRA. Por lo primero. No creas que si estuviera cerca me aproximaría yo ni a las puertas. Ahora está en el campo.

CORIFEO. Sin duda que me atreveré a hablar con mayor confianza contigo siendo esto así.

ELECTRA. En la idea de que está ausente, pregunta lo que te plazca.

CORIFEO. Lo que te quiero preguntar es qué sabes de tu hermano: ¿vendrá o se retrasa? Esto es lo que quiero saber.

ELECTRA. Dice lo primero, pero aunque lo afirma no hace lo que dice.

CORIFEO. Suele el hombre vacilar cuando va a acometer algo grande.

ELECTRA. ¡Pues yo bien que lo salvé sin vacilación!

CORIFEO. Confía; es un hombre de noble nacimiento que se bastará para ayudar a los suyos.

ELECTRA. Estoy convencida; en otro caso no habría podido seguir viviendo.

CORIFEO. No continúes hablando, pues veo que sale de casa Crisótemis, tu hermana, nacida de vuestro mismo padre y de vuestra misma madre, llevando en sus manos las honras fúnebres que se suelen ofrecer a los muertos.

CRISÓTEMIS. Hermana mía, ¿qué nuevas has venido a contar aquí junto a las puertas del vestíbulo, sin querer aprender al cabo de tanto tiempo que no debes recrear nuevas esperanzas en tu inútil enojo? También yo me siento sufrir en estas circunstancias, de suerte que si tuviera ánimos demostraría cuánto los odio. Pero en el actual estado de cosas me parece mejor navegar con velas plegadas, y no creerme que hago algo

cuando no puedo causar ningún daño. Y quiero que tú hagas otrotanto; aunque sé que lo justo no es lo que yo digo sino lo que tú crees. Pero si necesito vivir en libertad, debo respetar en todo las órdenes de los que mandan.

ELECTRA. Es terrible que siendo hija del padre de que naciste te hayas olvidado de él y te preocupes sólo de la que te dio a luz. Pues todas las advertencias que me acabas de hacer son consignas de aquélla, y no dices nada por ti misma. De modo que elige una de dos: o no ser sensata, u olvidarte de tus seres más queridos so pretexto de ser sensata. Acabas de decir que si tuvieras arrestos mostrarías el odio que tienes hacia ésos, pero cuando me dispongo a tomar venganza de nuestro padre no colaboras conmigo, sino que intentas disuadir a quien pretende hacerlo. ¿No es esto cobardía añadida a la desgracia? Así que enséñame –o aprende tú de mí– qué provecho obtengo si pongo fin a mis lamentos. ¿No sigo con vida? Sin duda que de mala manera –y lo sé– pero ello me basta. Enojo a ésos, de modo que con ello proporciono cierta satisfacción al muerto, si es que en el mundo de allá abajo existe este placer. Tú en cambio, la que nos odias, lo haces de palabra, y de hecho convives con los asesinos de tu padre. Yo en cambio, jamás, ni aunque alguien me fuera a reportar los privilegios de que ahora tú te jactas, me plegaría a ellos. Disfruta tú de una mesa bien abastecida y una vida regalada. Para mí quiero en cambio como único alimento el no caer en contradicción conmigo misma. No ansío gozar de tu reconocimiento, ni tampoco tú lo harías si fueras sensata. De modo que ahora, aunque te podían llamar hija del mejor de los padres, haz que te llamen hija de tu madre. Y así aparecerás a los ojos de los demás como una malvada que traicionas a tu padre asesinado y a los tuyos.

CORIFEO. ¡Por los dioses, no hables bajo los efectos de la cólera! Algo de provecho hay en las palabras de ambas, si sabes aprender algo de las de ésta, y ella a su vez de las tuyas.

CRISÓTEMIS. Estoy acostumbrada, amigas, a sus palabras, y no le habría recordado estas cosas si no tuviera indicios de que sobre ella amenaza una enorme desgracia que le hará poner fin a sus lamentos.

ELECTRA. Dime pues esa cosa tan terrible, porque si es mayor que mi presente desgracia no te replicaré de aquí en adelante.

CRISÓTEMIS. Te diré cuanto sé. Tienen intención de recluirte, en caso de que no pongas fin a tus lamentos, en un lugar donde no volverás a ver la luz del sol, y en el que, lejos de esta tierra, sepultada en una gruta, proseguirás entonando tus desgracias. Ante estas perspectivas, piénsatelo y no me reproches cuando lo padezcas; ahora es momento de ser sensata.

ELECTRA. ¿Realmente han decidido hacer eso conmigo?

CRISÓTEMIS. No te quepa la menor duda. Tan pronto como Egisto regrese a casa.

ELECTRA. Si es así, ¡que regrese cuanto antes!

CRISÓTEMIS. ¿Por qué, desdichada, pronuncias esas palabras?

ELECTRA. ¡Que regrese, si planea llevar a cabo eso!

CRISÓTEMIS. ¿Cómo adquirirás una mínima sensibilidad? ¿Dónde está tu sensatez?

ELECTRA. Me lleva a huir lo más lejos posible de vosotros.

CRISÓTEMIS. ¿No piensas en tu actual estado de vida?

ELECTRA. ¡Hermosa es mi vida, como para maravillarse!

CRISÓTEMIS. Podría llegar a serlo, si aprendieras a ser sensata.

ELECTRA. No me des lecciones de cómo ser malvada con mis seres queridos.

CRISÓTEMIS. No es eso lo que te enseño, sino a ceder ante los poderosos.

ELECTRA. Lisonjéalos tú así; a mí no me van esos argumentos.

CRISÓTEMIS. Sin embargo, es bueno no sucumbir ante la insensatez.

ELECTRA. Sucumbiré, llegado el caso, si así vengo a nuestro padre.

CRISÓTEMIS. Nuestro padre, lo sé, es capaz de comprenderlo.

ELECTRA. Ésas son palabras gratas a los cobardes.

CRISÓTEMIS. ¿No te convencerás y estarás de acuerdo conmigo?

ELECTRA. Por supuesto que no. Nunca sea yo tan privada de juicio.

CRISÓTEMIS. Me marcho, pues, adonde dirigía mis pasos.

ELECTRA. ¿Adónde ibas? ¿A quién llevas esas ofrendas?

CRISÓTEMIS. Nuestra madre me ha enviado a hacer unas libaciones a nuestro padre.

ELECTRA. ¿Qué has dicho? ¿A quien más odia de los mortales?

CRISÓTEMIS. A quien ella misma asesinó, pues es esto lo que quieres decir.

ELECTRA. ¿Inducida por quién de sus amigos? ¿A quién se le ocurrió?

CRISÓTEMIS. Creo que fue por una visión que tuvo en sueños.

ELECTRA. ¡Dioses patrios, valedme al menos ahora!

CRISÓTEMIS. ¿Confías algo en estos temores de ella?

ELECTRA. Si me narras la visión que tuvo, podría decirte.

CRISÓTEMIS. Sólo puedo contártelo en la pequeña medida en que la conozco.

ELECTRA. Con todo, cuéntamela, porque a veces unas pocas palabras han hecho fracasar o han enderezado la vida a los mortales.

CRISÓTEMIS. Corre el rumor de que ella vio en sueños que nuestro padre regresaba a la vida en una segunda aparición, y que a continuación recuperó el cetro que ahora lleva Egisto y lo clavó sobre el hogar de palacio; del cetro brotó un tallo que creció hasta ensombrecer toda la tierra de Micenas. Oí este relato de uno que fue testigo cuando ella exponía el sueño al Sol.

Esto es todo lo que sé; y que ella me ha enviado por haber sentido cierto miedo. De modo que, te lo suplico por los dioses de nuestro linaje, hazme caso y no recaigas en la insensatez, porque si rechazas mis consejos, caerás de nuevo en la desgracia.

ELECTRA. ¡Ay, querida hermana! No deposites sobre la tumba nada de lo que en tus manos traes; porque no te es lícito ni es justo que hagas ofrendas que proceden de una mujer malvada ni que hagas libaciones a nuestro padre. Hazlos desaparecer por los aires o bajo una capa de polvo, donde nunca puedan alcanzar la tumba de nuestro padre. ¡Que cuando aquélla muera se los encuentre en el mundo subterráneo como ofrendas para sí misma! Si no fuera la más pérfida de las mujeres todas, jamás, nunca jamás habría ofrecido estas libaciones en honor de aquel a quien ella misma asesinó. ¿Te parece que el muerto va a recibir en la tumba estos obsequios con ánimo benevolente hacia esta mujer, que no sólo lo asesinó de modo indecoroso, sino que lo descuartizó con saña y que, para purificarse, se secó las manchas de sangre en la cabeza de él? ¿Crees acaso que esto le va a suponer la exculpación de su asesinato? No es posible.

Deja todo lo que llevas, córtate la punta de los rizos de tu pelo, toma esta lucida trenza mía –poca cosa, pero es cuanto tengo– y este cinturón mío que carece de todo tipo de adornos y ofréceselos al muerto. Pídele,

postrándote sobre su tumba, que surja de las entrañas de la tierra y que con ánimo benevolente para nosotras acuda como vengador de nuestros enemigos, y que regrese vivo su hijo, Orestes, quien con mano firme pisotee a sus enemigos, a fin de que pronto lo podamos coronar con manos más espléndidas que las ofrendas que ahora le llevas.

Sin duda creo, creo con certeza que a aquél[6] le interesaba enviarle a ésta aquellos sueños siniestros. Sin embargo, querida hermana, préstate a ti misma estos servicios, y también a mí y a quien es nuestro más querido ser, a nuestro padre común, que en el Hades yace.

CORIFEO. Tu hermana habla piadosamente, y tú, si eres sensata, querida hija, harás eso.

CRISÓTEMIS. Lo haré. Pues lo que es justo no admite discusión entre dos, sino que se impone ejecutarlo. Mientras tanto, amigas, mientras paso a estas acciones, guardadme ¡por los dioses! absoluto silencio. Porque si mi madre se entera de algo creo que me irá a resultar muy amargo este acto de osadía.

Estrofa

CORO. *Si no soy adivino insensato y carente de sano juicio, está a punto de llegar la imprevista Justicia, que traerá en sus manos sus justos poderes. Vendrá en pos de aquéllos, hija mía, a no tardar mucho tiempo. En el fondo tengo esta confianza, tras haber escuchado ahora el relato de ese sueño gratificante. Pues nunca pueden olvidar ni aquél que te engendró, el soberano de los griegos, ni aquella antigua hacha de doble filo y broncíneo golpe, aquella que le dio muerte en medio de los más abominables crímenes.*

6. Agamenón, a quien Electra considera inductor del sueño.

Antístrofa

Aparecerá también la Erinia de muchos pies y muchas manos, de pies broncíneos, que acecha escondida en terrible emboscada. Porque a quienes no era lícito les asaltó el empeño de una unión asesina, sin estar desposados, sin boda. Tengo por eso la confianza de que nunca, nunca, dicho portento abordará sin reproches a quienes actuaron y a quienes colaboraron en el crimen. En otro caso, si esta visión nocturna no se cumple, diremos que los hombres no conocen los presagios de las pesadillas ni de los oráculos.

Epodo

¡Ay Pélope y tu antigua y dolorosa carrera de carro! ¡Cuán largamente dolorosa has resultado para esta tierra! Pues desde que murió Mírtilo, precipitado al mar, destrozado al caer desde su carro de oro a causa de un lamentable accidente, jamás han faltado en esta casa las desgracias funestas.

CLITEMESTRA. *(Hablando a* ELECTRA.*)* Totalmente tranquila, a lo que se ve, vuelves a aparecer por aquí. Porque está ausente Egisto, que es quien te impide estar a la puerta llenando de improperios a tus seres queridos. En cambio ahora que aquél está lejos, no me haces ningún caso. Muchas veces has dicho en público y a voz en grito que gobierno con insolencia y fuera de toda justicia, con lo que te injurias a ti misma y a lo tuyo. El caso es que no soy una insolente, y si hablo mal de ti es porque con frecuencia oigo que tú lo haces de mí. Te preocupa tu padre, sólo eso, permanentemente: que fue muerto por mí. Por mí –lo sé a la perfección–, no me es posible negarlo. Pero fue la Justicia -no sólo yo- quien

lo arrebató, Justicia a la que tú deberías ayudar si fueras una persona sensata. Porque ese padre tuyo, a quien sin cesar lloras, fue el único griego que se atrevió a sacrificar a tu misma hermana en honor de los dioses. ¡No sintió el mismo dolor él cuando la engendró que yo cuando la di a luz! Anda, explícame por qué la sacrificó. ¿Dirás quizá que fue por los argivos? A lo que yo replicaré que éstos no tenían derecho a matar a mi hija. De modo que si aquél mató algo que era mío en provecho de su hermano Menelao, ¿cómo no iba a pagarme su recompensa? ¿Es que no tenía aquél dos hijos, a quienes correspondía antes que a ésta morir, al ser hijos de padre y madre, motivo esta última de la expedición? ¿O es que acaso Hades sentía mayor deseo de devorar a mis hijos que a los hijos de aquélla? ¿O es que en tu malvado padre se había esfumado el amor por los hijos que había tenido conmigo, y lo conservaba por los hijos de Menelao? ¿No es ello una decisión propia de un padre malvado y falto de consideración? Yo desde luego así lo creo, aunque afirme algo distinto de lo que tú piensas. Y también lo diría la muerta, si pudiera hablar. De modo que no me siento atormentada por lo que he hecho. Y si te doy la impresión de ser insensata, vuelve tus reproches contra los que te rodean, pero defendiendo un criterio razonable.

ELECTRA. Ahora no podrás decir que he comenzado yo a molestar, ahora que he tenido que escucharte lo que te he oído. Pero si me permites, hablaré con propiedad sobre el muerto e igualmente sobre mi hermana.

CLITEMESTRA. Por supuesto que te lo permito. Es más, si empezaras siempre así tu conversación, no resultaría tan molesto oírte.

ELECTRA. Pues voy a hablarte. Afirmas que asesinaste a mi padre; ¿qué afirmación habría más vergonzosa que ésta, tanto si lo hiciste con justicia como si no? Pero te

diré más: que no lo asesinaste precisamente de modo justo, sino que te arrastró a ello el ser persuadida por el hombre con quien ahora cohabitas. Pregunta a Ártemis la cazadora en pago de qué culpa retenía tantos días los vientos en el fondeadero de Áulide. O yo misma te lo voy a decir, ya que no es lícito conocerlo a través de ella.

Hace tiempo mi padre, según he oído, cazando en los bosques de la diosa espantó con sus pisadas un ciervo moteado y de grandes cuernos. Al brindarlo en sacrificio, pronunció de modo inconsciente ciertas palabras llenas de jactancia; encolerizada la hija de Leto por dichas palabras, impidió que los aqueos se hicieran a la mar hasta que mi padre ofreciera a su propia hija en sacrificio como compensación por haber sacrificado el ciervo. Así sucedió la muerte de mi hermana, pues no había otra salida para que el ejército regresara a casa o partiera hacia Ilión. Forzado ante estas circunstancias y tras haberse opuesto de mil maneras y con todas sus fuerzas, la ofreció en sacrificio; por esto y no por causa de Menelao.

Pero incluso si –por utilizar tu propio argumento– lo hubiera hecho por ayudar a Menelao ¿tenía él que morir por ello asesinado por ti? ¿De acuerdo con qué ley? Ten cuidado no sea que al establecer esta costumbre entre los hombres no te atraigas sobre ti misma una desgracia que lleve a arrepentirte. Porque si matamos a alguien por venganza de otro, tú misma serías la primera en morir ahora si se te hiciera justicia. De modo que cuídate de establecer un antecedente sin fundamento.

Y ahora, si te place, explícanos por qué cometes las más inicuas acciones al acostarte con un criminal, con quien tú misma asesinaste a mi padre, al tener hijos con él y haber preterido a unos hijos que anteriormen-

te habías tenido legítimamente. ¿Cómo iba yo a poder aprobar tal comportamiento? ¿O me vas a decir que así vengas a tu hija? Sería una vergüenza sólo que lo argumentaras. No está bien casarse con un enemigo por causa de una hija. Pero ni siquiera puedo echarte esto en cara, porque difundes por ahí a voz en grito que me dedico a hablar mal de mi madre. Aunque yo te considero más mi señora que mi madre, ya que llevo una vida mísera y comparto toda clase de penalidades por culpa tuya y de tu amante. Y el otro, que logró escapar a duras penas de tus manos, el infeliz Orestes, arrastra una vida de pena. Me has acusado infinidad de veces que lo crié para que tomara venganza sobre ti, venganza que –si tuviera fuerzas– yo misma llevaría a cabo. ¡Entérate bien!

De modo que proclama a todo el mundo –si éste es tu deseo– que soy una canalla y una deslenguada, el colmo de la desvergüenza. El caso es que si nací experta en estas artes, será que no desdigo de tu propia manera de ser.

CORIFEO. *(Dirigiéndose a* ELECTRA.*)* Te veo respirar cólera. *(Hablando ahora a* CLITEMESTRA.*)* Pero no veo que te preocupe el que la asista la razón.

CLITEMESTRA. ¿Qué preocupación voy a sentir por lo que diga ésta, que ha insultado a su madre de tal manera, teniendo ella la edad que tiene? ¿No crees que sería capaz de cometer cualquier cosa de la forma más desvergonzada?

ELECTRA. Has de saber bien que siento vergüenza por ello, aunque a ti no te lo parezca. Comprendo incluso que actúo de manera intempestiva y de forma inconveniente, pero la hostilidad que me provocas y tus propios actos me obligan a hacerlo a la fuerza. Las acciones vergonzosas se aprenden entre desvergonzados.

CLITEMESTRA. Criatura desvergonzada, sin duda que yo, mis palabras y mi actuación te hacen hablar en demasía.

ELECTRA. Eres tú quien lo dice, no yo. Eres tú la que actúas, y las acciones son las que descubren las palabras.

CLITEMESTRA. Pero, ¡lo juro por la soberana Ártemis! no escaparás de esta osadía tan pronto como regrese Egisto.

ELECTRA. ¿Ves? Te dejas arrastrar por la cólera; aunque dijiste que te podría exponer lo que quisiera, no eres capaz de oírme.

CLITEMESTRA. ¿No me vas a dejar ahora que haga un voto en voz baja, ahora que ya te he permitido explayarte?

ELECTRA. Te dejo, te insto a ello, formula tu voto, y no acuses más a mi lengua, porque no sería capaz de seguir hablando.

CLITEMESTRA. Tú, sirvienta que me acompañas, alza la ofrenda de múltiples frutos a fin de que pueda yo ofrecer a la divinidad súplicas que me liberen de los temores que ahora me asaltan. ¡Febo protector, podrías atender ahora mi queda súplica! Lo que te cuento no lo hago ante gente amiga, y por eso no conviene que todo se saque a la luz mientras se encuentre presente y cerca de mí ésta, no sea que por envidia y con voz múltiple siembre equívoca fama por toda la ciudad. De modo que escúchame así, ya que en este tono voy a hablarte. Las ambiguas visiones que la noche pasada tuve en sueños, haz que se me cumplan, soberano Licio, si se muestran favorables; pero si son adversas, remítelas de vuelta contra mis enemigos. Y si alguien busca despojarme con dolo de las riquezas que poseo, no lo toleres, sino que déjame seguir mi vida segura, rigiendo el palacio y el cetro de los descendientes de

Atreo, compartiendo mi feliz existencia con mis amigos y con aquellos de mis hijos que no sientan hacia mí malquerencia o amargo resentimiento. ¡Todo esto, Apolo Licio, escucha y concédemelo benévolo tal y como te lo pedimos. Lo demás, aunque yo me calle, considero que al ser un dios lo conocerás, ya que es natural que los hijos de Zeus lo vean todo!

Pedagogo. *(Que ha regresado ahora a la escena.)* Extranjeras, ¿cómo podría enterarme con certeza de si es éste el palacio del rey Egisto?

Corifeo. Es éste, extranjero. Lo has supuesto perfectamente.

Pedagogo. ¿Acierto ahora al conjeturar que ésta sea su esposa? Pues se ve que su porte se corresponde al de una reina.

Corifeo. Completamente exacto. Ella misma en persona es quien se halla presente.

Pedagogo. Salud, soberana. He llegado trayendo buenas noticias para Egisto y también para ti de parte de un amigo.

Clitemestra. Acojo bien lo que has dicho; pero antes necesito saber quién te ha enviado.

Pedagogo. Fanoteo el focense, para anunciarte un importante asunto.

Clitemestra. ¿Qué asunto es ése, extranjero? Cuéntame, porque al provenir de un amigo, sábelo bien, tendrás buenas noticias que dar.

Pedagogo. Ha muerto Orestes, por abreviar lo que voy a decir.

Electra. ¡Oh infeliz de mí, muerta estoy en este día!

Clitemestra. ¿Qué dices, qué dices, extranjero? No hagas caso a ésta.

Pedagogo. Afirmo, como acabo de decir, que Orestes ha muerto.

ELECTRA. Infeliz de mí, muerta soy, ya no existo.

CLITEMESTRA. *(Dirigiéndose ahora a* ELECTRA.) Tú, ocúpate de tus cosas. Y tú, extranjero, dime toda la verdad: ¿cómo murió?

PEDAGOGO. Fui enviado para ello, así que te lo contaré todo. Tras haber acudido Orestes[7] al famoso certamen de los juegos délficos, que son el orgullo de Grecia, y oír el pregón del encargado de anunciar la carrera a pie, de la que se celebraba la primera prueba, compareció radiante, admirado por todos los circunstantes. Y tras igualar en el esfuerzo de la carrera a su naturaleza, concluyó obteniendo el muy apreciado premio. No sé cómo narrarte unos pocos éxitos entre las muchas victorias y triunfos que obtuvo. Entérate en una palabra: de cuantas pruebas anunciaron los árbitros, carrera, salto, disco, lucha y boxeo, logró el premio de la victoria. Y se lo consideró muy dichoso al ser proclamado como argivo y de nombre Orestes, hijo de Agamenón, quien en tiempos pasados había comandado la expedición del ejército. Y así fueron las cosas.

Pero cuando alguno de los dioses nos arruina, ni siquiera el poderoso puede escapar.

Al día siguiente se celebraba la competición de carrera de carros al amanecer y él concurrió entre otros numerosos aurigas. Uno era aqueo, otro de Esparta; dos procedían de Libia con carros emparejados, y Orestes, el quinto, tenía yeguas tesalias. El sexto procedía de Etolia, con potras alazanas; el séptimo era de Magnesia; el octavo, con corceles blancos, era de linaje eniano. El noveno procedía de Atenas, la ciudad que fundaran los dioses; finalmente un beocio completaba el décimo carro. Situados donde los jueces encargados del orden les ha-

7. Existe un anacronismo en este momento, ya que Orestes «vivió» con anterioridad a la instauración de los famosos juegos délficos.

bían indicado mediante sorteo, aparejaron sus carros y echaron a correr a la señal de la trompeta de bronce. Y al tiempo que azuzaban con sus gritos a los caballos, fustigaban las riendas en sus manos. Todo el estadio se llenó con el estrépito de los ruidosos carros, mientras el polvo se alzaba hasta el cielo. Todos entremezclados, ninguno escatimaba el estribo a fin cada uno de aventajar los cubos de los otros carros y a los demás relinchantes caballos. Y mientras, el resollar de éstos despedía espuma a ambos lados de sus espaldas y salpicaba las veloces ruedas. En unos primeros momentos todos los carros se mantuvieron en el circuito, pero al poco los caballos del auriga eniano pierden el freno y se conducen sin control, y al tomar el giro que completa la sexta o séptima vuelta se chocan frontalmente con el carro del corredor de Barce[8]. Al instante, uno tras otro y a causa de un solo accidente muchos carros se quiebran y caen unos sobre otros; toda la llanura de Crisa se vio llena del naufragio de carros. Al percatarse de lo sucedido, el hábil conductor ateniense se aparta un poco y se detiene un tanto dejando pasar por un lado los carros y los caballos que iban confundidos. Por su parte, Orestes, que marchaba el último, retenía sus potros confiado en la última vuelta. Y al ver que sólo ha quedado ileso el ateniense se lanza en su persecución haciendo restallar un agudo chasquido sobre las orejas de sus rápidos corceles. Ambos corrían con sus troncos de caballos emparejados, sacando la cabeza unas veces uno, otras otro, cada cual desde su carro. Y Orestes, cuando se hallaba al pie del último mojón, aproximó una y otra vez el cubo de la rueda hasta rozarlo, aflojando la rienda al caballo que iba a la derecha del tiro y reteniendo al que iba al otro lado. El desdichado se mantuvo en las anteriores vueltas muy

8. Barce era una ciudad de la Cirenaica, en Libia.

seguro y erguido sobre su bien controlado carro. Mas luego afloja la rienda izquierda en un momento en que el caballo doblaba, y el carro entrechoca con el extremo de la meta sin que él lo advierta. Quebró el eje del buje, se precipitó desde la barandilla del carro y quedó atrapado en las bien pulidas riendas. Al caer por tierra, los caballos se descontrolaron por el medio de la pista.

Cuando la muchedumbre lo ve derribado del carro prorrumpió en gritos por un joven que, tras haber logrado tal hazaña, sufre ahora tamaño infortunio. Arrastrado por el suelo, a intervalos alzaba sus piernas al cielo, hasta que otros aurigas, a duras penas refrenando la carrera de sus caballos, lo liberaron empapado en sangre, hasta el punto de que ninguno de sus amigos podría reconocerlo viendo tan lamentable cuerpo.

Tras incinerarlo en una pira, unos ciudadanos de Focea designados para este fin traen en una reducida urna de bronce el supremo cuerpo hecho triste ceniza con la idea de que obtenga una tumba en la tierra de sus antepasados.

Éste es todo mi relato, penoso de narrar, aunque para quienes presenciamos lo que ocurrió la mayor desgracia de cuantas alcanzamos jamás a ver.

CORIFEO. ¡Ay, ay! A lo que parece, el linaje todo de mis antiguos soberanos se ha extinguido de raíz.

CLITEMESTRA. Oh Zeus ¿qué ha sucedido? ¿Debo calificarlo de suceso feliz o de terrible, aunque provechoso? Lamentable resulta tener que salvar mi vida entre desgracias de parientes.

PEDAGOGO. ¿Cómo es que te angustias tanto, señora, ante mi relato?

CLITEMESTRA. Es grandioso dar a luz, pues no es posible sentir odio hacia quienes has engendrado, aunque te hagan sufrir.

PEDAGOGO. En vano hemos venido, según parece.

CLITEMESTRA. Sin duda que no en vano. ¿Pues cómo dices que en vano si vienes trayéndome pruebas irrefutables de la muerte de alguien que, aunque nacido de mí y luego apartado de mis pechos y de mi cuidado, vivía como desterrado; alguien que, desde que salió de esta tierra, no me volvió a ver; alguien que me echaba en cara el asesinato de su padre y que me amenazaba con ejecutar una terrible venganza, hasta el extremo de que ni de noche ni de día podía yo reconciliar el dulce sueño, sino que en el transcurso del tiempo me trataba como a una condenada a muerte?
Ahora, en cambio, en este día de hoy quedo liberada del miedo que sentía de ésta y de aquél. Pues ésta era mi mayor desgracia, al seguir viviendo aquí conmigo e irse bebiendo la sangre pura de mi vida. Pero ahora podré gozar de una existencia tranquila sin importarme sus amenazas.

ELECTRA. ¡Ay de mí, infeliz! Ahora me toca lamentar tus desgracias, Orestes; ahora que en tal estado recibes los ultrajes de semejante madre. ¿Acaso se encuentra bien?

CLITEMESTRA. Tú desde luego que no. Aquél bien está como está.

ELECTRA. Auxíliame, Némesis [9], de quien acaba de morir.

CLITEMESTRA. Escuchó lo que debía y dictaminó correctamente.

ELECTRA. Continúa tu insolencia, pues ahora te llegan momentos felices.

CLITEMESTRA. ¿Ni Orestes ni tú cesaréis en esto?

ELECTRA. Nosotros somos los acabados, y no estamos en condiciones de acabar contigo.

CLITEMESTRA. *(Se dirige ahora al* PEDAGOGO.) Merecedora de grandes cosas sería tu llegada, mensajero, si pusieras fin a las incesantes habladurías de ésta.

9. Espíritu de la venganza.

PEDAGOGO. El caso es que podría volverme a casa, si todo está en orden.

CLITEMESTRA. De ningún modo, ya que así no obtendrías un trato digno de mí ni del amigo que te envió. Vamos, entra en palacio y deja que ésta grite fuera sus desgracias y las de sus amigos.

ELECTRA. ¿Creéis acaso que siente pena y sufre, o llora y se lamenta, la malvada, por su hijo que de este modo ha perecido? Más bien se ha ido muy contenta. ¡Infeliz de mí! Queridísimo Orestes, me has matado al morir tú. Pues has desaparecido y te has llevado las únicas esperanzas que aún conservaba en mi corazón: que habrías de venir algún día como vengador de nuestro padre y de mí misma, desdichada. Pero ahora ¿adónde acudiré? Sola estoy, privada de ti y de nuestro padre. Ahora debo seguir viviendo sometida en casa de las personas que me resultan más odiosas, los asesinos de nuestro padre. ¿Acaso es esto lo mejor para mí? Mas no volveré a compartir con ellos mi vida de ahora en adelante, sino que me consumiré ante esta puerta sin amigo alguno. En esta situación, que alguien de los de dentro me mate si le resulto una carga; pues si me mata me hará un favor, y será una pena seguir viva. He perdido la ilusión de vivir.

Estrofa 1

CORO. *¿Dónde están los rayos de Zeus, o dónde el brillante Sol, si al ver esto se ocultan tranquilos?*

ELECTRA. *¡Ay, ay, ay!*

CORO. *Hija mía, ¿por qué lloras?*

ELECTRA. *¡Ay!*

CORO. *No grites tan alto.*

ELECTRA. *Me vas a arruinar.*

CORO. *¿Cómo?*

ELECTRA. *Si haces que conciba esperanzas por quienes sin duda se encuentran en el Hades; me pisoteas aún más, a mí, que estoy ya agotada.*

Antístrofa 1

CORO. *Sé que el soberano Anfiarao fue sepultado por causa de una diadema de oro de mujer, y que ahora bajo la tierra...*

ELECTRA. *¡Ay, ay, ay!*

CORO. *... reina nuevamente vivo.*

ELECTRA. *¡Ay de mí!*

CORO. *¡Sin duda, ay!, pues la malvada...*

ELECTRA. *... fue domada.*

CORO. *Sí.*

ELECTRA. *Lo conozco, lo conozco. Pues apareció un vengador para quien sufría. Pero yo ya no tengo ninguno, pues quien todavía existía, me ha sido arrebatado.*

Estrofa 2

CORO. *Eres desgraciada por tus desgracias.*

ELECTRA. *Bien lo sé yo, como experta lo sé, durante toda una vida cargada de infinitas y odiosas desgracias.*

CORO. *Sabemos adónde apuntas.*

ELECTRA. *No me desvíes ya más adonde no...*

CORO. *¿Qué dices?*

ELECTRA. *... hay ya esperanzas de ayuda de un noble hermano.*

Antístrofa 2

CORO. *Natural es la muerte para todos los hombres.*

ELECTRA. *¿También de la misma manera que para aquel desdichado, en una carrera de caballos de veloces cascos, atrapado en bien pulidas riendas?*

CORO. *Imprevista fue su destrucción.*

ELECTRA. *¿Cómo no lo va a ser, si desterrado, lejos de mis manos...*

CORO. *¡Ay, ay!*

ELECTRA. *... está sepultado, sin haber recibido a cambio sepultura ni mis lamentos?*

CRISÓTEMIS. *(Aparece nuevamente en escena, ahora a toda prisa.)* Rebosante de alegría, queridísima hermana, aquí vengo a todo correr sin preocuparme del decoro[10]. Te traigo noticias que te alegrarán y son el fin de las desgracias que sufrías y que te hacían llorar.

ELECTRA. ¿Dónde has podido encontrar tú un alivio para mis males, para los que no existe ya remedio alguno?

CRISÓTEMIS. Está aquí Orestes en casa; entérate oyéndolo de mí, de una manera tan verídica como que me estás viendo ahora a mí.

ELECTRA. ¿Pero es que te has vuelto loca, infeliz, y te burlas de tus propias desgracias además de las mías?

CRISÓTEMIS. ¡Por el hogar de tus antepasados! No hablo a la ligera sino que afirmo que aquél se encuentra entre nosotros.

ELECTRA. ¡Ay, desdichada! ¿De quién has oído este cuento como para prestarle tanta atención?

CRISÓTEMIS. Confía en mis palabras porque yo misma y no de parte de nadie he visto indicios bien claros.

ELECTRA. ¿Qué prueba has conocido, infeliz, atendiendo a qué indicio te has inflamado con ese fuego tan irremediable?

CRISÓTEMIS. ¡Por los dioses, escúchame! Cuando hayas oído de mi boca lo restante dirás si estoy cuerda o loca.

10. Una joven princesa debe mantener ciertas formas hasta en sus andares pausados.

ELECTRA. Habla, pues, si encuentras en la palabra algún placer.

CRISÓTEMIS. Te voy a detallar todo lo que he visto. Una vez que llegué a la tumba antigua de nuestro padre, observo unos regueros de leche recién derramados por la parte de arriba del túmulo, que la losa que corona la tumba está en todo su perímetro recubierta por toda clase de flores. Al ver esto me llené de asombro. Miro por todas partes no fuera que alguien me espiara de cerca; pero al comprobar que todo el lugar estaba en calma me deslicé sigilosamente hasta la tumba. Entonces, y sobre lo más alto del túmulo, descubro un rizo de pelo joven recién cortado. Nada más verlo, desdichada de mí, se me viene a la cabeza una visión familiar: creo reconocer una señal de Orestes, el más querido de todos los mortales. Alzando en mis manos el rizo, no emito palabra alguna de mal agüero sino que al instante se me llenan los ojos de lágrimas de alegría. Y ahora mismo, igual que en aquel instante, estoy segura de que esta ofrenda no procede de nadie más que de él. Porque esto no ha podido ser sino algo tuyo o algo mío. Yo desde luego no lo he hecho, de eso estoy segura, ni tú tampoco ¿cómo ibas a haberlo hecho si no se te permite siquiera alejarte de palacio impunemente ni para honrar a los dioses? Tampoco es intención de nuestra madre hacer este tipo de cosas ni pasaría inadvertido el que lo hiciera. Sino que estas ofrendas fúnebres tienen que ser de Orestes; de modo que, querida hermana, recupera el ánimo. No asiste idéntica fortuna siempre a los mismos. Antes se nos ha presentado bien dura para nosotras dos, pero ahora tal vez el día de hoy nos proporcione toda clase de bienes.

ELECTRA. ¡Ay, cómo te compadezco hace rato por tu falta de juicio!

CRISÓTEMIS. ¿Qué ocurre? ¿No te alegras de oír esto?

Electra. No eres consciente de a qué lugar ni a qué estado de mente te dejas llevar.

Crisótemis. ¿Pero cómo no voy a saber lo que yo misma he visto con total claridad?

Electra. ¡Está muerto, infeliz! Tus esperanzas de salvación, las que habías puesto en aquél, se han esfumado. No pongas tus expectativas en él.

Crisótemis. ¡Ay de mí, desgraciada! ¿A quién has oído decir eso?

Electra. A alguien que estuvo presente cuando Orestes murió.

Crisótemis. ¿Dónde está ese individuo? Presa soy del asombro.

Electra. En palacio; persona grata y no odiosa es para nuestra madre.

Crisótemis. ¡Ay de mí, infeliz! ¿De quién eran pues las abundantes ofrendas depositadas sobre la tumba de nuestro padre?

Electra. Más bien creo que las ofreció alguien en recuerdo de Orestes muerto.

Crisótemis. ¡Ay de mí, infeliz! Me he precipitado con la alegría de tales noticias, sin saber en qué límite de desgracias nos hallamos; y ahora cuando llego aquí encuentro nuevas desgracias añadidas a las anteriores.

Electra. Así están las cosas también para ti. Pero si me haces caso te verás libre del peso de tu actual desdicha.

Crisótemis. ¿Es que voy a poder en algún momento resucitar a quien ha muerto?

Electra. No he dicho eso; no estoy tan loca.

Crisótemis. ¿Qué me ordenas que haga y que yo sea capaz de hacer?

Electra. Que te atrevas a hacer lo que te voy a aconsejar.

Crisótemis. No me negaré, al menos si en ello hay algún provecho.

ELECTRA. Mira: nada se alcanza sin esfuerzo.

CRISÓTEMIS. Lo sé. Colaboraré en cuanto me alcanzan mis fuerzas.

ELECTRA. Atiéndeme, pues, cómo he decidido actuar. Sabes perfectamente que no contamos con la presencia de ningún amigo, ya que Hades nos los ha arrebatado y nos ha dejado a las dos solas.

Yo mientras oía decir que nuestro hermano seguía vivo y en pleno vigor, mantenía esperanzas de que regresara algún día como vengador del asesinato de nuestro padre. Pero ahora que ya no existe dirijo mi mirada hacia ti, a fin de que no rehúses, con esta hermana tuya que soy yo, a dar muerte a quien fue el asesino de nuestro padre, a Egisto. No tengo por qué ocultarte ya nada ahora ¿adónde vas si permaneces en la indiferencia mirando qué esperanza queda aún firme? Sin duda que puedes lamentarte por verte privada de la herencia de nuestro padre; y también puedes sufrir al llevar tanto tiempo soltera y envejeciendo sin casarte. Y esto ya no esperes lograrlo nunca, porque Egisto no es tan insensato que vaya a permitir que tu linaje o el mío tenga descendencia, lo que sería motivo claro de angustia para él. De modo que si sigues mis instrucciones obtendrás en primer lugar fama de piadosa de parte de nuestro padre, que yace muerto en el Hades, así como de nuestro hermano, y más adelante te llamarán lo que naciste, mujer libre, toda tu vida y lograrás la boda que te mereces, ya que todo el mundo suele fijarse en lo más conveniente.

¿No ves además cuánta fama vas a granjearte para ti y para mí si me obedeces? ¿Pues qué ciudadano o forastero al vernos no nos saludará con elogios de este tipo?: «Ved a estas dos hermanas, amigos, que salvaguardaron la casa de sus antepasados y que sin tener aprecio de sus vidas acabaron con sus enemigos a pe-

sar de que éstos estaban bien instalados. Debemos todos quererlas y respetarlas; todos debemos honrarlas en las fiestas y en las reuniones de los ciudadanos por su acto de valentía». Cosas tales pregonará cualquier ciudadano, mientras vivamos y después de muertas, de modo que nuestra fama no desaparecerá. De suerte que, querida hermana, obedéceme, ayúdame a favor de nuestro padre, socorre conmigo a nuestro hermano, y líbrame a mí misma de mi sufrimiento, líbrate a ti misma, sabiendo que resulta vergonzoso vivir vergonzosamente para quienes hemos nacido nobles.

CORIFEO. En circunstancias como las actuales, la prudencia es buena aliada tanto para quien habla como para quien escucha.

CRISÓTEMIS. Si ésta no tuviera pensamientos errados, amigas nuestras, habría conservado la prudencia de no hablar, cosa que no ha hecho. Pues ¿adónde has dirigido tu mirada para equiparte con tan gran osadía y para incitarme además a que te obedezca? ¿Es que no te das cuenta? Naciste mujer, y no hombre, y tus manos son más débiles que las de tus enemigos. El destino les sonríe a ellos a diario, mientras que para nosotras se desvanece y no alcanza a nada. Así que ¿quién que pretenda capturar a un tal hombre podrá escapar de su desgracia sin sufrir daño? Considera no sea que al actuar así nos granjeemos males mayores si alguien oye nuestra conversación. A nosotras no nos soluciona ni ayuda nada el morir ignominiosamente aunque hayamos obtenido antes buena fama. Y lo peor no es morir, sino el ni siquiera poder lograrlo cuando uno lo desea. De modo que te suplico que, antes de arruinarnos nosotras mismas por completo y de extinguir nuestro linaje, contengas tu irritación. Vigilaré para que tus palabras queden como no pronunciadas y sin

efecto para ti. Ten sensatez de ahora en adelante, ya que cuando se tiene poder conviene ceder ante los poderosos.

Corifeo. Hazle caso. No es posible a las personas lograr mayor beneficio que la sensatez y una mente sabia.

Electra. No has dicho nada que no me esperara. Perfectamente sabía que ibas a rechazar mi propuesta. Tendré que acometer yo sola esta empresa, porque desde luego no voy a dejarla de ejecutar.

Crisótemis. ¡Ay, debiste acometer este proyecto cuando murió nuestro padre! Entonces lo habrías llevado a cabo completamente.

Electra. De mi natural lo habría hecho, pero entonces mi pensamiento era más débil.

Crisótemis. Esfuérzate porque tu pensamiento sea así toda tu vida.

Electra. Me aconsejas una cosa y no te decides a colaborar conmigo.

Crisótemis. Es natural que resulte mal lo que se emprende mal.

Electra. Envidio tus pensamientos, pero aborrezco tu cobardía.

Crisótemis. Te soportaré también cuando te oiga hablar bien de mí.

Electra. No tendrás esa experiencia, al menos conmigo.

Crisótemis. Larga es la vida para juzgarlo.

Electra. Márchate, ya que en ti no hallo provecho alguno.

Crisótemis. Pues lo hay, pero no sabes apreciarlo.

Electra. Vete con tu madre y cuéntaselo todo.

Crisótemis. No te odio hasta ese extremo.

Electra. Pero sí que sabes a qué punto de deshonra me llevas.

Crisótemis. A ninguna deshonra, sino a preocuparme por ti.

ELECTRA. ¿Debo acaso seguirte en lo que tú consideras justo?

CRISÓTEMIS. Cuando recuperes la sensatez, tú serás la guía de las dos.

ELECTRA. Es verdaderamente insólito que hablando bien te equivoques.

CRISÓTEMIS. Perfectamente has definido el error en que has caído.

ELECTRA. ¿Y qué? ¿No te parece que hablo con toda justicia?

CRISÓTEMIS. Pero hay ocasiones en que lo justo arrastra perjuicios.

ELECTRA. No deseo vivir sometida a esas normas.

CRISÓTEMIS. Pero si haces lo que pretendes me darás la razón.

ELECTRA. Sin duda que lo haré, pues no te tengo miedo.

CRISÓTEMIS. ¿Será verdad y no cambiarás de propósito?

ELECTRA. Nada hay más odioso que una voluntad débil.

CRISÓTEMIS. Parece que piensas que no tengo razón en lo que digo.

ELECTRA. Hace tiempo que lo he decidido y no es cosa de última hora.

CRISÓTEMIS. Me marcho, pues; porque ni tú te avienes a aprobar lo que digo, ni yo admito tu manera de ser.

ELECTRA. Vete a palacio. Jamás te seguiré, aunque llegues a desearlo fervientemente, pues perseguir metas vanas es gran insensatez.

CRISÓTEMIS. *(Poniéndose en marcha hacia el palacio.)* Si crees que en algo eres sensata, sigue pensando así. Mas cuando estés caminando entre desgracias, aprobarás mis palabras.

Estrofa 1

CORO. *¿Por qué cuando vemos a las más sensatas aves del cielo preocuparse por el alimento de quienes los engen-*

draron y les procuraron sustento, no hacemos los hombres otrotanto? Pero ¡juro por el rayo de Zeus y por la celestial Temis que aquéllos no van a permanecer mucho tiempo sin castigo! ¡Oh voz que llevas a los muertos, haz llegar a los Atridas bajo tierra mi quejumbroso lamento, portador de tristes reproches!

Antístrofa 1

Está claro que los asuntos de palacio están enfermos y que una doble querella entre las dos hijas imposibilita sus relaciones en convivencia armónica; que Electra, sola y traicionada, se debate en dudas, siempre llorando, desdichada, a su padre, como el ruiseñor que sin cesar se queja, y que sin que le preocupe la muerte, se dispone a no volver a ver la luz del día una vez que haya vencido a la doble Erinia. ¿Quién podría haber nacido con más nobles sentimientos?

Estrofa 2

Nadie entre los nobles desea, viviendo en desgracias, deshonrar su buena fama hasta hacerse anónima, ¡oh, hija mía! Como tú, que preferiste una vida toda repleta de lágrimas, y que habiéndote pertrechado contra el deshonor conseguiste dos méritos en un solo concepto: que se te considere sabia y la más excelente hija.

Antístrofa 2

¡Ojalá que me vivas por encima de tus enemigos en fuerza y en riqueza cuanto ahora vives sometida! Porque te he encontrado caminando en aciago destino, y ahora te has granjeado los mejores premios de acuerdo con las leyes aceptadas, por tu gran piedad para con Zeus.

(Aparecen ahora en escena ORESTES *y su amigo* PÍLADES *con unos criados.)*

ORESTES. Amigas, ¿nos hemos informado bien y nos encaminamos correctamente adonde queremos ir?

CORIFEO. ¿Qué quieres saber y con qué intención has venido?

ORESTES. Hace tiempo que busco dónde habita Egisto.

CORIFEO. Pues entonces has llegado correctamente y no hay que hacer reproche a quien te dio la indicación.

ORESTES. ¿Quién de vosotras anunciaría a los de palacio nuestra común y ansiada visita?

CORIFEO. *(Refiriéndose a Electra.)* Ésta, si quien debe hacer el anuncio es la persona más allegada a palacio.

ORESTES. Ve, pues, mujer y adelántate a anunciar que unos ciudadanos de Focea buscan a Egisto.

ELECTRA. ¡Ay de mí, infeliz! ¿No será que traéis claras pruebas del rumor que hace poco hemos oído?

ORESTES. Desconozco tu información. A mí me ha enviado el anciano Estrofio para que comunique algo sobre Orestes.

ELECTRA. ¿De qué se trata, extranjero? Me invade un profundo temor.

ORESTES. Traemos, como ves, en una urna los escasos vestigios del que murió.

ELECTRA. ¡Ay de mí, desgraciada! Ahora ya está claro todo aquello. Veo, según parece, un sufrimiento inminente.

ORESTES. Si te afliges por los males de Orestes, has de saber que esta vasija esconde su cuerpo.

ELECTRA. Extranjero, permíteme por los dioses, si esta urna esconde su cuerpo, cogerla con mis manos para llorar y lamentarme por mí misma y por todo mi linaje junto a estas cenizas.

ORESTES. Acercaos y dádsela, quienquiera que sea esta mujer; pues lo suplica no como alguien malévola, sino que es una amiga o pariente de sangre.

ELECTRA. ¡Oh triste recuerdo el que me queda de la vida de Orestes, el más querido para mí de los hombres! Te recibo, no como te despedí, privada de toda esperanza. Pues ahora te alzo entre mis manos no siendo tú ya nada; aunque te hice salir de palacio, niño mío, reluciente. ¡Ojalá hubiera muerto yo antes de haberte enviado a escondidas a una tierra extranjera y con mis manos haberte salvado de la muerte! ¡Y así habrías muerto también aquel mismo día y habrías conseguido una sepultura común en la tumba de nuestro padre! Pero has perecido ahora fuera de casa, desterrado en tierra extraña, de mala manera, alejado de tu hermana. E infeliz de mí no te he preparado con mis solícitas manos el baño fúnebre, ni he recuperado del fuego abrasador, como era natural, tu desdichado fardo, sino que has recibido los cuidados de manos extrañas, infeliz, y regresas como liviano peso en una diminuta urna.

¡Ay de mí, infeliz, y mis inútiles cuidados de antaño, cuidados que frecuentemente te prodigué con dulce fatiga! Pues entonces no eras más querido por tu madre que por mí, ni nadie de casa fue tu nodriza sino yo misma, a quien continuamente llamabas hermana. Ahora, con tu muerte, todo esto se ha esfumado en un día. Porque arrasándolo todo, como un huracán, has desaparecido. Nuestro padre también ha desaparecido. Yo misma estoy muerta contigo. Al morir, tú mismo has desaparecido. Nuestros enemigos se burlan. Tu madre, que no es madre, está enloquecida por el placer. Muchas veces me anunciabas a escondidas a propósito de ella que un día vendrías como vengador. Pero todo esto nos lo ha arrebatado tu infausto destino

y el mío, que te ha enviado a ti de esta manera, ceniza e inane sombra, en vez de tu querida persona. ¡Ay de mí, cuerpo digno de lástima, ay, ay! ¡Por qué caminos, ay, ay, lastimeros has sido enviado! ¡Cómo has acabado conmigo! Sin duda has acabado conmigo, queridísimo hermano. De modo que acógeme en tu morada, acoge a quien es nada en la nada, para que habite por siempre contigo ahí abajo. Pues cuando estabas en el mundo de los vivos participaba de todo contigo; por eso ahora ansío morir y no quedar privada de tu sepultura, pues veo que los muertos ya no sufren.

CORIFEO. Piensa, Electra, que has nacido de un padre mortal, y que también lo era Orestes; de modo que no sufras en demasía, todos hemos de sufrir idéntico trance.

ORESTES. *(Hablando en voz baja, para sí mismo.)* ¡Ay, ay! ¿Qué digo? ¿Con qué palabras salir de este embrollo? No puedo contener ya mi lengua por más tiempo.

ELECTRA. ¿Te ocurre algo? ¿Por qué estás hablando solo?

ORESTES. ¿Es tal vez tu noble persona la de Electra?

ELECTRA. Ante ti la tienes, y por cierto en un estado muy lamentable.

ORESTES. ¡Ay de mí, qué desdichada desgracia!

ELECTRA. ¿No es cierto, extranjero, que sientes pena de mí?

ORESTES. ¡Oh criatura lamentable e impíamente maltratada!

ELECTRA. A nadie más que a mí, extranjero, compadeces.

ORESTES. Por tu vida de soltera y de triste crianza.

ELECTRA. ¿Y por qué, extranjero, me observas así y te apenas?

ORESTES. Hasta ahora no conocía mis propias desgracias.

ELECTRA. ¿Qué comentario mío te ha hecho así reconocerlas?

ORESTES. El verte de infinitos dolores afectada.

ELECTRA. ¡Pues sólo conoces una pequeña parte de mis desgracias!

ORESTES. ¿Cómo podría ver otras peores que éstas?

ELECTRA. El que tenga yo que estar conviviendo con unos asesinos.

ORESTES. ¿Con los de quién? ¿A qué otra desgracia aludes?

ELECTRA. Con los asesinos de mi padre. A los que además vivo sometida a la fuerza.

ORESTES. ¿Y quién es el que te obliga a esa necesidad?

ELECTRA. La que se hace llamar mi madre, aunque en nada se asemeja a una madre.

ORESTES. ¿Qué es lo que hace? ¿Con violencia física o haciéndote insoportable tu vida?

ELECTRA. Con violencia física, con malos tratos y con todo tipo de vejaciones.

ORESTES. ¿Y nadie te socorre ni lo impide?

ELECTRA. Nadie en absoluto; pues a quien había tú me lo has traído convertido en cenizas.

ORESTES. ¡Ay infeliz, hace rato que al verte te compadezco!

ELECTRA. Eres el único mortal –has de saberlo– que alguna vez me ha compadecido.

ORESTES. Porque soy el único que ha venido a compadecerte por tus desgracias.

ELECTRA. ¿No habrás llegado como pariente lejano mío?

ORESTES. Te lo explicaría, si estas mujeres de aquí son de confianza.

ELECTRA. Lo son, de modo que vas a hablar ante gente de fiar.

ORESTES. Deja ahora esa urna para que puedas enterarte de todo.

ELECTRA. No me obligues, por los dioses, a hacer eso, extranjero.

ORESTES. Obedece a quien te está hablando y no te equivocarás jamás.

ELECTRA. Te suplico por tus mejillas que no me arrebates lo que es para mí más querido.

ORESTES. No lo consentiré.

ELECTRA. ¡Ay, infeliz de mí si me veo privada, Orestes de darte sepultura!

ORESTES. Has de hablar con mayor propiedad, pues ahora te lamentas sin razón.

ELECTRA. ¿Cómo va a ser falto de razón el llorar a mi hermano muerto?

ORESTES. No te conviene expresar ese tipo de afirmaciones.

ELECTRA. ¿Soy acaso indigna de quien ha muerto?

ORESTES. No eres indigna de nadie, pero no te corresponde hablar así.

ELECTRA. Sí que lo es, siempre que lo que tengo en mis manos sea el cuerpo de Orestes.

ORESTES. Pero no es el cuerpo de Orestes, sino que así ha sido fingido de palabra.

ELECTRA. ¿Pues dónde está la sepultura de aquel infeliz?

ORESTES. No existe tal sepultura; pues los vivos no la tienen.

ELECTRA. ¿Cómo has dicho, hijo mío?

ORESTES. No miento en lo que digo.

ELECTRA. ¿Vive acaso nuestro hombre?

ORESTES. Sí, si es que yo mismo estoy vivo.

ELECTRA. ¿Eres tú él?

ORESTES. Mira este anillo de mi padre y sabrás si digo la verdad.

ELECTRA. ¡Oh luz del día más ansiado!

ORESTES. El más ansiado también para mí.

ELECTRA. ¡Esta voz! ¿Has venido?

ORESTES. Ya no tendrás que enterarte por nadie.

ELECTRA. ¿Te tengo en mis brazos?

ORESTES. Como ojalá me tengas para siempre.

ELECTRA. ¡Queridísimas amigas, ciudadanas, ved aquí a

Orestes, muerto truculentamente, pero ahora con truculencias también salvado!

CORIFEO. Lo vemos, hija mía; y lágrimas de alegría brotan de mis ojos por este acontecimiento.

Estrofa

ELECTRA. *Oh retoño, retoño de mi ser más querido, acabas de llegar, has hallado, has alcanzado, has visto a quienes buscabas.*

ORESTES. Aquí estoy, pero manténte en silencio.

ELECTRA. *¿Qué sucede?*

ORESTES. Es mejor callar, no sea que nos oiga alguien desde dentro.

ELECTRA. *¡No, por Ártemis, la siempre indomada, no es digno de temer a ese fardo inútil de mujeres que hay en palacio!*

ORESTES. Ten en cuenta que incluso en las mujeres reside Ares; bien lo sabes tú por tu propia experiencia.

ELECTRA. *¡Ay, ay! ¡Nítidamente me has mencionado mi desgracia, irresoluble, inolvidable desde su nacimiento!*

ORESTES. También lo sé. Pero cuando podamos hablar con libertad, entonces será el momento de acordarse de estas acciones.

Antístrofa

ELECTRA. *Toda la vida, toda la vida necesitaría para hablar con justicia de ellos. A duras penas contengo ahora mi boca ya libre.*

ORESTES. Yo también estoy de acuerdo. De modo que consérvala así.

ELECTRA. *¿Qué he de hacer?*

ORESTES. Cuando no es la ocasión, no quieras hablar demasiado.

ELECTRA. *¿Y quién va a ser capaz, una vez que tú has regresado, de cambiar en digno silencio las palabras; ahora que ya te he visto, de forma inesperada y sin previo aviso?*

ORESTES. Me has visto cuando los dioses me impelieron a acudir.

ELECTRA. *Aludes a un favor mayor aún que el presente si ha sido un dios el que te ha traído a esta casa. Y lo considero algo divino.*

ORESTES. De un lado dudo en reprimir tu alegría, pero de otro temo que seas víctima de sus excesos.

Epodo

ELECTRA. *Tras haberte dignado comparecer ante mí después de tan grato camino y tan largo tiempo, y viéndome tan angustiada, no me...*

ORESTES. ¿Qué no he de hacer?

ELECTRA. *...prives de disfrutar del placer de tu persona.*

ORESTES. Sin duda que me irritaría si viera que alguien lo intenta.

ELECTRA. *¿Lo prometes?*

ORESTES. ¿Cómo no?

ELECTRA. *Amigas mías, oigo una voz que ya no esperaba oír. Contuve una muda y callada agitación al oírlo*[11]*, desdichada de mí. Pero ahora ya te tengo; has aparecido como una visión para mí queridísima, de la que yo no podría olvidarme ni en los momentos de mayor abatimiento.*

ORESTES. Ahórrate las palabras superfluas, y no me cuentes que nuestra madre es una malvada ni que Egisto dilapida los bienes de nuestra casa paterna, que tira por la borda unos y gasta otros en vano. Ese tipo de relato te

11. Se está refiriendo ahora al momento en que oyó el relato de la urna.

haría perder la ocasión que el momento requiere. Sino que dame instrucciones sobre lo que nos conviene en las actuales circunstancias, sobre dónde nos vamos a librar, si a plena luz o a escondidas, de estos enemigos nuestros que ahora se ríen en su actual estado. Y que nuestra madre no te descubra por la alegría de tu rostro cuando Pílades y yo entremos en palacio, sino que debes sollozar por la desgracia falsamente anunciada. Pues cuando hayamos logrado el éxito, entonces será el momento de alegrarnos y de reír con libertad.

ELECTRA. Así, hermano, como te agrade a ti será mi comportamiento, ya que has sido tú quien me has proporcionado esta satisfacción, que no ha sido adquisición mía. Y no aceptaría darte el menor disgusto aunque obtuviera yo un gran provecho. No sería eso servir bien a la divinidad que ahora nos asiste. Pero ya sabes cómo están aquí las cosas, ¿cómo no? Has oído que Egisto está fuera de palacio y que en cambio nuestra madre sí está. Respecto a ella no temas que vea una sonrisa de alegría en mi cara. Antiguo es el odio que ha impregnado todo mi ser, y ahora que te he visto no cesaré de derramar lágrimas de alegría. ¿Cómo podré dejar de hacerlo si te he visto en una sola jornada muerto y vivo? Hasta tal extremo me has sorprendido con tu actuación que si se me apareciera ahora nuestro padre vivo, no lo consideraría un prodigio, sino que creería estarlo viendo. Ahora que te has presentado de esta manera, dispón como tu ánimo te aconseje. Pues yo sola habría logrado solo una de estas dos cosas: o me habría salvado con dignidad, o con honra habría muerto.

ORESTES. Te recomiendo que guardes silencio, pues oigo que alguien se dispone a salir de palacio.

ELECTRA. Entrad, extranjeros, especialmente ya que traéis algo que nadie de los de palacio rechazaría ni se alegraría de recibir.

PEDAGOGO. ¡Qué extremadamente imprudentes e insensatos sois! ¿Es que no estimáis ya en nada vuestra vida o carecéis por completo de sentido común, al no ser conscientes no de que estáis próximos a un gran peligro sino de que os halláis en medio de los mayores? De no haber estado yo vigilando hace rato en esta sala, habría llegado a palacio vuestra conversación antes que vosotros mismos. Menos mal que previsoramente he tenido cuidado. Pero ahora dejaos de largos discursos y de esa interminable cháchara mezclada de alegría y pasad de una vez adentro, en la idea de que en los momentos actuales toda demora es mala y que ha llegado la hora de quitarse de en medio.

ORESTES. ¿Qué situación me voy a encontrar cuando entre ahí?

PEDAGOGO. Buena; pues resulta que nadie te va a reconocer.

ORESTES. Has anunciado, como es natural, que estoy muerto.

PEDAGOGO. Has de saber que eres uno de los que habitan en el Hades, aunque estés aquí en persona.

ORESTES. ¿Están contentos con esta noticia, o qué comentan?

PEDAGOGO. Te lo diré cuando hayamos terminado. Tal como ahora están las cosas, todo va bien, incluso lo que va menos bien.

ELECTRA. Hermano, ¿quién es ese hombre? Por los dioses, dímelo.

ORESTES. ¿No lo conoces?

ELECTRA. No caigo en la cuenta.

ORESTES. ¿No reconoces a aquel en cuyas manos me pusiste un día?

ELECTRA. ¿A quién? ¿Qué estás diciendo?

ORESTES. Gracias a tu previsión fui un día sacado en secreto en las manos de éste hasta el país de los foceos.

ELECTRA. ¿Es éste aquella persona, la única que encontré leal, cuando el asesinato de nuestro padre?

ORESTES. Éste es; pero no me interrogues con nuevas preguntas.

ELECTRA. ¡Oh día felicísimo, oh tú, el único salvador de la estirpe de Agamenón! ¿Cómo has regresado? ¿Eres tú aquel que nos salvaste al mismo tiempo a éste y a mí de tantas desgracias? ¡Oh queridísimas manos! ¡Tú que nos prestaste con tus pies el mejor de los servicios! ¿Cómo es que llevas tanto tiempo a mi lado sin decírmelo y sin identificarte, haciéndome sufrir con tus palabras, aunque traías de hecho lo que más me podía alegrar? Salud, padre mío, pues creo estar viendo a mi padre. Has de saber que en un mismo día te he odiado y te he amado como a nadie.

PEDAGOGO. Creo que ya está bien. El ir y venir de muchos días y sus noches te darán la oportunidad de conocer con detalle lo que en este tiempo ha ocurrido, Electra. Y a vosotros dos, los aquí presentes, os repito que ya ha llegado la hora de actuar. Clitemestra se encuentra sola y no hay dentro ahora ninguno de sus servidores. Si os demoráis, calculad que os la habréis de ver y luchar con otros más preparados y más numerosos.

ORESTES. Nuestro cometido ahora, Pílades, no es seguir con estos largos discursos sino cuanto antes entrar, tras saludar con reverencia las imágenes de los dioses de los antepasados que se encuentran en el pórtico.

(Ahora entran en palacio definitivamente ORESTES *y* PÍLADES.*)*

ELECTRA. Soberano Apolo, atiéndeles propicio a ellos y a mí junto a ellos, yo que tantas veces te he ofrecido con mano suplicante cuanto tenía. Ahora, Apolo Licio, te hago a partir de como estamos, arrodillada, la si-

guiente súplica: sé nuestro benévolo defensor en estos planes y demuestra a los mortales cómo castigan los dioses la impiedad.

(Ahora ELECTRA *pasa también al interior del palacio.)*

Estrofa

CORO. *Ved hacia donde avanza Ares resoplando sangre pendenciera. Acaban de entrar en palacio como perros de venganza que persiguen el funesto crimen. De modo que el sueño de mis pensamientos no quedará en suspenso ya mucho tiempo.*

Antístrofa

Pues se encamina Orestes a la alcoba, con pie doloso, como vengador del muerto, hasta las alcobas que atesoran antiguas riquezas de su padre, llevando en sus manos sangre recién afilada. El hijo de Maya, Hermes, los conduce ocultando el engaño en la oscuridad hacia una misma meta que ya no admite demora.

Estrofa

ELECTRA. Queridísimas amigas, estos hombres van a ejecutar de inmediato su misión; mas guardad silencio.

CORIFEO. *¿Cómo lo harán? ¿Qué están haciendo ahora?*

ELECTRA [12]. Clitemestra prepara una vasija para las ceremonias fúnebres, mientras ellos dos acechan junto a ella.

12. En el original estos versos se distribuyen entre los dos personajes (antilabé) y por eso hemos mantenido dicho turno de intervenciones.

CORIFEO. *¿Y tú por qué estás aquí fuera?*

ELECTRA. Para vigilar que Egisto no regrese pasándonos desapercibido.

CLITEMESTRA. (Su voz se oye desde el interior.) *¡Ay, ay, techos vacíos de amigos y repletos de asesinos!*

ELECTRA. Alguien grita en el interior; ¿no lo oís, amigas?

CORO. *He oído unos gritos espantosos que dan miedo, ¡desdichada!*

CLITEMESTRA. ¡Ay de mí, desgraciada! Egisto ¿dónde te encuentras?

ELECTRA. Mira, alguien grita de nuevo.

CLITEMESTRA. Hijo, hijo mío, compadécete de la que te dio a luz.

ELECTRA. Pero él no obtuvo compasión de ti, ni el padre que lo engendró.

CORO. *¡Oh ciudad, oh linaje infeliz, hoy, en este momento acaba tu destino, acaba!*

CLITEMESTRA. ¡Ay de mí, he sido alcanzada!

ELECTRA. Golpea, si puedes, una segunda vez.

CLITEMESTRA. ¡Ay de mí, ahora de nuevo!

ELECTRA. ¡Ojalá alcanzara también a Egisto al mismo tiempo!

CORO. *Las maldiciones se cumplen y resucitan los que yacían bajo tierra. Los que antes murieron cobran la sangre vertida de sus asesinos.*

(Ahora se ve salir de palacio a ORESTES *y* PÍLADES *ensangrentados.)*

Antístrofa

Aquí regresan éstos, con sus manos ensangrentadas con gotas del sacrificio a Ares; no los censuro.

ELECTRA. Orestes, ¿cómo estáis?

ORESTES. Lo de palacio ha ido todo bien, si fue certero el oráculo de Apolo.

Electra. ¿Ha muerto la canalla?

Orestes. No temas desde ahora que la osadía de tu madre te vuelva a deshonrar.

Electra <...>[13].

Coro. *Esperad, pues distingo claramente a Egisto.*

Electra. Hijos, no os volváis ahora atrás.

Orestes. Ved a nuestro hombre cerca ya de nosotros...[14].

Electra. <...> Contento camina de regreso desde las afueras de la ciudad.

Coro. *Pasad cuanto antes al vestíbulo; y ahora, ya que lo anterior ha ido tan bien, concluid lo que os queda.*

Orestes. Confía en que lo haremos.

Electra. Tal como lo has planeado, date prisa en ejecutarlo.

Orestes. Ya me voy.

Electra. Lo de aquí será asunto mío.

Coro. *Convendría contarle a éste al oído y en tono amistoso unas pocas palabras, para que se precipite engañado al combate justiciero.*

(Aparece Egisto *en escena.)*

Egisto. ¿Quién de vosotras sabe dónde están los extranjeros venidos de Focea, que -según me han dicho- traen la noticia de que Orestes ha muerto en un accidente de caballos? *(Dirigiéndose ahora a* Electra.*)* A ti, sí, a ti te pregunto, tan descarada en otro tiempo. Creo que eres tú la más interesada y quien con mejor conocimiento de causa podrías hablar.

Electra. Lo sé todo, ¿cómo no lo iba a saber? ¿Podría estar al margen de las desgracias de mis seres más queridos?

13. En el original faltan tres versos, quizá dos de Electra y uno de Orestes, según se puede conjeturar por la estructura de la estrofa.
14. Faltan las últimas palabras de Orestes y las primeras de Electra.

Egisto. En tal caso, dímelo ¿dónde están esos extranjeros?

Electra. En palacio, cumplimentando a su ilustre anfitriona.

Egisto. ¿Han traído realmente la noticia de la muerte de Orestes?

Electra. No, pero lo han demostrado algo más que con palabras.

Egisto. ¿Podemos entonces saberlo con certeza?

Electra. Lo es; y también ver un lamentable espectáculo.

Egisto. En contra de lo que sueles, ahora me anuncias algo que me alegra mucho.

Electra. Puedes alegrarte, si ello te resulta alegre.

Egisto. Doy la orden de que todo el mundo calle y de que abran las puertas, a fin de que todos los habitantes de Micenas y de Argos lo vean; para que si alguien se jactaba antes por vanas esperanzas en ese hombre, que al contemplar ahora su cadáver acepte todo lo que salga de mi boca y no se vea obligado por la fuerza de mi venganza a tener que entrar en razón.

Electra. Lo que de mí dependía ya está cumplido. Con el tiempo he aprendido a tener la inteligencia con que conviene agradar a los poderosos.

(Al abrirse las puertas de palacio se ve a Orestes *y a* Pílades *rodeando un cadáver con el rostro cubierto.)*

Egisto. ¡Oh Zeus, tengo ante mi vista la imagen fantasmal de alguien que ha muerto no sin envidia! Pero si la Venganza va a venir no seguiré hablando. Descubridle del todo el velo de su rostro, para que en tanto que pariente mío reciba el tributo de mis lamentos.

Orestes. Álzaselo tú mismo, no es cosa mía sino tuya el verlo y saludarlo amigablemente.

EGISTO. Sin duda que me das un buen consejo; te haré caso. Y tú (*se dirige ahora a* ELECTRA.) si Clitemestra se encuentra en algún lugar de palacio, llámala.

ORESTES. Está muy cerca de ti; no busques en otra parte.

EGISTO. ¡Ay de mí! ¿Qué contemplan mis ojos?

ORESTES. ¿A quién temes? ¿No la reconoces?

EGISTO. ¿En el seno de qué redes enemigas he caído, infeliz de mí?

ORESTES. ¿No te das cuenta de que hace rato hablas a vivos como si fueran muertos?

EGISTO. ¡Ay de mí! Reconozco tu voz. No es otro que Orestes quien nos ha dirigido la palabra.

ORESTES. Y siendo tan perspicaz adivino ¿cómo es que has vivido engañado tanto tiempo?

EGISTO. Muerto estoy, desdichado de mí. Pero, déjame decirte algo muy breve.

ELECTRA. No le dejes hablar, hermano, ¡por los dioses! Ni que se extienda en sus palabras. ¿Qué provecho puede sacar de la demora alguien que, involucrado en crímenes, va a morir ahora mismo? Mátalo cuanto antes, y una vez muerto ofrécelo a los sepultureros [15] que se merece, lejos de nuestra vista. Ésta va a ser la única liberación de mis antiguas desgracias.

ORESTES. Entra a palacio, aprisa. No es un combate verbal, sino por tu propia vida.

EGISTO. ¿Por qué me haces entrar en palacio? ¿Cómo es que, si se trata de una acción justa, necesitas la oscuridad y no me matas de inmediato?

ORESTES. No sigas dando órdenes. Camina exactamente al lugar en donde asesinaste a mi padre, para que mueras en el mismo sitio.

EGISTO. ¿Es necesario que este mismo techo contemple las desgracias de los Pelópidas, presentes y futuras?

15. Alude a los perros y a los buitres, dignos sepultureros de Egisto.

ORESTES. Al menos verá las tuyas. De ellas soy tu infalible adivino.

EGISTO. Te jactas de un arte que no es herencia paterna.

ORESTES. Demasiado replicas, y el viaje se retrasa; así es que arrástrate.

EGISTO. Condúceme tú.

ORESTES. Eres tú quien debe ir delante.

EGISTO. ¿Para que no me escape?

ORESTES. Para que no mueras como te place. Debo cuidar que tu muerte sea amarga. La justicia automática para quienes han querido transgredir la ley debería ser ésta: la muerte. ¡Así no habría tanto canalla!

CORO. *¡Oh estirpe de Atreo, cómo tras penar penas tantas, al fin y con dificultad alcanzas la libertad con este esfuerzo!*

FILOCTETES

Personajes del drama

Odiseo
Neoptólemo
Coro de hombres
Filoctetes
Mercader
Heracles

La escena representa un paraje de la isla de Lemnos en la que se encuentran ODISEO, NEOPTÓLEMO *y un marinero anónimo.*

ODISEO. Ésta es la costa de la isla de Lemnos [1] bañada por las aguas, tierra desierta y no hollada por los hombres. En ella, querido Neoptólemo, hijo de Aquiles, el más valeroso padre de todos los griegos, desembarqué un día al hijo de Peante [2] el Melio. Me ordenaron que lo abandonara aquí los jefes del ejército ya que su pie supuraba a causa de un mal devorador. Continuamente nos importunaba a la hora de realizar las libaciones y sacrificios y recorría todo el campamento con sus gritos, quejas y lamentos.

1. La isla de Lemnos se encuentra en la parte noroeste del mar Egeo. Aunque históricamente estuvo habitada desde tiempos remotos, Sófocles nos la presenta como una isla desierta para aumentar los efectos dramáticos de la soledad de Filoctetes.
2. Es decir, Filoctetes, cuya estirpe procedía de la región de Mélide, en Tesalia.

Pero ¿a qué viene contarte todo esto? No es momento de tantas palabras, no sea que Filoctetes se entere de mi regreso y dé al traste con la artimaña con la que espero poder sorprenderlo. A partir de ahora tu cometido será ayudarme a descubrir dónde hay una cueva que tiene una doble salida, en la que durante el invierno el sol se asoma dos veces, mientras que en verano la brisa que atraviesa la gruta de una a otra puerta facilita el sueño. Un poco más abajo, a la izquierda, quizá encuentres una corriente de agua, si es que aún no se ha secado. Cuando estés cerca de ella hazme señas en silencio de si Filoctetes está en el lugar en que lo dejé o si se encuentra en algún otro sitio. Entonces te volveré a dar instrucciones que tú atenderás para llevar a cabo entre los dos nuestro cometido.

NEOPTÓLEMO. Soberano Odiseo, sencillo es el encargo que me haces, pues creo estar viendo ya la cueva de que me hablas.

ODISEO. ¿Arriba o más abajo? No la diviso.

NEOPTÓLEMO. Allá arriba; y no se oye ruido de pasos.

ODISEO. Mira a ver si se encuentra echando un sueño.

NEOPTÓLEMO. Veo un aposento vacío, sin nadie.

ODISEO. ¿No hay dentro restos de comida, como señal de estar habitada?

NEOPTÓLEMO. Como un jergón de hojarasca en el que alguien pasa la noche.

ODISEO. ¿Y todo lo demás está vacío? ¿No se ve nada bajo el techo?

NEOPTÓLEMO. Una vasija hecha de madera, obra de un mal artesano, y también unos cacharros para el fuego.

ODISEO. Lo que me cuentas es todo su ajuar.

NEOPTÓLEMO. ¡Puaj! Aquí hay también unos harapos secándose, impregnados de repugnante pus.

ODISEO. Sin lugar a dudas, nuestro hombre sigue viviendo en este lugar y no debe encontrarse muy lejos.

Pues ¿cómo va a alejarse un hombre con un pie enfermo desde hace tiempo? Será que ha salido a dar una vuelta a por comida o a ver si encuentra alguna planta de propiedades calmantes. Ordena al que va contigo que haga una inspección, no sea que Filoctetes se acerque inadvertidamente. A buen seguro que preferiría capturarme a mí antes que a cualquier argivo.

(NEOPTÓLEMO *indica por señas al marinero que se adelante.)*

NEOPTÓLEMO. Ya se adelanta éste para acechar el sendero; y tú, si algo más necesitas, dame otro aviso.

ODISEO. Hijo de Aquiles, debes mostrarte valeroso para la misión a que has venido, y no sólo con tu cuerpo, sino que si oyes algo totalmente distinto de cuanto hasta ahora has oído, debes auxiliarme en tanto que eres mi ayudante.

NEOPTÓLEMO. ¿Qué es, pues, lo que me ordenas?

ODISEO. Es imprescindible que engañes a Filoctetes cuando le hables. Cuando te pregunte quién eres y de dónde has venido, debes decirle que eres el hijo de Aquiles –esto no hay por qué ocultárselo– y que navegas de regreso a tu patria tras haber abandonado la expedición naval de los aqueos con ánimo muy resentido; porque te mandaron venir desde tu casa con repetidas súplicas como si fueras tú la única esperanza de poder tomar Ilión, pero que más tarde no les pareció bien entregarte las armas de Aquiles, a pesar de que te considerabas legítimo heredero de ellas, sino que se las dieron a Odiseo. Puedes lanzar contra mí los peores improperios que quieras, que ninguno de ellos me ofenderá. Porque si no consigues nuestro propósito causarás la ruina de todos los argivos, ya que si no cap-

turamos el arco de Filoctetes no te será posible arrasar la llanura de Dárdano[3].

Ahora vas a saber por qué no puedo yo y tú sí tener una conversación segura y confiada con Filoctetes. Tú te enrolaste en la expedición sin estar obligado por ningún juramento[4], ni lo hiciste por necesidad ni lo fuiste de la primera expedición; en cambio yo no puedo negar ninguno de esos tres supuestos. De modo que si Filoctetes me ve mientras siga él teniendo su arco estoy perdido y te arrastraré a la desgracia también a ti por estar conmigo. De modo que debes ingeniártelas en esto para conseguir robarle su arma invencible. Sé, hijo mío, que por tu natural no estás predispuesto a hablar así ni a maquinar maldades, pero resulta agradable conseguir el premio de la victoria. Inténtalo ahora, que ya nos mostraremos justos en otro momento. Entrégateme ahora durante un rato del día a algo vergonzoso, y más tarde te llamarán el resto de tu vida el más piadoso de los hombres.

NEOPTÓLEMO. Yo, hijo de Laertes, odio poner en práctica aquellos consejos que, con sólo oírlos, me causan pesar; pues por naturaleza soy incapaz de hacer nada con malas artes al igual que, según dicen, ocurría a mi padre. Desde luego estoy decidido a raptar a este hombre por la fuerza, pero no con engaños. Seguro que no podrá, cojo como está, someternos a nosotros que somos más. Pero por otro lado temo, ya que vengo como auxiliar tuyo, que me llamen traidor. Así que clara-

3. Es decir, la región de Troya y su comarca.

4. Todos los pretendientes de Helena juraron ante su padre que acudirían en ayuda de su marido en el caso de que éste algún día pudiera necesitarlo. Entre los juramentados estaba el propio Odiseo. La expedición contra Troya se legitimó invocando precisamente este antiguo juramento.

mente prefiero, señor, fracasar mientras obro rectamente que vencer con artimañas.

ODISEO. Hijo de tan noble padre, también yo cuando era joven tenía mi lengua ociosa y la mano activa. Pero ahora –y me remito a las pruebas– veo que entre los mortales es la palabra y no los hechos lo que lo guía todo.

NEOPTÓLEMO. ¿Pero qué otra cosa sino mentir es lo que me estás ordenando?

ODISEO. Sólo te digo que captures a Filoctetes sirviéndote del engaño.

NEOPTÓLEMO. ¿Y por qué tenemos que llevárnoslo con engaño en vez de convencerlo?

ODISEO. No es hombre que se deje persuadir, y a la fuerza no lo capturarías.

NEOPTÓLEMO. ¿Tan tremenda confianza tiene en su fuerza?

ODISEO. Posee unas flechas infalibles y precursoras de muerte.

NEOPTÓLEMO. En tal caso ¿no será una temeridad que nos acerquemos a él?

ODISEO. No, si como te digo, lo sorprendes con engaños.

NEOPTÓLEMO. ¿Y no consideras que es una vergüenza mentir?

ODISEO. No, si la mentira te trae la salvación.

NEOPTÓLEMO. ¿Y cómo se atreverá uno a hablar así mirando de frente?

ODISEO. Cuando haces algo por provecho no conviene dudar.

NEOPTÓLEMO. ¿Qué provecho saco yo con que éste acuda a Troya?

ODISEO. Sólo su arco conquistará Troya.

NEOPTÓLEMO. ¿Pero no decíais que era yo el único que iba a arrasarla?

ODISEO. Ni tú podrías sin el arco, ni el arco sin ti.

NEOPTÓLEMO. Pues entonces habrá que conseguirlo, si eso es así.

ODISEO. De modo que si lo haces conseguirás dos beneficios.

NEOPTÓLEMO. ¿Cuáles? Pues si los conozco no podré negarme a actuar.

ODISEO. Te llamarán al mismo tiempo sabio y valiente.

NEOPTÓLEMO. Venga, lo haré, olvidándome de cualquier sentimiento de vergüenza.

ODISEO. ¿Te acuerdas de todo lo que te he encomendado?

NEOPTÓLEMO. Estáte seguro, que además te lo he prometido.

ODISEO. Quédate ahora donde estás y espera a que venga. Yo me marcho, no vaya a ser reconocido cuando regrese. Y al marinero lo voy a enviar de nuevo al barco. Y más tarde, si me parece que vosotros os demoráis, haré venir otra vez al marinero disfrazado de piloto para que no se le reconozca. Hijo mío, créete de sus palabras las que te convengan, porque es hombre de habla abigarrada. Yo también regreso al barco y dejo el asunto en tus manos. ¡Que Hermes, el dios de la astucia, nos guíe a ambos; y también Atenea Vencedora, la protectora de la ciudad, la que a mí me ha salvado siempre!

Estrofa 1

CORO. *¿Qué es preciso, señor, que yo, extranjero en tierra extraña, oculte o qué debo decir ante este hombre tan suspicaz? Dímelo. Pues una especial habilidad que supera a cualquier otra arte y una gran sensatez destacan en quien gobierna con el auxilio del cetro divino de Zeus. Y ese poder te viene a ti, hijo mío, de antiguo. Dime, pues, ¿en qué puedo servirte?*

NEOPTÓLEMO. *Ahora quizá quieras conocer en qué lugar de los confines de la isla habita éste; pues mira con buen*

ánimo, y cuando regrese el terrible caminante sal de su morada hacia donde te vaya indicando en cada momento mi mano e intenta así servir a lo que en el momento presente convenga.

Antístrofa 1

CORO. *Me recuerdas ahora un cuidado que desde hace tiempo observo, señor: mantener mi ojo vigilante por tu propio interés. Y ahora dime en qué recoveco reposa y qué sitio ocupa. Saber esto no me resulta inoportuno, no sea que sin advertirlo se me aparezca por cualquier parte. ¿Qué sitio es éste o cuál su residencia?; ¿qué senderos tiene la cueva en su interior o en las afueras?*

NEOPTÓLEMO. *Estás viendo aquí una gruta de piedra que es su casa de dos puertas.*

CORIFEO. (Se acerca a la gruta y comprueba que está vacía.) *¿Adónde se ha ido el infortunado?*

NEOPTÓLEMO. *Para mí está claro que debe de andar arrastrándose por esos caminos de ahí cerca buscando alimento. Se dice que es ese el tipo de vida que lleva, disparando a las alimañas con sus aladas flechas, miserable, de miserable manera, sin que se le acerque nadie que pueda aliviarle sus sufrimientos.*

Estrofa 2

CORO. *Yo desde luego lo compadezco, porque sin que nadie se preocupe por él y sin una mirada que compartir, siempre solo, sufre una cruel dolencia y vive angustiado ante cualquier necesidad que le sobreviene. ¿Cómo, cómo puede el desdichado mantenerse? ¡Oh recursos de los mortales! ¡Oh desdichado linaje de mortales, que no conoces una vida mesurada!*

Antístrofa 2

Éste, tal vez no inferior a cualquiera de los de mejores familias, se encuentra privado de todo en su vida, lejos del mundo y sólo acompañado de moteadas o peludas fieras. En medio de dolores y hambriento, el desdichado, se queja a gritos de sus irremediables necesidades. Y sólo el eco, el que no conoce freno en su lengua y se oye de lejos, es el único que responde a sus lamentos.

NEOPTÓLEMO. *Nada de esto me extraña. Porque, si deduzco bien, pienso que sus sufrimientos son de origen divino, tanto aquellos que le impuso la despiadada Crisa*[5] *como los que actualmente padece sin que nadie le cuide. Tiene que ser empeño de algún dios el que él no pueda dirigir sus invencibles flechas, que fueron regalo de los dioses, contra Troya hasta que llegue el momento oportuno en que, según se dice, ésta resulte aniquilada por ellas.*

(A lo lejos se oyen unos gritos quejumbrosos.)

Estrofa 3

CORO. *Guarda silencio, hijo.*

NEOPTÓLEMO. *¿Qué ocurre?*

CORO. *Ha sonado un grito, como de una persona que sufre, por aquí o un poco más allá. Me llegan, sin duda me llegan ruidos de alguien que se arrastra necesariamente al caminar, y no me pasa inadvertida desde lejos la voz angustiada de un hombre abatido. Sus gritos son perfectamente audibles.*

5. Fue una ninfa de este nombre la causante de la herida de Filoctetes.

Antístrofa 3

CORO. *Vamos, presta atención, hijo...*

NEOPTÓLEMO. *Dime a qué.*

CORO. *... presta nueva atención, porque no se encuentra muy lejos sino por aquí cerca este hombre. No viene tañendo la flauta cual hace el pastor del campo, sino que al haber tropezado por su cojera lanza gritos que se ven*[6] *desde lejos, o porque ha divisado a distancia un fondeadero vacío de naves. La verdad es que lanza unos gritos terribles.*

FILOCTETES. Extranjeros, ¿quiénes sois los que habéis llegado en remera barca a esta tierra de difícil acceso y deshabitada? ¿De qué ciudad o de qué estirpe podría decir que sois? La nave es de aspecto griego, para mí el más querido, pero deseo oíros hablar. No os sobresaltéis de miedo ante mi aspecto tan salvaje, más bien compadecedme como al ser más desgraciado, solitario, aquí abandonado, maltratado y sin amigos, y habladme si es que habéis llegado en calidad de amigos. Vamos, contestadme, pues no es natural que yo quede frustrado en esto ni tampoco vosotros.

NEOPTÓLEMO. Lo primero, extranjero, has de saber que somos griegos, ya que es lo que deseas conocer.

FILOCTETES. ¡Oh lengua griega tan hermosa! ¡Ay, nada como oír la voz humana después de tanto tiempo! ¿Quién te ha impelido hacia aquí, hijo mío? ¿Qué necesidad te impulsó? ¿Qué deseo? ¿Qué queridísimo viento? Dame a conocer todo esto, a fin de saber quién eres.

NEOPTÓLEMO. Soy de una familia de Esciros, isla bañada por los mares. Y me dirijo navegando a mi patria.

6. Hemos respetado en la traducción la sinestesia del original «gritos que se ven»: ἰωὰν τηλωπόν.

Me llaman Neoptólemo, hijo de Aquiles. Ya lo sabes todo.

FILOCTETES. ¡Oh hijo de un padre para mí queridísimo, de una tierra tan querida! ¡Oh descendiente del anciano Licomedes![7] ¿Con qué naves has llegado a este lugar, y desde dónde navegas?

NEOPTÓLEMO. Ahora navego de regreso de Ilión.

FILOCTETES. ¿Qué has dicho? ¡Si tú no acudiste allí como compañero nuestro de expedición cuando emprendimos la marcha contra Ilión!

NEOPTÓLEMO. ¿Es que tú también has participado en esa desgracia?

FILOCTETES. Hijo mío, ¿no reconoces a quien ante ti tienes?

NEOPTÓLEMO. ¿Cómo voy a conocer a quien jamás antes he visto?

FILOCTETES. ¿Ni has oído nunca mi nombre ni la fama de las desgracias en que me consumo?

NEOPTÓLEMO. Has de saber que no conozco nada de lo que me estás contando.

FILOCTETES. ¡Ay, soy muy aborrecido y odioso para los dioses! Estando como me encuentro, mi fama no ha llegado a mi patria ni a lugar alguno de la tierra griega. Quienes aquí me abandonaron de modo impío se burlan al ocultar mis hazañas, y mientras mi dolencia crece sin cesar y se hace mayor.

Muchacho, hijo de Aquiles, yo soy aquél de quien quizá hayas oído decir que es el dueño de las armas de Heracles, Filoctetes el hijo de Peante, a quien los dos jefes del ejército griego y el rey de los cefalonios[8] dejaron aquí abandonado y solo, de manera vergonzante, afec-

7. Licomedes, en efecto, fue rey de Esciros y padre de la princesa Deidamía. Aquiles tuvo con ella a Neoptólemo, quien permaneció con su madre en la isla mientras Aquiles luchaba en Troya.

8. Esto es, Odiseo, que fue rey de Ítaca y Cefalonia.

tado de salvaje dolencia, mordido por la sangrienta herida de una víbora matadora de hombres. Hijo mío, aquí me dejaron solo con mi mal y se marcharon tras haber recalado en este lugar con la flota de naves que partió de la marina Crisa. Tan pronto como vieron que después de un temporal me quedé dormido junto a la orilla en una cueva abovedada, bien contentos que se fueron y me abandonaron, dejándome tan sólo unos tristes andrajos y también algo de alimento, como si fuera un mendigo. ¡Subsistencia mínima que ojalá sea la que ellos disfruten! ¿Te imaginas, hijo mío, cuál fue mi despertar del sueño una vez que aquéllos ya se habían ido? ¡Cuántas lágrimas derramé, cuánto lamenté mi desgracia!

Cuando vi que se habían marchado todas las naves con las que hice la travesía y que no quedaba en este paraje nadie que pudiera socorrerme ni con quien compartir el dolor de mi dolencia, mirando por doquier no encontraba sino aflicción, y en gran abundancia, hijo mío.

Y así me fueron transcurriendo los días uno tras otro. Y tenía que servirme yo mismo bajo este triste techo. Este arco me procuraba lo necesario para el estómago cazando aladas palomas. A ello se añadía el que cuando la flecha que yo disparaba alcanzaba el blanco, era también yo quien, infeliz, debía recoger la presa arrastrando mi desdichado pie. Y si necesitaba beber algo o cortar alguna leña cuando caía la helada del invierno, tenía que agenciármela a rastras, infeliz de mí. Además no disponía de fuego, pero frotando una piedra con otra insistentemente hice brotar el huidizo fuego que desde entonces me salva. Pues es verdad que una morada con fuego proporciona de todo, excepto el que yo no sufra mi dolencia. Mas, ¡ea, hijo! conoce ahora todo lo referente a esta isla: ningún marinero se aproxima a ella

por propia iniciativa, pues no tiene fondeadero ni lugar en el que al desembarcar puedas obtener beneficio ni en el que ser recibido como huésped. Los hombres sensatos no viajan hasta aquí. Quizá alguien arriba involuntariamente, pues muchas cosas suceden así en la larga vida de los seres humanos. Cuando alguno de éstos ha recalado por aquí, ha sentido compasión de mí de palabra, y por pura compasión incluso me han dado algo de alimento o alguna ropa; pero ninguno quiere, cuando se lo menciono, devolverme sano a mi patria, sino que me consumo, infeliz, hace ya diez años entre hambre y penalidades, alimentando esta dolencia insaciable. Esto es lo que han hecho conmigo, hijo, los Atridas y el influyente Odiseo; ¡ojalá que los dioses del Olimpo les premien con penar penas parejas a las mías!

CORIFEO. Creo que también yo, como los extranjeros que por aquí han recalado, siento compasión por ti, hijo de Peante.

NEOPTÓLEMO. Y también me muestro de acuerdo con tus palabras, porque sé que son verdaderas, ya que sólo canalladas he encontrado entre los Atridas y el influyente Odiseo.

FILOCTETES. ¿También tienes tú alguna acusación contra los criminales Atridas por haber sufrido algo que te haya enfurecido?

NEOPTÓLEMO. ¡Ojalá que mi ánimo pudiera algún día saciarse con la acción de mi mano, a fin de que Micenas y Esparta sepan que también la isla de Esciros es madre de hombres valerosos!

FILOCTETES. ¡Bien dicho, hijo mío! ¿Y cómo has llegado a concebir tan gran cólera contra ellos?

NEOPTÓLEMO. Hijo de Peante, te contaré, aunque me cause penas contártelo, lo que sufrí a manos de aquéllos a mi llegada. Pues cuando a Aquiles le llegó el momento de morir...

FILOCTETES. ¡Ay de mí! No sigas con tu relato hasta haberme enterado de si ha muerto el hijo de Peleo.

NEOPTÓLEMO. Ha muerto, no a mano de hombre alguno, sino alcanzado y domeñado por la flecha de un dios, de Febo, según dicen.

FILOCTETES. ¡Bien nobles que eran tanto el que mató como el muerto! Pero dudo, hijo mío, si preguntarte primero por tu agravio o si llorar por aquél.

NEOPTÓLEMO. Creo que tienes suficiente, infeliz, con tus propios sufrimientos como para lamentarte encima por los de los amigos.

FILOCTETES. Tienes toda la razón. Pero volviendo ahora a tu caso, dime cómo te ultrajaron.

NEOPTÓLEMO. Llegaron a mi patria en una nave muy bellamente engalanada el divino Odiseo y el que había sido ayo [9] de mi padre para anunciarme –no sé si con verdad o sin ella– que el destino requería que nadie sino yo capturara la fortaleza de Troya, una vez que mi padre ya había muerto. Al decirme ellos esto, extranjero, no demoré mucho el embarcarme a toda prisa, en primer lugar porque deseaba ver a mi padre antes de que recibiera sepultura, ya que no había vuelto a verlo, y luego porque a ello se añadía una buena razón: conquistar la ciudadela de Troya con mi concurso.
Al segundo día de navegación arribé con viento favorable al amargo promontorio de Sigeo [10]. Y en ese mismo instante todo el ejército reunido en círculo me dio la bienvenida, jurando que estaban viendo de nuevo a quien ya no existía, a Aquiles. Pero aquél estaba muerto. A continuación, infeliz de mí, tras llo-

9. Se trata del personaje homérico Fénix, encargado de la educación de Aquiles.

10. Es un cabo de la costa próxima a Troya, donde fue sepultado el héroe Aquiles, de ahí el adjetivo de «triste» puesto en boca de Neoptólemo.

rar a mi padre me presento enseguida a los Atridas, a los que naturalmente consideraba amigos, y les solicito las armas de mi padre y todas sus pertenencias. Pero ellos me dieron ¡ay de mí! la más insolente respuesta:

«Heredero de Aquiles, puedes recoger todas las pertenencias de tu padre, pero las armas tienen ahora ya[11] otro dueño: el hijo de Laertes».

Yo me echo a llorar al punto, me levanto preso de profunda rabia y les replico, dolorido en mi corazón: «Malvados, ¿os habéis atrevido a entregar unas armas que eran mías a otra persona distinta que yo, antes de yo saberlo?».

Y Odiseo, que allí mismo se encontraba, dijo entonces: «Sí, muchacho, me han hecho entrega de las armas a mí con toda justicia, pues fui yo quien las recuperé al igual que su cadáver, al hacer acto de presencia».

Preso de ira, empecé a maldecirle con toda clase de recriminaciones, sin omitir ninguna, por atreverse a despojarme de unas armas que eran mías. Entonces él, llegados a este punto, y a pesar de que no es persona proclive a la ira, dolido por lo que había escuchado me contestó estas palabras: «Tú no estabas con nosotros, sino que andabas donde no debías; y en cuanto a las armas, y ya que hablas tan osadamente, jamás regresarás a Esciros con ellas».

Tras escuchar tales insultos y reproches parto en mi nave hacia mi patria, privado de lo que es mío por obra del hombre más perverso, hijo de perversos, Odiseo. Pero no le inculpo a él más que a los que están en el poder, porque la ciudad toda y todo el ejército pertenece a los que mandan, y los hombres indecentes llegan a serlo por los consejos de sus maestros.

11. Es decir, Odiseo/Ulises.

He concluido mi relato. Amigo mío y grato a los dioses será quien odie a los Atridas.

Estrofa 1

CORO. *¡Oh madre Tierra*[12] *que a todos alimentas, madre montañosa del propio Zeus, tú que contienes el extenso Pactolo de corrientes auríferas! Ya te invocaba yo, soberana madre, cuando la gran insolencia de los Atridas cayó sobre éste por haber entregado las armas de su padre, honor máximo posible, al hijo de Laertes. ¡Oh bienaventurada diosa, que estás sentada en un trono tirado por leones matadores de toros!*

FILOCTETES. Habéis llegado aquí en vuestras naves, extranjeros, con un inequívoco motivo de pesar y os mostráis de acuerdo conmigo en reconocer que esto es todo obra de los Atridas y de Odiseo. Pues sé muy bien que éste participaría con su lengua en cualquier acto de maldad e iniquidad del que al final no puede salir nada justo. De modo que para mí esto no es motivo alguno de extrañeza; pero lo que sí me extraña es que estando presente el gran Áyax lo tolerara.

NEOPTÓLEMO. No estaba vivo, extranjero; pues si aquél hubiera estado en vida no me las habrían arrebatado.

FILOCTETES. ¿Qué dices? ¿Pero es que también éste ha muerto?

NEOPTÓLEMO. Piensa que ya no está en el mundo de los vivos.

FILOCTETES. ¡Ay de mí, desdichado! En cambio no hay miedo de que mueran ni el hijo de Tideo[13] ni el hijo de

12. Alusión a las diosas Rea o Cibeles, que recibían culto sobre todo en la región del Asia Menor, donde se encuentra el río Pactolo.
13. Se trata del guerrero Diomedes, amigo de Odiseo.

Sísifo, a quien luego compró Laertes [14]. ¡Ésos sí que debían no seguir vivos!

NEOPTÓLEMO. Ésos no han muerto, y has de saber todavía otra cosa: que ahora gozan de la mayor influencia en el ejército argivo.

FILOCTETES. Y ahora dime, ¿vive el anciano y excelente amigo mío Néstor de Pilo? Porque éste al menos refrenaba las maldades de aquéllos con sus sabios consejos.

NEOPTÓLEMO. Ahora lo está pasando mal, desde que se le murió su hijo Antíloco.

FILOCTETES. ¡Ay de mí! Me has nombrado a dos personas de las que menos me hubiera gustado oír que han muerto. ¡Ay, ay! ¿Qué nos cabe esperar cuando han muerto éstos, y en cambio allí sigue vivo Odiseo, cuando la buena noticia sería que hubiera muerto éste en vez de aquéllos?

NEOPTÓLEMO. Aquél era un hábil combatiente, pero incluso las mentes inteligentes, Filoctetes, tropiezan de cuando en vez.

FILOCTETES. Bueno, ¡por los dioses! dime, ¿dónde se hallaba entonces Patroclo, que era la persona a quien tu padre más quería?

NEOPTÓLEMO. También había ya muerto. Te lo diré todo en dos palabras: la guerra no nos arrebata por su gusto a ningún malvado, sino siempre a los mejores.

FILOCTETES. Coincido plenamente contigo. Y a este propósito, te quiero preguntar por un hombre indigno, aunque de palabra temible e ingeniosa, ¿qué fue de él?

14. Aun cuando la tradición más conocida hace a Laertes el padre de Odiseo, existía otra según la cual Odiseo era hijo del astuto Sísifo, de quien Anticlea habría quedado embarazada la noche anterior de su boda con Laertes.

NEOPTÓLEMO. ¿A quién aludes sino al propio Odiseo?

FILOCTETES. No me refiero a él. Sino a un tal Tersites, que no cesaba de hablar aunque nadie le diera la palabra. ¿Sabes si todavía sigue vivo?

NEOPTÓLEMO. No lo he visto, pero me han dicho que sigue vivo.

FILOCTETES. ¡Tenía que ser! ¡Ya que ningún malvado ha muerto, es que bien los protegen los dioses! Y es que los dioses se congratulan de devolvernos del Hades a los malvados y perversos, mientras que no cesan de dar allí acogida a los justos y honrados. ¿Cómo cuadra esto? ¿Cómo aprobarlo, si al tiempo que alabo las cosas divinas encuentro a los dioses injustos?

NEOPTÓLEMO. Por mi parte, yo, oh descendiente de la estirpe etea, tomaré buena cuenta en no mirar de ahora en adelante todo lo de Ilión y a los Atridas sino de lejos, pues entre ellos el malvado adquiere mayor poder que el bueno, lo honesto desmerece y se impone el perverso. Ese tipo de hombres nunca me será grato. Me bastará la rocosa Esciros a partir de ahora, y encontraré placer en casa, así que marcho a mis naves. Y tú, hijo de Peante, adiós y que te vaya lo mejor posible; que los dioses te curen tu dolencia como tú deseas. Y nosotros vayámonos, a fin de que cuando el dios nos facilite la navegación podamos al punto levar anclas.

FILOCTETES. ¿Vais a partir, hijo?

NEOPTÓLEMO. La ocasión nos invita a considerar nuestra partida no como algo lejano, sino inmediato.

FILOCTETES. *(Se acerca con los brazos abiertos en actitud de súplica.)* ¡Por tu padre, por tu madre, hijo mío, por lo más querido que tengas en tu casa te pido como suplicante que no me abandones aquí tan solo, desterrado entre las desgracias en que me ves y en las que has oído que vivo! Llévame como si fuera un ac-

cesorio. Sé que constituyo un fardo desagradable y grande, pero sobrellévalo. Para la gente bien nacida lo vergonzoso resulta odioso y lo virtuoso merecedor de fama.

Para ti será un baldón nada hermoso el dejar de hacerlo, y en cambio si lo haces, hijo, tendrás la recompensa de una gran fama cuando consiga yo regresar vivo a mi tierra del Eta. Vamos, la molestia no durará siquiera todo un día. Atrévete, llévame y deposítame donde quieras, en la sentina, en proa, en popa, donde menos vaya a molestar a tus compañeros. Accede, hijo, por el mismísimo Zeus protector de los suplicantes, déjate convencer. Me postro ante tus rodillas, aunque soy un infeliz cojo lisiado. No me abandones así solo y lejos de toda huella humana, sino sálvame llevándome a tu patria o hasta las alquerías del Calcedonte en la isla de Eubea. Desde allí no me resultará largo el trayecto hasta el Eta y la cordillera de Traquinia o hasta el Esperqueo de bellas corrientes, para que me devuelvas así a mi querido padre de quien temo hace tiempo que haya muerto. Pues muchas veces le envié ruegos de súplica por mediación de quienes aquí venían para que enviara algunas de sus propias naves a fin de devolverme sano y salvo a casa. De modo que creo que o bien ha muerto o bien es cosa de los emisarios, a quienes, como es natural, les importaba poco lo mío y se apresuraron a regresar a su propia patria. En cambio ahora, estoy ante ti para que seas mi acompañante y al mismo tiempo mi mensajero. Sálvame, compadécete de mí; considera que grandes y terribles riesgos acechan a los mortales: tener éxito y sufrir lo contrario. Hay que prever lo peor cuando uno vive libre de males, cuando uno vive feliz; es entonces cuando debe mirar sobre todo para que la vida no se le arruine sin advertirlo.

Antístrofa

CORO. *Compadécete, señor. Nos ha relatado numerosas pruebas de sus penalidades, difícilmente soportables. ¡Ojalá que ninguna alcance a mis amigos! Y si sientes amargo odio, señor, hacia los Atridas, y si yo fuera tú cambiaría el daño que aquéllos te infligieron en beneficio de éste, y le conduciría en veloz y bien equipada nave adonde más ansía ir, a su casa, liberado así de la venganza divina.*

NEOPTÓLEMO. Ten cuidado con no mostrarte ahora tan bien intencionado, y que luego, cuando estés hastiado por la presencia de su enfermedad, no te comportes como ahora prometen tus palabras.

CORIFEO. En modo alguno. No es posible, nunca tendrás que hacerme con razón ese reproche.

NEOPTÓLEMO. Pues sería una vergüenza que yo me mostrara menos decidido que tú a auxiliar al extranjero en estas circunstancias; de modo que si os parece embarquemos y que también embarque él enseguida. La nave lo transportará, cosa a la que él no se va a negar. Y que los dioses nos propicien salir sanos y salvos de esta tierra rumbo a donde queramos navegar.

FILOCTETES. ¡Oh felicísimo día y tú el más agradable de los hombres y vosotros queridos marineros! ¿Cómo sería yo capaz de demostraros que me contáis como al mejor de vuestros amigos? Pero vayamos antes, hijo mío, a despedirnos de la gruta inhóspita que me ha servido de morada, para que sepas con qué he tenido que vivir y cuán animoso he sido. Pues creo que nadie sino yo habría sido capaz de soportar ante su vista tamaño espectáculo. En cambio yo aprendí pronto impelido por la necesidad a familiarizarme con la desgracia.

(A duras penas se va arrastrando hacia la gruta.)

CORIFEO. Deteneos un momento, veamos. Se acercan dos hombres, uno un marinero de tu nave y el otro un forastero que se aproximan hacia nosotros. Entrad a la gruta una vez que los hayamos escuchado.

MERCADER. Hijo de Aquiles, pregunté a este compañero que hacía guardia con otros dos más en tu nave dónde podrías encontrarte. Me topé con ellos inesperadamente, al verme arrastrado por el azar a este mismo paraje. Navegaba yo como capitán de una escueta tripulación desde Ilión a mi casa, a Parapeto, rica en vides. Y al enterarme de que todos estos marineros navegaban enrolados en tu barco, me ha parecido oportuno no continuar mi viaje sin noticias, sino hablar primero contigo y obtener así la recompensa que me pueda corresponder. Porque desconoces algo que te importa: los nuevos planes que contra ti preparan los argivos y que no son sólo planes, sino acciones ya ejecutadas y otras que tienen previstas.

NEOPTÓLEMO. Mi agradecimiento, extranjero, si no soy un mezquino, llevará además todo mi afecto. Pero cuéntame antes eso a que has aludido, para que me entere de qué nueva maquinación de los argivos conoces.

MERCADER. El anciano Fénix y los hijos de Teseo han partido en tu búsqueda con una flota.

NEOPTÓLEMO. ¿Para conducirme a la fuerza o más bien mediante persuasión?

MERCADER. Lo desconozco. Al oír algo he venido a anunciártelo.

NEOPTÓLEMO. ¿Y Fénix y su tripulación hacen esto con tanto empeño por los Atridas?

MERCADER. Has de saber que se trata de planes ya ejecutados, no futuros.

NEOPTÓLEMO. ¿Y cómo es que no se presentó Odiseo como mensajero para navegar hasta mí con esta noticia? ¿O es que lo retuvo algún temor?

MERCADER. Él y el hijo de Tideo se disponían a ir a buscar a otra persona cuando yo zarpé.

NEOPTÓLEMO. ¿A la busca de qué hombre se embarca personalmente Odiseo?

MERCADER. Era un tal... *(El mercader se da cuenta de que Filoctetes está cerca y deja de hablar.)* ... Dime antes quién es este hombre y dímelo en voz baja.

NEOPTÓLEMO. Este hombre es el ilustre Filoctetes, extranjero.

MERCADER. Pues entonces no me preguntes nada más, sino recoge todo lo tuyo y sal de esta tierra en tus naves cuanto antes.

FILOCTETES. ¿De qué habla este marinero, hijo? ¿Qué pacta contigo a escondidas respecto de mí?

NEOPTÓLEMO. Todavía no me he enterado de lo que quiere decir. Debe contar más claro lo que tenga que decir ante ti, ante mí y ante éstos.

MERCADER. ¡Oh descendiente de Aquiles! No me enemistes con el ejército por tener que decir lo que no debo. Yo recibo de ellos muchos beneficios a cambio de los servicios que les presto, como hombre pobre que soy.

NEOPTÓLEMO. Los Atridas son enemigos míos y en cambio este hombre es mi mejor amigo, precisamente porque odia a los Atridas. De modo que es absolutamente necesario que, si has venido como amigo mío, no nos ocultes una sola palabra de cuanto sabes.

MERCADER. Ten cuidado con lo que haces, muchacho.

NEOPTÓLEMO. Ya lo tengo desde hace tiempo.

MERCADER. Te consideraré responsable de todo esto.

NEOPTÓLEMO. Hazlo, pero habla.

MERCADER. Voy a hablar: a buscar a éste han partido en una nave los dos hombres que me has oído, el hijo de

Tideo y Odiseo, y han jurado que lo llevarán de regreso, bien después de persuadirlo con palabras, bien por la fuerza. Todos los aqueos oyeron claramente a Odiseo decir eso, pues él estaba más decidido a llevarlo a cabo que el otro.

NEOPTÓLEMO. ¿Y por qué motivo se interesan los Atridas ahora por éste después de tanto tiempo, tras haberlo desterrado hace mucho? ¿Qué nostalgia les ha entrado? ¿Qué fuerza o venganza divina que castiga las malas acciones ha sido?

MERCADER. Como quizá no lo hayas oído, te lo voy a explicar todo. Había un ilustre adivino, hijo de Príamo y al que conocían con el nombre de Heleno [15]. Una noche que había salido solo fue hecho prisionero por una trampa de Odiseo, ese personaje al que todos dirigen vergonzosos e infamantes epítetos. Lo condujo atado y lo presentó ante los aqueos como una codiciada presa. Fue él quien les vaticinó entre otras muchas cosas que nunca lograrían destruir la fortaleza de Troya si no persuadían a Filoctetes de que regresara de esta isla en la que ahora vive. Y cuando el hijo de Laertes oyó este vaticinio, prometió al instante que comparecería ante los aqueos trayendo a este hombre. Creía poder llevarlo de buen grado, pero que si no, lo haría a la fuerza. En caso de que no lograra éxito en su empresa dejaba que cualquiera de ellos le cortara la cabeza. Ahora, muchacho, ya lo sabes todo. Y te aconsejo, a ti y a éste, que os deis prisa si algún interés tienes por él.

FILOCTETES. ¡Desdichado de mí! ¿Es verdad que ése, esa absoluta maldad, juró que me llevaría ante los aqueos después de convencerme? Antes me dejaría convencer para regresar del Hades tras mi muerte al mundo de los vivos, como hizo su padre.

15. Heleno era en efecto hijo del rey de Troya y hermano de la también adivina Casandra.

MERCADER. *(Poniéndose en marcha hacia el fondeadero.)* Yo no sé nada de eso. Me retiro a mi nave y que la divinidad os auxilie a los dos como mejor convenga.

FILOCTETES. ¿No es verdaderamente tremendo, hijo mío, que el hijo de Laertes espere persuadirme un día con delicadas palabras para llevarme en su nave ante la presencia de los argivos? No; antes prestaría oídos a la odiosísima víbora que me ha dejado así lisiado. Aquél es capaz de prometer cualquier cosa y de atreverse a todo. Ahora ya sé que algún día vendrá; de modo que, hijo mío, vayámonos para que un extenso mar nos separe de la nave de Odiseo. Salgamos. La prisa que ahora nos demos será muy oportuna, pues una vez pasadas las primeras molestias nos traerá momentos de descanso y de tranquilidad.

NEOPTÓLEMO. Cuando el viento de proa amaine zarparemos pues en este momento nos sopla contrario.

FILOCTETES. Siempre es favorable hacerse a la mar cuando uno huye de peligros.

NEOPTÓLEMO. No, pues también los vientos les son adversos a ellos.

FILOCTETES. No hay viento contrario para los piratas cuando se disponen a robar y saquear por la fuerza.

NEOPTÓLEMO. Salgamos, si te parece bien, cuando hayas recogido de la gruta lo que necesites y todo aquello a lo que tengas cierto apego.

FILOCTETES. Hay algo que necesito aunque no es mucho.

NEOPTÓLEMO. ¿Y qué es eso que no puedes encontrar en mi nave?

FILOCTETES. Tengo una planta con la que aplaco mi herida hasta calmarla muchísimo.

NEOPTÓLEMO. Recógela, pues. ¿Qué más deseas llevarte?

FILOCTETES. A ver si me he dejado extraviada por des-

cuido alguna de mis flechas, no sea que se me quede y alguien la coja.

NEOPTÓLEMO. ¿Eso que llevas son tu arco y tus famosas flechas?

FILOCTETES. Éstos son, pues no hay otros, los que llevo en mis manos.

NEOPTÓLEMO. ¿Puedo cogerlo y verlo de cerca, alzarlo con mis manos y postrarme ante él como ante un dios?

FILOCTETES. A tu disposición, hijo mío, está esto y cualquier otra cosa que te interese.

NEOPTÓLEMO. Ciertamente que lo deseo, aunque mi deseo también conoce límites: si me es lícito lo deseo; pero si no lo es déjalo.

FILOCTETES. Piadosas palabras utilizas, hijo mío, y te es lícito cogerlo porque has sido el único que me has posibilitado contemplar esta luz del sol, llegar a ver la tierra etea, a mi anciano padre y a mis amigos; porque tú me has alzado cuando me hallaba sometido a mis enemigos. Confía, podrás tocarlo y devolverlo al que te lo presta, y podrás vanagloriarte de haber sido el único mortal en tenerlo, gracias a tu acto de generosidad. También yo lo logré como premio a una buena acción.

NEOPTÓLEMO. No me pesa el haberte encontrado y tomado por amigo. Pues quien sabe hacer el bien por haber recibido antes un favor se convierte en un amigo mejor que cualquier otra posesión. *(A la entrada ya de la gruta.)* Puedes pasar.

FILOCTETES. Entrarás tú conmigo, pues mi enfermedad requiere que te tome como ayudante.

Estrofa 1

CORO. *He oído un relato -desde luego no lo he visto- de que el todopoderoso hijo de Crono dejó atado a una rue-*

da giratoria a uno[16] que había osado acercarse un día a la alcoba de Zeus. Pero no he visto ni he oído de ningún mortal que haya sufrido un destino más penoso que el de este hombre, que sin haber hecho daño ni matado a nadie, antes al contrario habiendo sido un hombre justo con quienes lo eran, perece tan ignominiosamente. Me causa un enorme estupor cómo, de qué manera ha podido sobrevivir en esta soledad, oyendo sólo el batir de las rompientes olas, cómo pudo soportar una vida tan llena de lágrimas.

Antístrofa 1

Donde él mismo era su propio vecino, sin movilidad, sin ningún compañero con quien compartir la desgracia y con quien proferir un lamento que encontrara eco con que deplorar la sangrienta herida que tan hondamente le devoraba. Nadie que le aliviara con las plantas calmantes recolectadas de la fecunda tierra el febril flujo de sangre que, cuando le sobrevenía el acceso, fluía de su ulcerado pie. Se arrastraba de un lado para otro, como un niño sin su nodriza, por donde hubiera abundancia de alimento, tan pronto le remitía el dolor que le mordía el alma.

Estrofa 2

No recogía para alimentarse el grano de la sagrada tierra ni de otras plantas que cultivamos los hombres comedores de pan sino que con la ayuda de las raudas flechas de su infalible arco se procuraba alimento para su

16. Se trata del personaje mitológico Ixión, que intentó seducir a Hera, esposa de Zeus. Éste lo castigó a quedar atado a una rueda de fuego que gira por el éter eternamente.

estómago. ¡Oh alma desdichada, que durante diez años no probaste el vino escanciado, sino que escrutabas dónde encontrar una charca de agua, a la que tenías que dirigirte a diario!

Antístrofa 2

Pero ahora que ha dado con el hijo de valientes antepasados será feliz y dichoso tras aquellas desgracias. Éste le llevará tras varios meses en su nave marinera hasta la morada paterna de las ninfas Melíades y hasta las orillas del Esperqueo. Fue precisamente en este lugar donde el hombre de escudo de bronce[17] *ascendió hasta los dioses todos, refulgiendo con resplandor divino, sobre las alturas del Eta.*

(Ahora salen de la gruta NEOPTÓLEMO *y* FILOCTETES. *Súbitamente éste se ve afectado por un nuevo acceso de dolor.)*

NEOPTÓLEMO. Continúa arrastrándote si quieres. Pero ¿por qué te callas sin motivo alguno y te quedas como traspuesto?

FILOCTETES. ¡Ay, ay, ay, ay!

NEOPTÓLEMO. ¿Qué te pasa?

FILOCTETES. Nada especial. Pero mira, hijo mío...

NEOPTÓLEMO. ¿Acaso sientes más dolor de la dolencia que sufres?

FILOCTETES. De verdad que no; incluso creo que siento ahora cierto alivio. ¡Oh dioses!

NEOPTÓLEMO. ¿Por qué invocas así a los dioses a gritos?

FILOCTETES. Para que vengan como benévolos salvadores nuestros. ¡Ay, ay, ay, ay!

17. Alusión al héroe Heracles.

NEOPTÓLEMO. ¿Qué te está sucediendo? ¿No me lo vas a decir en vez de seguir callado? Da la impresión de que algo va mal.

FILOCTETES. Estoy acabado, hijo mío, y ya no puedo disimular mi mal ante vosotros. ¡Ay, ay! Me atraviesa, me atraviesa, desdichado, infeliz de mí. Estoy acabado, hijo mío; me devora, hijo. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Por los dioses, si dispones de una espada a mano, hijo mío, córtame la parte de arriba del pie, ampútamelo cuanto antes. No te preocupes por mi vida. Vamos, hijo mío.

NEOPTÓLEMO. ¿Qué es este reciente y repentino dolor que te hace dar esos gritos y quejarte de esa manera?

FILOCTETES. ¿Sabes una cosa, hijo?

NEOPTÓLEMO. ¿El qué?

FILOCTETES. ¿Sabes una cosa, hijo?

NEOPTÓLEMO. ¿Qué te sucede? No la sé.

FILOCTETES. ¿Cómo que no la sabes? ¡Ay, ay, ay!

NEOPTÓLEMO. Es terrible sobrellevar tu dolencia.

FILOCTETES. Sin duda terrible e incomunicable. Compadécete de mí.

NEOPTÓLEMO. ¿Qué he de hacer, pues?

FILOCTETES. Aunque te horripile, no me abandones. El dolor vuelve después de un rato, cuando se ha cansado de sus correrías.

NEOPTÓLEMO. Infeliz, ay, infeliz de ti. Muy infeliz resultas por tantos males. ¿Quieres que te coja y te sostenga?

FILOCTETES. No, eso no; sujétame este arco, como hace un momento me pedías, hasta que remita este acceso actual de mi dolencia; guárdamelo y custódiamelo. Pues ahora me entra el sueño, al irse marchando el dolor y no cesa hasta que no duermo; de modo que debes dejarme dormir tranquilo. Y si durante el sueño aparecen ésos ¡por los dioses! te insisto en que ni de buen grado ni por la fuerza ni bajo ninguna treta se lo dejes

a ellos. No vayas a convertirte en tu propio exterminador y en el mío, que soy tu suplicante.

NEOPTÓLEMO. Confía en mi prudencia. No estará más que en mis manos o en las tuyas. Confiemos en la suerte.

FILOCTETES. Tómalo, recíbelo, hijo mío. ¡Guárdate de que no nos atraigamos la envidia de los dioses! ¡Ojalá que ella no te ocasione las mismas tremendas penas que me ha causado a mí y a su anterior propietario![18].

NEOPTÓLEMO. ¡Dioses, que así sea! Que tengamos una travesía propicia y cómoda dondequiera que los dioses deseen conducirnos y que nuestra misión se cumpla.

FILOCTETES. Me temo, hijo mío, que tu súplica resulte vana, pues de nuevo empieza a fluirme de dentro esta oscura sangre, y espero algo novedoso. ¡Ay, ay, ay! Maldito pie. ¿Qué sufrimientos me vas a causar? Se arrastra, se acerca este dolor de nuevo. ¡Ay de mí! Ya sabéis de qué se trata, pero no me abandonéis en ningún caso. ¡Ay, ay, ay!

(Dirigiéndose ahora mentalmente a ODISEO.)

Extranjero de Cefalonia[19], ojalá este dolor te alcanzara y te traspasara el pecho. ¡Ay, ay, ay de nuevo!
Y vosotros, los dos jefes, Agamenón y Menelao, ¿no podríais sufrir vosotros en vez de yo esta dolencia durante igual tiempo? ¡Ay de mí! ¡Oh muerte, muerte! ¿Cómo es que aunque te invoco a diario no puedes venir en cualquier momento?
¡Hijo mío, de tan noble familia, buen amigo, cógeme y quémame en este famoso fuego de Lemnos[20]. Hace

18. El propio Heracles, que también murió preso de locura.
19. Es decir, Odiseo, rey de Ítaca y Cefalonia.
20. En la isla de Lemnos se encuentra el volcán Mosiclo; de ahí el sentido de la expresión para referirse a un fuego especialmente sañudo.

tiempo también yo tuve que hacer esto con el hijo de Zeus a cambio del arco que ahora tú custodias. ¿Qué dices, hijo mío? ¿Qué dices? ¿Por qué callas? ¿Dónde estás?

NEOPTÓLEMO. Sufro hace rato y lloro por tus desgracias.

FILOCTETES. Pero, hijo mío, ten confianza; porque este acceso de dolor es agudo pero se marcha enseguida. Vamos, te lo pido, no me abandones.

NEOPTÓLEMO. Estáte seguro; nos quedaremos.

FILOCTETES. ¿Te vas a quedar de verdad?

NEOPTÓLEMO. Considéralo cosa hecha.

FILOCTETES. No creo necesario hacértelo jurar, hijo mío.

NEOPTÓLEMO. Porque no resulta lícito que yo me vaya sin ti.

FILOCTETES. Dame tu mano en señal de garantía.

NEOPTÓLEMO. Te la brindo como prueba de que me quedo.

(FILOCTETES *señala con su mano en dirección a la gruta.)*

FILOCTETES. Llévame ahora allí, allí.

NEOPTÓLEMO. ¿Adónde dices?

FILOCTETES. Hacia arriba.

NEOPTÓLEMO. ¿Qué delirio te asalta de nuevo? ¿Por qué miras así al cielo?

FILOCTETES. Déjame, déjame.

NEOPTÓLEMO. ¿Dónde quieres que te deje?

FILOCTETES. Déjame por un momento.

NEOPTÓLEMO. Digo que no te dejaré.

FILOCTETES. Me matas con sólo rozarme.

NEOPTÓLEMO. Te soltaré cuando recuperes la razón.

FILOCTETES. ¡Madre tierra, acógeme moribundo como estoy, pues esta dolencia es incurable!

(El sopor se va apoderando finalmente de FILOCTETES.*)*

NEOPTÓLEMO. Parece que a no mucho tardar el sueño va a hacer presa de nuestro hombre. Tiene la cabeza tendida boca arriba y un sudor le recorre todo el cuerpo; una hemorragia de negra sangre fluye de una de sus venas del extremo del pie. Dejémoslo tranquilo, amigos, para que se sumerja en el sueño.

Estrofa

CORO. *¡Sueño, Sueño que desconoces el dolor y el sufrimiento, llégate propicio a nuestro amigo, propicio, soberano! Mantén en sus ojos la serenidad que ahora le inunda. Acude, acude, liberador.*

(Se dirige ahora a NEOPTÓLEMO.)

Hijo mío, tú mira en qué situación andas, adónde te diriges y cómo salir de esta situación. ¿Ves? Se ha dormido ¿A qué esperamos para actuar? La oportunidad del momento, experta y muy sabia obtiene gran éxito en su rápido actuar.

NEOPTÓLEMO. *Éste no se puede enterar ahora de nada, pero yo sé muy bien que resultará vano conseguir su arco si zarpamos sin Filoctetes. La corona de la victoria habrá de ser suya. El dios dijo que nos lo debíamos llevar a él. Es un vergonzoso oprobio jactarse de hazañas ajenas conseguidas con engaño.*

Antístrofa

CORO. *Pero, sobre eso, hijo mío, el dios proveerá. En todo caso, lo que tengas que contestarme, dímelo en voz baja,*

muy baja. Porque cuando se está enfermo el sueño no es sueño: sus pupilas son muy sensibles a la luz. Pero ahora considera cómo llevarlas a cabo a escondidas y de la mejor manera que sepas; sí, eso, sabes a qué me refiero. Si te mantienes en tu misma opinión respecto a éste, has de saber que las personas inteligentes encuentran solución a las dificultades insalvables.

Epodo

El viento es favorable, hijo, favorable. Nuestro amigo está dormido y no puede recurrir a nada, inmerso en una larga noche; intenso es su sueño a plena luz del día. No controla sus brazos ni sus pies ni ninguno de sus miembros, sino que yace ahí como si estuviera en el Hades. Reconsidera si lo que me has dicho antes es lo conveniente[21]*. Porque a mis cortas entendederas, hijo mío, resulta mejor el esfuerzo que no implica riesgo.*

(*Inesperadamente se despierta* FILOCTETES.)

NEOPTÓLEMO. Te ordeno guardar silencio y no apartarte de lo que es sensato. Nuestro amigo abre los ojos y levanta la cabeza.

FILOCTETES. ¡Oh luz del sol que sucedes al sueño! ¡Oh custodia de estos extranjeros de la que mis esperanzas desconfiaban! Nunca habría imaginado, hijo mío, que hubieras soportado permanecer a mi lado tan compasivamente ante mis presentes desgracias y sirviéndome de ayuda. Los Atridas, esos valientes jefes del ejército, no pudieron resistirlo con la misma paciencia. Mas tú, que eres una persona de noble natural y des-

21. Lo que dijo en los versos 840 y ss.

cendiente de nobles, consideraste ello muy fácil aun atosigado por mis gritos y mi pestilencia. Y ahora, hijo mío, ahora que parece que hay una tregua y un momento de respiro en mi dolencia, ayúdame a incorporarme, ayúdame a ponerme en pie, hijo mío, a fin de que cuando la fatiga se me pase dentro de un momento podamos embarcar en la nave y no retrasar la travesía.

NEOPTÓLEMO. Me alegra verte libre de dolor, con la vista recuperada y aún vivo contra toda esperanza, porque los síntomas que presentabas de tu actual dolencia eran más bien propios de un muerto. De modo que ahora incorpórate tú mismo o si lo prefieres te ayudarán éstos que están aquí; pues no se mostrarán renuentes a esta tarea, si es que así nos parece a ti y a mí que hay que hacerlo.

FILOCTETES. Te agradezco todo esto, hijo mío; incorpórame tú, como pensabas. Deja tranquilos a éstos, que no se apesadumbren antes de lo debido por mi pestilencia, pues bastante tendrán con soportar mi convivencia en la nave.

NEOPTÓLEMO. Así se hará. Mas levántate e incorpórate por ti mismo.

FILOCTETES. Ten confianza; la costumbre me mantendrá erguido.

(NEOPTÓLEMO *parece cambiar repentinamente de decisión.)*

NEOPTÓLEMO. ¡Ayayay! ¿Qué debería hacer yo a partir de este momento?

FILOCTETES. ¿Qué ocurre, hijo mío? ¿Adónde apuntan tus palabras?

NEOPTÓLEMO. No sé a dónde debo dirigir una difícil decisión.

FILOCTETES. ¿Qué dificultad tienes tú? ¡No digas eso, hijo mío!

NEOPTÓLEMO. Pero el caso es que me encuentro ahora mismo en una situación embarazosa.

FILOCTETES. ¿No te habrá convencido la pestilencia de mi mal a no llevarme ahora como pasajero?

NEOPTÓLEMO. Todo es repugnante cuando uno deja de lado su propia naturaleza y hace cosas que le son impropias.

FILOCTETES. Pero tú no estás haciendo ni dices nada impropio de tu padre al ayudar a un hombre justo.

NEOPTÓLEMO. Apareceré ante los ojos de los demás como un sinvergüenza. Esto es lo que desde hace tiempo me atormenta.

FILOCTETES. Por tus actos no lo creo así; en cambio temo por lo que dices.

NEOPTÓLEMO. ¡Oh Zeus! ¿Qué he de hacer? ¿Seré tenido por malvado una segunda vez al ocultar lo que no debo y al pronunciar las más desvergonzadas palabras?

FILOCTETES. Parece que este hombre, si no me equivoco en lo que pienso, me va a traicionar y va a zarpar dejándome abandonado.

NEOPTÓLEMO. No pienso abandonarte; más bien te llevaré a disgusto, y eso es lo que hace tiempo me atormenta.

FILOCTETES. ¿Qué dices ahora, hijo? Porque no te comprendo.

NEOPTÓLEMO. No te voy a ocultar nada, pues es forzoso que navegues hasta Troya, junto a los aqueos y la flota de los Atridas.

FILOCTETES. ¡Ay de mí! ¿Qué has dicho?

NEOPTÓLEMO. No te lamentes antes de enterarte.

FILOCTETES. ¿Qué he de saber ahora? ¿Qué piensas hacer conmigo ahora?

NEOPTÓLEMO. Lo primero, salvarte de tu dolencia y luego ir contigo a devastar la llanura de Troya.

FILOCTETES. ¿De verdad piensas hacer eso?

NEOPTÓLEMO. Una gran necesidad lo exige. Pero tú no te irrites al oírlo.

FILOCTETES. Estoy perdido, he sido traicionado, infeliz de mí. ¿Qué me has hecho, extranjero? Devuélveme al instante mi arco.

NEOPTÓLEMO. Eso no es posible. La justicia y la conveniencia me inducen a obedecer a los que mandan.

FILOCTETES. ¡Oh tú, ser más abominable que el fuego, odiosísimo ejecutor de la mayor de las perfidias, qué cosas me has hecho, cómo me has engañado! ¿No te da vergüenza de mirarme a la cara, que he sido tu suplicante, que te he implorado, miserable? Al arrebatarme el arco me has quitado la vida. Devuélvemelo, te lo suplico. Devuélvemelo, te lo suplico, hijo. Por los dioses paternos, no me quites mi medio de subsistencia. ¡Ay de mí, desgraciado! Ni siquiera me dirige la palabra, sino que mira a otra parte como que no va a devolvérmelo jamás.

¡Oh puertos, oh promontorios, oh compañías de las montaraces fieras, oh abruptas rocas, ante vosotros, como testigos bien conocidos míos -pues no tengo a nadie con quien hablar- lloro las iniquidades que el hijo de Aquiles ha cometido conmigo! Juró que me llevaría a mi patria y ahora me conduce a Troya. Y habiéndome ofrecido su mano derecha en señal de garantía, me ha arrebatado el sagrado arco de Heracles, el hijo de Zeus, y quiere lucirlo ante los argivos. Y a mí me lleva por la fuerza, como si hubiera capturado a un hombre en plenitud de sus facultades, y no sabe que ha matado a un cadáver, una sombra del humo, una persona inútil. ¡No se habría apoderado de mí, de haber estado yo sano! Y ni siquiera en mi estado lo ha conse-

guido sino con sus tretas. Infeliz de mí, he sido engañado. ¿Qué debo hacer? Vamos, devuélvemelo. Todavía puedes volver a ser tú mismo. ¿Qué dices? Callas. Infeliz de mí, nada soy.

¡Oh tú, cueva de doble puerta, de nuevo regreso a ti, desarmado, sin medios de subsistencia! A solas contigo me iré consumiendo, sin poder cazar con mi arco aladas aves ni fieras montaraces; sino que, infeliz de mí, al morir proporcionaré un banquete a aquellos de quienes me solía alimentar, y ahora me cazarán los que antes eran cazados por mí. Y pagaré con mi muerte sangrienta, infeliz de mí, la muerte de aquéllos. Y todo por culpa de quien parecía no conocer la maldad. Pero no perezcas todavía. No perezcas antes de saber si cambiarás de propósito. Y si no cambias, ¡ojalá perezcas de mala manera!

CORIFEO. *(Habla ahora reservadamente a* NEOPTÓLEMO.) ¿Qué hacemos? De ti depende, señor, el que nos embarquemos ahora o el prestar oídos a sus palabras.

NEOPTÓLEMO. Me ha sobrevenido una tremenda preocupación por este hombre, y no ahora por primera vez, sino mucho antes.

FILOCTETES. Compadécete, hijo mío, por los dioses, y no proporciones a los hombres ningún motivo de reproche contra ti por haberme engañado.

NEOPTÓLEMO. ¡Ay de mí! ¿Qué hago? Ojalá que nunca hubiera zarpado de Esciros; así de apesadumbrado me encuentro en esta situación.

FILOCTETES. Tú no eres un canalla; parece que has llegado a esta desvergüenza por influencia de hombres malvados. Zarpa ahora a la mar después de haberte deshecho de esas influencias como mejor te parezca y tras devolverme mi arco.

NEOPTÓLEMO. ¿Qué hacemos, compañeros?

(Ahora aparece el propio Odiseo *en escena.)*

Odiseo. ¡Oh el peor de los hombres! ¿Qué haces? Apártate y devuélveme ese arco.

Filoctetes. ¡Infeliz de mí! ¿Quién es ese hombre? ¿Acaso estoy oyendo a Odiseo?

Odiseo. Soy Odiseo, entérate de una vez, a quien estás viendo.

Filoctetes. ¡Ay de mí! He sido traicionado, estoy perdido. Ése fue el que me hizo prisionero y me robó mis armas.

Odiseo. Yo y sólo yo, entérate bien. En eso estoy de acuerdo.

Filoctetes. Devuélveme el arco, hijo, dámelo.

Odiseo. Eso no lo hará, aunque quiera. Y tú lo que debes hacer es ponerte en marcha con éstos o te arrastrarán ellos por la fuerza.

Filoctetes. ¿Qué éstos me van a llevar a mí por la fuerza? ¡Canalla de canallas, que no conoces la vergüenza!

Odiseo. Si no malcaminas por tu propia iniciativa.

Filoctetes. ¡Oh tierra de Lemnos y todopoderoso brillo de Hefesto!, ¿no es intolerable que éste intente arrebatarme de ti por la fuerza?

Odiseo. Es Zeus, entérate, Zeus el que gobierna esta tierra, Zeus quien así lo ha dispuesto. Y yo sólo cumplo sus órdenes.

Filoctetes. ¡Criatura odiosa, qué patraña de relato te has inventado! Poniendo por testigos a los dioses haces que éstos mientan.

Odiseo. No, al revés, los hago veraces. Debes emprender tu camino.

Filoctetes. Me niego.

Odiseo. Pues yo lo afirmo. Has de obedecerme en esto.

FILOCTETES. ¡Ay de mí, infeliz! Sin duda nuestros padres nos engendraron como esclavos y no como hombres libres.

ODISEO. Nada de eso. Sino iguales a los mejores, en cuya compañía es preciso que captures Troya y la arrases por la fuerza.

FILOCTETES. Jamás. Ni aunque tuviera que sufrir el peor de los males, al menos mientras exista para mí este escarpado peñasco de tierra.

ODISEO. ¿Qué podrás hacer?

FILOCTETES. Quebrarme la cabeza y desangrarme arrojándome de inmediato de lo alto de esta roca contra las otras rocas...

ODISEO. Prendedlo para que no pueda hacerlo.

FILOCTETES. ¡Oh manos mías, qué trato sufrís ahora por no contar con vuestro arco, maniatadas por este hombre! ¡Oh tú, que no tienes una idea sana ni libre, cómo te has burlado nuevamente de mí! ¡Cómo me has cazado, tomando como pretexto a este joven que nada sabía de mí; joven indigno de ti y muy digno amigo mío y que no sabía más que cumplir lo que se le había mandado! Ahora mismo está dando muestras de que sufre por su propio error, cuyas consecuencias yo he padecido. Fue tu maldad, que siempre está al acecho desde su escondrijo, la que enseñó a ser experto en iniquidades a quien era una persona sencilla y que no quería cometerlas.
Y ahora, canalla, piensas sacarme maniatado de este promontorio en el que tú mismo me arrojaste previamente, sin amigos, solitario, sin patria, como un muerto entre vivos. ¡Ay de mí, ojalá mueras! ¡Ya he solicitado tu muerte tantas veces! Pero los dioses no me conceden nada que me sea grato; y tú en cambio disfrutas de vivir, mientras yo sufro por eso mismo, porque sigo vivo entre infinitas desgracias, infeliz de mí, objeto de tus burlas y de las de los dos jefes Atridas, cu-

yas órdenes tú ahora sirves. Aunque te hiciste a la mar con ellos forzado por el engaño y a la fuerza, a mí, infeliz, que me enrolé en la expedición de forma voluntaria y con siete naves, me abandonaron aquí de manera ignominiosa (según tú dices fueron ellos los inductores, y según ellos fuiste tú).

Y ahora ¿por qué me lleváis? ¿Por qué me sacáis de aquí? ¿Para qué? ¿A mí, que ya nada soy y estoy muerto hace tiempo para vosotros? ¿Cómo es que, criatura la más aborrecida por los dioses, no soy para ti un cojo pestilente? ¿Cómo vais a poder quemar ofrendas a los dioses si voy yo como pasajero de la nave? ¿Cómo hacer libaciones entonces? Pues éstos fueron tus pretextos para desterrarme. Ojalá muráis de mala muerte. Y pereceréis, porque habéis sido injustos con este pobre hombre que soy yo, si los dioses se preocupan de la justicia. Y sé muy bien que se preocupan. Pues en otro caso no habríais organizado esta expedición por mí, un desgraciado, si no os hubiera espoleado a venir por mí un aguijón divino.

Pero, ¡oh tierra de mis antepasados y dioses providentes, castigadlos, castigadlos a todos, aunque sea tarde, si es que os compadecéis de mí! Porque vivo de forma lamentable, pero si los viera muertos me parecería haberme liberado de mi dolencia.

CORIFEO. Este extranjero está apesadumbrado y pronuncia apesadumbradas quejas, Odiseo, que ni en medio de sus desgracias amenguan.

ODISEO. Podría replicar extensamente a sus palabras, si fuera momento. Ahora sólo puedo dar una razón: si hace falta en algún sitio una persona así, ésa soy yo; pero donde se presente un certamen a propósito de hombres justos y honrados no encontrarás a otro más piadoso que yo, pues por mi propia manera de ser busco siempre y en cualquier sitio lograr la victoria, ex-

cepto en tu caso. Ahora, en cambio, voy a ceder de buen grado ante ti.

(Dirigiéndose ahora a los marineros de la tripulación.)

Dejadlo libre y no lo sujetéis más. Dejadle que se quede aquí. Además, ni siquiera te necesitamos, ya que tenemos tus armas. En nuestro campamento está Teucro, que tiene igual destreza que tú con el arco, y yo mismo que creo que no lo manejaría nada peor que tú y que sería capaz de tensarlo con mi mano ¿para qué, pues, te necesitamos? Disfruta arrastrándote por Lemnos, que nosotros nos vamos. Quizá tu fama me vaya a procurar a mí una honra que te correspondía.

FILOCTETES. ¡Ay de mí, desdichado! ¿Qué hago? ¿Vas a comparecer tú revestido con mis armas ante los argivos?

ODISEO. No me repliques nada, porque me marcho ahora mismo.

FILOCTETES. Hijo de Aquiles, ¿así te marchas sin haber escuchado de ti una sola palabra?

ODISEO. Tú, ponte en movimiento y no le dirijas ni la mirada, pues aunque eres de noble condición, no vas ahora a arruinarnos nuestra gran oportunidad.

FILOCTETES. ¿Es que vais a dejar, extranjeros, que me abandonen así, sin compadeceos de mí?

CORIFEO. El que manda nuestra nave es este joven. Cuanto dice es lo que nosotros repetimos.

NEOPTÓLEMO. He tenido que oír de boca de éste decir que por naturaleza soy una persona muy compasiva. No obstante, quedaos, si a él le parece bien, todo el tiempo que los marineros necesitan para pertrechar la nave y nosotros para hacer súplicas a los dioses. Quizá a éste se le ocurra pensar en algo mejor para nosotros. Y nosotros dos pongámonos en marcha, y

vosotros acudid prestos tan pronto como se os requiera.

Estrofa 1

FILOCTETES. *¡Oh caverna de la cóncava roca, ardiente y helada, jamás voy a abandonarte, infeliz de mí, sino que serás mi compañera cuando yo muera! ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Oh recinto colmado de mis penas, desdichado! ¿Qué será de mi alimentación diaria? ¿De quién, de dónde esperaré, desgraciado, conseguir mi sustento? A partir de ahora las aves del cielo volarán libremente por el penetrante aire, porque yo ya no se lo impido.*

CORO. *Tú, y sólo tú, infeliz, te lo has buscado; tu desgracia no procede de ningún otro ser superior; pues aunque pudiste haber sido más prudente elegiste el destino peor en vez de otro más confortable.*

Antístrofa 1

FILOCTETES. *¡Infeliz, infeliz de mí, ultrajado además por la miseria! ¡Aquí habré de seguir viviendo sin vecino alguno hasta que perezca, ay, ay! No podré procurarme ya el sustento con las aladas armas que sostenía en mis vigorosas manos. Pero es que en mí encontraron crédito las oscuras y mendaces palabras de un alma depravada. ¡Ojalá viera sufrir al que maquinó esto una desgracia tan duradera como la mía!*

CORO. *Todo esto es obra del destino, del destino divino, y no has sido víctima de un engaño que yo haya urdido. Dirige hacia otros tu malhadada imprecación; pues lo que a mí me interesa es tan sólo que no rechaces mi amistad.*

Estrofa 2

FILOCTETES. *¡Ay de mí! Seguro que sentado en cualquier lugar de la playa del espumoso mar se está burlando de mí, blandiendo en su mano el instrumento con el que yo, infeliz, me alimentaba; arma que jamás ningún otro hombre manejó. ¡Queridísimo arco, que fuiste arrebatado de mis manos quizá estés viendo ahora con un sentimiento de piedad –si es que en ti reside algún sentimiento– que en lo sucesivo ya no te manejará el desdichado amigo de Heracles, sino que serás utilizado por otro dueño bien distinto, un varón fecundo en ardides. Testigo serás de sus desvergonzados engaños y verás cómo mi odioso enemigo, con calumniosas artes, levantará contra mí mil infamias, cuantas nadie jamás lanzó.*

CORO. *Es natural que un hombre honrado exponga razonablemente lo que es justo; pero una vez que lo haya expuesto, no debería dejar salir de su boca palabras de odio. Por su parte, Odiseo, que fue el único hombre al que eligieron para esta tarea, la ha llevado a cabo obedeciendo órdenes, en pro del bien común de sus amigos.*

Antístrofa 2

FILOCTETES. *¡Oh aladas aves de caza y fieras de ojos brillantes a las que esta tierra mantiene nutriendo en sus bosques, ya no tenéis que huir de mi gruta! ¡Ya no tengo en mis manos las flechas con que desde lejos me defendía, infeliz de mí! Este paraje se halla ahora sin cuidado, ya no tenéis que temerlo. Acercaos; es justo que ahora en represalia de las veces que yo os he matado saciéis vuestras fauces con mi cárdena carne. Mi muerte es inminente, pues ¿de dónde voy a poder alimentarme? ¿Quién hay que pueda alimentarse del aire si no posee ya nada de cuanto nos brinda la fértil tierra?*

CORO. *Por los dioses, si sigues siendo piadoso acércate a este extranjero, que es tu prójimo de mejor voluntad. Pero toma conciencia, toma conciencia de lo siguiente: en tus manos está aún el rehuir esta maldición, porque es lamentable que lo alimentes si no vas a saber cómo sobrellevar el enorme peso que él implica.*

FILOCTETES. *De nuevo, de nuevo un renovado dolor me recuerdas, ¡oh tú, el mejor de cuantos hasta ahora aquí han llegado! ¿Por qué me has arruinado? ¿Qué haces...*

CORIFEO. *¿Qué estás diciendo?*

FILOCTETES. *... si concibes la esperanza, para mí odiosa, de conducirme a Troya?*

CORIFEO. *Pienso que es lo mejor.*

FILOCTETES. *En tal caso, dejadme aquí ahora mismo.*

CORIFEO. *Me invitas a hacer algo que me es muy grato, sin duda muy grato de cumplir gustosamente ¡Vámonos, vámonos al puesto que tenemos asignado en la nave!*

FILOCTETES. *¡No, por el Zeus de los suplicantes, no te vayas, te lo suplico!*

CORIFEO. *Entonces, modera tu comportamiento.*

FILOCTETES. *¡Extranjeros, por los dioses, no os vayáis!*

CORIFEO. *¿Por qué gritas?*

FILOCTETES. *¡Ay, ay, infeliz de mí, estoy acabado! ¡Oh mi pie, pie mío! ¿Qué haré contigo, infeliz de mí, lo que me queda de vida? ¡Extranjeros, regresad, volved!*

CORIFEO. *¿Para hacer qué? ¿O es que has cambiado ahora tus anteriores propósitos?*

FILOCTETES. *No se me debe tener en cuenta que, fuera de mí a causa de este atormentador dolor, dé gritos de demente.*

CORIFEO. *Acércate, infeliz, como te aconsejamos.*

FILOCTETES. *Jamás, jamás; entérate de una vez, ni aunque el dios ignífero del rayo venga a abrasarme con las llamaradas de su relámpago. ¡Que perezca Ilión y cuantos están al pie de sus murallas, pues todos ellos osaron*

despreciar estos miembros míos y en especial mi pie! Mas, extranjeros, otorgadme al menos un solo deseo.

CORIFEO. *¿Qué vas a decir?*

FILOCTETES. *Una espada, ¿dónde hay una espada, o un hacha, o cualquier flecha? ¡Acercádmela!*

CORIFEO. *¿Qué acción violenta piensas cometer ahora?*

FILOCTETES. *Con mi propia mano me pienso cortar la cabeza y todos los miembros. Mis únicos pensamientos ahora son de muerte, de muerte.*

CORIFEO. *¿Cómo, pues?*

FILOCTETES. *Yendo al encuentro de mi padre.*

CORIFEO. *¿A qué lugar de la tierra?*

FILOCTETES. *A la mansión de Hades, pues él no ve ya la luz. ¡Oh ciudad, ciudad de mis antepasados! ¿Cómo volver a verte, tan desdichado como soy, después de haber abandonado las sagradas corrientes de tus aguas para acudir en auxilio de los odiosos dánaos? ¡No soy ya nada!*

(FILOCTETES se marcha y penetra en su gruta.)

CORIFEO. *Hace ya buen rato que me habría marchado y estaría junto a las naves, de no haber visto que se acercan Odiseo y el hijo de Aquiles en dirección a nosotros.*

(Aparecen ambos personajes.)

ODISEO. *¿Podrías decirme adónde te encaminas con tanta prisa, después de haberte dado media vuelta?*

NEOPTÓLEMO. *A subsanar los errores que antes he cometido.*

ODISEO. *De algo verdaderamente grave hablas. ¿Cuál ha sido el error?*

NEOPTÓLEMO. *Obedecerte a ti y a todo el ejército.*

ODISEO. *¿Qué acto has cometido que fuera inconveniente?*

Neoptólemo. *Haber apresado a este hombre con tretas y vergonzantes mentiras...*

Odiseo. *¿A quién? ¡Eh! ¿Acaso planeas algo nuevo?*

Neoptólemo. *Nada nuevo, sino que al hijo de Peante...*

Odiseo. *¿Qué cosa vas a hacer? Algo me temo.*

Neoptólemo. *... de quien tomé este arco, de nuevo, a cambio...*

Odiseo. *¡Oh Zeus! ¿Qué dices? ¿No pensarás devolvérselo?*

Neoptólemo. *Sí, porque lo he conseguido de manera vergonzante e injusta.*

Odiseo. *Por los dioses ¿dices esto por burlarte?*

Neoptólemo. *Si burla es decir la verdad.*

Odiseo. *¿Qué dices, hijo de Aquiles, qué palabras acabas de pronunciar?*

Neoptólemo. *¿Quieres que repita dos y tres veces las mismas palabras?*

Odiseo. *Querría no haberlas oído en absoluto, ni una sola vez.*

Neoptólemo. *Entérate ya de una vez: has oído todo lo que tenías que oír.*

Odiseo. *Hay alguien, hay alguien que te impedirá hacerlo.*

Neoptólemo. ¿Qué dices? ¿Quién me lo va a impedir?

Odiseo. El ejército en masa de los aqueos, y yo el primero.

Neoptólemo. Aunque eres de tu natural ingenioso, no has demostrado ahora mucho ingenio.

Odiseo. Pues tú no sólo careces de palabras ingeniosas, sino que tampoco lo es tu modo de actuar.

Neoptólemo. Pero si es un modo de proceder justo, es mejor que ser ingenioso.

Odiseo. ¿Pero cómo va a ser justo devolverle lo que has obtenido merced a mis consejos?

Neoptólemo. Por haber cometido una falta vergonzante intentaré repararla.

ODISEO. ¿Y no temes al ejército de los aqueos si lo haces?

NEOPTÓLEMO. Si me asiste la justicia no experimento ese temor a que te refieres.

ODISEO. <...>[22].

NEOPTÓLEMO. Pues ni siquiera ante tu fuerza cederé a la hora de actuar.

ODISEO. Pues entonces, lucharemos no contra los troyanos, sino contra ti.

NEOPTÓLEMO. Que sea lo que tenga que suceder.

ODISEO. ¿No ves que mi mano derecha ya empuña la espada?

NEOPTÓLEMO. Pues enseguida verás cómo hago lo mismo sin la menor demora.

ODISEO. Bueno, te dejo, y regreso ante el ejército para contárselo todo; él te lo hará pagar.

NEOPTÓLEMO. Ahora recuperas la cordura. Y si de aquí en adelante razonas así quizá no tengas que lamentarlo.

(*Dirigiéndose ahora a la gruta donde está* FILOCTETES.)

Tú, Filoctetes, hijo de Peante, sal de la gruta y abandona este refugio rocoso.

FILOCTETES. ¿Qué alboroto es éste que ahora oigo a la puerta de mi gruta? ¿Por qué me llamáis? ¿Qué buscáis ahora, extranjeros?

(*Sale* FILOCTETES *de la gruta.*)

¡Ay de mí! Mal asunto. ¿Es que traéis nuevos males que añadir a los que tengo?

NEOPTÓLEMO. Confía y escucha las noticias que te traigo.

22. Falta un verso que corresponde a la intervención de Odiseo.

FILOCTETES. Sigo teniendo miedo, pues me fue muy mal antes cuando me creí tus hermosas palabras.

NEOPTÓLEMO. ¿No es posible acaso el arrepentimiento?

FILOCTETES. Así te comportaste de palabra cuando me robaste el arco: persuasivo, pero en tu interior, infausto.

NEOPTÓLEMO. Ahora es distinto. Lo que deseo saber de ti es si prefieres arriesgarte a quedarte aquí o zarpar con nosotros.

FILOCTETES. Calla y no sigas hablando, pues lo siguiente que vayas a decir es todo inútil.

NEOPTÓLEMO. ¿Así te lo parece?

FILOCTETES. Y más aún de lo que digo.

NEOPTÓLEMO. Me habría gustado convencerte con mis palabras, pero si resulta que no es momento de hablar, concluyo.

FILOCTETES. Todo lo que digas será inútil, pues nunca conseguirás que mi ánimo se muestre bien dispuesto hacia ti, que me arrebataste con tus mentiras el instrumento del que vivía; y ahora vienes a reprenderme tú, el más desvergonzado hijo del más excelente de los padres. ¡Ojalá muráis, primero los dos Atridas, y luego el hijo de Laertes, y finalmente tú mismo!

NEOPTÓLEMO. No prosigas con tus maldiciones y acepta de mi mano estas flechas.

FILOCTETES. ¿Qué dices? ¿Es que voy a ser de nuevo engañado?

NEOPTÓLEMO. Te lo juro por el sagrado respeto del altísimo Zeus.

FILOCTETES. Gratísimas palabras, si son verdaderas.

NEOPTÓLEMO. El hecho es manifiesto: dame tu mano derecha y hazte cargo de tus armas.

ODISEO. *(Apareciendo súbitamente en escena.)* Yo lo prohíbo ¡que los dioses sean mis testigos!, en nombre de los Atridas y de todo el ejército.

FILOCTETES. Hijo mío ¿de quién son esos gritos que acabo de oír, acaso se trata de Odiseo?

ODISEO. Entérate de una vez: aquí bien cerca me estás viendo, a mí que te voy a enviar a la fuerza a las llanuras de Troya, quiera o no quiera el hijo de Aquiles.

FILOCTETES. *(Armando el arco con una flecha.)* Pero no te saldrá bien, si esta flecha es certera.

NEOPTÓLEMO. ¡Ay, por los dioses, no, no lances esa flecha!

FILOCTETES. Suéltame el brazo, por los dioses, mi querido hijo.

NEOPTÓLEMO. No te soltaré.

FILOCTETES. ¡Ay! ¿Por qué has impedido que mate con una de mis flechas a este hombre, que es mi mayor enemigo?

NEOPTÓLEMO. Ni para mí ni para ti es ésa una buena acción.

FILOCTETES. Pero a ver si comprendes de una vez que los jefes del ejército, esos falsos embajadores de los aqueos, son unos cobardes con las armas, aunque osados al hablar.

NEOPTÓLEMO. Bien, ahora ya tienes el arco, y por tanto no existe motivo de irritación ni de reproche contra mí.

FILOCTETES. De acuerdo. Has evidenciado, muchacho, de qué clase de padre has nacido; no de Sísifo sino de Aquiles, de quien sólo se oía elogios cuando estaba entre los vivos igual que ahora que está entre los muertos.

NEOPTÓLEMO. Me agrada oírte hablar bien de mi padre y de mí mismo, pero escúchame ahora lo que deseo obtener de ti: los hombres deben soportar necesariamente el destino que los dioses les envían; pero quienes añaden sobre sí males voluntarios, como tú mismo, no es justo que esos tales reclamen comprensión

ni compasión. Tú te enojas y no aceptas a nadie que te dé consejos, y si alguien te amonesta aunque sea con palabras bien intencionadas, le odias y le consideras un enemigo malintencionado. A pesar de todo esto te voy a decir lo siguiente, e invoco a Zeus protector de los juramentos. Entérate de esto y grábatelo en tu mente: tu dolencia es un mal que te han enviado los dioses, ya que te acercaste a la guardiana de Crisa, a la serpiente que emboscada vigila el recinto sagrado que no tiene vallas. Has de saber otra cosa: que no encontrarás remedio de esta pesada dolencia mientras este mismo sol salga por aquí y se ponga por allá, hasta que voluntariamente no acudas tú mismo a las llanuras de Troya y te presentes a los dos Asclepíadas[23] que están en nuestro ejército y que te aliviarán tu enfermedad mientras aniquilas los alcázares con tus flechas y con mi ayuda. Te voy a decir también cómo sé yo que esto ocurrirá así: tenemos entre nosotros un hombre, que hicimos prisionero en Troya, el excelente adivino Heleno; es él quien afirma sin lugar a dudas que es necesario que así ocurra. Y aún añade algo más: que es necesario que Troya sea conquistada en el próximo verano. Y se brinda voluntariamente a que le demos muerte si sus palabras se demuestran falsas. Y ahora que ya estás informado, accede de buen grado. Será una hermosa ganancia que además de obtener el título del mejor de los griegos, te pongas en manos de quien te va a curar y consigas la más excelsa fama por haber saqueado Troya, ciudad de tantos sollozos.

FILOCTETES. ¡Ah odiosa existencia! ¿Por qué, por qué me dejas seguir vivo y no consientes en que me encamine a la mansión de Hades? ¡Ay de mí! ¿Qué he de ha-

23. Son los dos famosos médicos que aparecen en la *Ilíada* II, 731-732, Podalirio y Macaón.

cer? ¿Cómo puedo desconfiar de las palabras de alguien que con tan buena intención me aconseja? Pero ¿voy a ceder? Pero ¿cómo voy luego, infeliz, a aparecer ante la vista de todos si lo hago? ¿A quién podré dirigir la palabra? ¿Cómo vais a poder soportar, vosotros, ojos míos, testigos de todo lo que me han hecho, que yo colabore con los hijos de Atreo, que han sido los que me han arruinado? ¿Cómo con el canalla del hijo de Laertes? No sólo me muerde el alma el dolor de lo que ya ha pasado, sino que sospecho y preveo que he de sufrir aún otras muchas desgracias de parte de ellos. Porque aquellos cuya mente es madre de maldades, engendran de continuo nuevas maldades. Y lo que de ti me extraña es que ni tú mismo debías acudir jamás a Troya, sino impedírmelo a mí, pues ellos te han vejado al arrebatarte los honores de tu padre. ¿Y ahora vas a ir a luchar en su ayuda, obligándome también a que lo haga yo? En modo alguno, hijo mío. Sino que a mí, envíame a mi casa como prometiste, y tú mismo quédate en Esciros y deja que esos malvados se maten de mala manera. De este modo lograrás un doble reconocimiento, el mío y el de tu padre. Y no darás la impresión de ser un canalla que ayuda a otros canallas.

NEOPTÓLEMO. Lo que dices es sensato; pero a pesar de ello quiero que confíes en los dioses y en mis palabras, y que zarpes de esta tierra conmigo, que soy tu amigo.

FILOCTETES. ¿Acaso a la llanura de Troya, ante el odiadísimo hijo de Atreo, con este maldito pie?

NEOPTÓLEMO. A presencia de quienes te liberarán a ti y a tu supurante pie de sus dolores y te curarán tu dolencia.

FILOCTETES. ¡Extraño consejo me acabas de dar! ¿Qué más tienes que añadir?

NEOPTÓLEMO. Lo que veo que resultará lo mejor para ti y para mí.

Filoctetes. Y al decir eso ¿no sientes vergüenza ante los dioses?

Neoptólemo. ¿Cómo va uno a avergonzarse de ser útil a los amigos?

Filoctetes. ¿Hablas de auxiliar a los Atridas o a mí?

Neoptólemo. A ti, pues soy tu amigo y tales son mis palabras.

Filoctetes. ¿Cómo es esto, si lo que quieres es entregarme a mis enemigos?

Neoptólemo. Querido amigo, a ver si aprendes a no envalentonarte ante las desgracias.

Filoctetes. Me vas a arruinar, te conozco, con esas palabras.

Neoptólemo. Yo desde luego que no. Pero lo que sí digo es que tú no aprendes.

Filoctetes. ¿No sé acaso que fueron los Atridas quienes me desterraron?

Neoptólemo. Pero considera ahora si tras haberte desterrado te van a salvar.

Filoctetes. Jamás, si he de volver a ver por mi propia iniciativa Troya.

Neoptólemo. ¿Qué podremos pues hacer si no logro persuadirte lo más mínimo con nada de lo que te digo? Lo más fácil para mí sería dejar de hablar y que tú sigas viviendo, como ahora vives, sin esperanza de salvación.

Filoctetes. Deja que yo sufra lo que deba sufrir. Y pon en práctica lo que me has prometido estrechándome tu mano derecha: que me enviarías a mi casa. Y no te demores, hijo mío, ni te vuelvas a acordar de Troya. ¡Bastante la he llorado con mis sollozos!

Neoptólemo. Si te parece, zarpemos.

Filoctetes. Noble palabra has pronunciado.

Neoptólemo. Apoya ahora tu pie.

Filoctetes. En la medida en que puedo.

Neoptólemo. ¿Cómo me veré libre de la inculpación de los aqueos?

Filoctetes. No le des más vueltas.

Neoptólemo. Pero ¿y si arrasan mi país?

Filoctetes. Ya estaré yo presente...

Neoptólemo. ¿Cómo vas a colaborar en ayudarme?

Filoctetes. ... con las flechas de Heracles.

Neoptólemo. ¿Cómo dices?

Filoctetes. Les impediré que se acerquen a tu patria.

Neoptólemo. Pues si es eso lo que te parece que hay que decir, pongámonos en marcha tras despedirnos de esta tierra.

(Aparece de manera inesperada la figura del propio Heracles.)

Heracles. No lo hagas, hijo de Peante, antes de oír mis palabras. Di que estás oyendo con tus propios oídos la voz de Heracles y que estás contemplando su faz. En agradecimiento a ti estoy aquí, tras abandonar las moradas celestes para comunicarte los designios de Zeus e impedir que te pongas en camino. Escucha lo que te voy a decir. Empezaré por contarte mi propio caso: cuántas penas padecí y a cuántos trabajos hube de hacer frente antes de adquirir la inmortal fama que puedes contemplar. Has de saber que a ti también te aguarda esta misma suerte: lograr una vida de fama como consecuencia de tus sufrimientos. Irás con este hombre a la ciudadela de Troya donde en primer lugar quedarás libre de tu penosa dolencia, y allí serás aclamado por tu virtud como el más destacado del ejército; matarás con mis flechas a Paris, el auténtico causante de estas desgracias; arrasarás Troya, y los despojos de la ciudad que recibirás de manos del ejército como recompensa de tu hazaña los enviarás a tu

casa para Peante, tu padre, a la meseta del Eta. Y los presentes que recibas del ejército en recuerdo de mis flechas, llévalos ante mi tumba.

Y a ti, hijo de Aquiles, te ordeno lo mismo. Porque ni tú puedes capturar la llanura de Troya sin éste, ni él sin ti; sino que como dos leones que se ponen de acuerdo, protegeos mutuamente. Yo me encargaré de enviar a Asclepio a Troya para que le sane de su dolencia.

Es del todo preciso que Troya sea capturada por mis flechas una segunda vez[24]. No os olvidéis, cuando hayáis arrasado el territorio, de reverenciar debidamente a los dioses, porque todo lo demás lo considera secundario nuestro padre Zeus. Pues la piedad no muere con los mortales, ya que vivan o estén muertos éstos, ella no perece.

FILOCTETES. ¡Oh tú, que me has hecho llegar una voz tan añorada y que te muestras tras tanto tiempo, no desatenderé tus órdenes!

NEOPTÓLEMO. Yo me adhiero también en el mismo sentido.

HERACLES. No os demoréis en pasar a la acción. La ocasión del momento y este viento favorable os impelen.

(HERACLES *desaparece de la vista de los espectadores.)*

FILOCTETES. ¡Ea, despidámonos de esta tierra para zarpar! ¡Adiós morada que me has dado cobijo, y adiós Ninfas de las aguas y de los prados; y tú viril estrépito del acantilado marino, donde tantas veces se empapó mi cabeza con las rachas de viento sureño, y donde

24. Troya fue arrasada por primera vez durante una expedición en la que intervino Heracles, en tiempos del rey Laomedonte, el padre de Príamo.

tantas veces el monte Hermeo me devolvía el eco, sufriente, de mi propio quejido!
Ahora, corrientes y agua de Licia, os abandono, os abandono, aunque jamás concebí este propósito. Adiós llanura de Lemnos rodeada por el mar. Envíame en feliz e irreprochable singladura adonde me conduce la gran Moira [25], el parecer de los amigos y la divinidad que todo lo gobierna y que así lo dispuso.

CORO. *Salgamos todos juntos, suplicando a las ninfas de los mares que acudan como salvaguardas de nuestro regreso.*

25. El destino.

EDIPO EN COLONO

Personajes del drama

EDIPO
ANTÍGONA
EXTRANJERO
CORO DE HOMBRES
ISMENE
TESEO
CREONTE
POLINICES
MENSAJERO

La obra se inicia en un escenario que representa un bosquecillo consagrado a las diosas Euménides, a las afueras de Atenas, en el barrio de Colono. La joven ANTÍGONA *sirve de lazarillo a su ciego padre,* EDIPO.

EDIPO. Antígona, hija de un ciego anciano, ¿a qué lugar hemos llegado o de quién es esta ciudad? ¿Quién dará acogida este día con mísera limosna al errabundo Edipo, que pide poco y recibe aún menos, aunque ello le baste? Pues mis desgracias, mi ya dilatada vida y en tercer lugar mi nobleza de ánimo me han enseñado a resignarme. Pero, hija, si ves algún lugar donde sentarnos, sea uno de acceso público, sea en las proximidades de algún bosque privado consagrado a los dioses, deténme y déjame tomar asiento a fin de que nos informemos de dónde estamos. Hemos llegado en calidad de extranjeros, para una vez informados hacer lo que los ciudadanos de aquí nos digan.

ANTÍGONA. Infeliz padre mío, Edipo, al alcance de mi vista y a cierta distancia tengo unas torres que coro-

nan una ciudadela. Se trata de un lugar sagrado, según puedo fácilmente conjeturar: en él florece el laurel, el olivo y la viña, y en sus frondas abigarradas bandas de ruiseñores entonan sus trinos. Reposa, pues, tus miembros sobre esta áspera roca ya que ha sido un viaje demasiado largo para un anciano como tú.

EDIPO. Ayúdame a sentarme, pues, y cuida de este ciego.

ANTÍGONA. Como hace tiempo que lo hago, no necesito aprenderlo.

EDIPO. ¿Puedes decirme ahora dónde hemos ido a parar?

ANTÍGONA. Sé que a las afueras de Atenas, pero no conozco el lugar exacto.

EDIPO. Eso es lo que nos han dicho todos los viajeros.

ANTÍGONA. ¿Me acerco a enterarme de qué sitio se trata?

EDIPO. Sí, hija mía; en especial entérate de si es un lugar de libre acceso.

ANTÍGONA. Desde luego está habitado, y creo que no tendremos que hacer nada, pues veo que un hombre se aproxima adonde estamos.

EDIPO. ¿Se dirige hacia aquí y a la carrera?

ANTÍGONA. Ya lo tenemos aquí delante. Pregúntale lo que te parezca oportuno, pues lo tienes en tu presencia.

EDIPO. Extranjero, me dice mi hija, que ve por mí y por ella misma, que estás aquí delante y que podrías ser un informador oportuno de algunas dudas que tenemos.

EXTRANJERO. Antes de informarte de nada, debes salir de ese lugar, pues estás en un recinto en el que no es piadoso poner los pies.

EDIPO. ¿De qué recinto se trata y a qué divinidad está consagrado?

EXTRANJERO. Es un recinto sagrado y no habitable. Sus dueñas son unas terribles divinidades hijas de la Tierra y de la Oscuridad[1].

EDIPO. ¿Podría saber con qué venerable nombre debo invocarlas?

EXTRANJERO. La gente de este pueblo las denomina Euménides que lo vigilan todo, aunque en otros lugares reciben otros hermosos epítetos.

EDIPO. Pues ojalá que acojan benévolamente aquí a este suplicante, que ya no piensa abandonar su asiento.

EXTRANJERO. ¿Qué significa esto?

EDIPO. Es la señal de mi destino.

EXTRANJERO. La verdad es que no me atrevo a desalojarte antes de haber informado a la ciudad de tu comportamiento.

EDIPO. Por los dioses, forastero, no me prives, vagabundo como soy, de informarme sobre lo que te pregunto.

EXTRANJERO. Indícame, porque no te considero sin derecho a información.

EDIPO. ¿Qué lugar es éste en el que nos hallamos?

EXTRANJERO. Todo lo que yo sé lo vas a saber tú si me prestas atención. Este recinto en su totalidad es un lugar sagrado que pertenece al venerable Posidón, y en él reside también el divino titán portador del fuego, Prometeo. Y el asiento que ocupas recibe el nombre de «umbral de bronce» de esta tierra, el «bastión de Atenas». Los predios de las proximidades se ufanan de haber sido fundados por un jinete que aquí tuvimos, Colono, y todos ellos llevan en su honor su nombre y por él son reconocidos. Esto es todo lo que debes saber, ex-

1. Son las Erinias o divinidades de la venganza, transformadas luego por antífrasis en las Euménides (diosas de la benevolencia).

tranjero; cosas que no se han hecho famosas por la leyenda sino por nuestras tradiciones[2].

EDIPO. ¿Vive gente en estos parajes?

EXTRANJERO. Por supuesto que sí, y reciben de nombre el gentilicio del dios.

EDIPO. ¿Los gobierna una sola persona o el poder reside en la mayoría?

EXTRANJERO. Aquí gobierna el rey que reside en la ciudadela.

EDIPO. ¿Y quién es el que gobierna nominal y realmente?

EXTRANJERO. Su nombre es Teseo[3], hijo del anterior gobernante, Egeo.

EDIPO. ¿Podría alguien llegarse a él con un mensaje de nuestra parte?

EXTRANJERO. ¿Con qué intención? ¿Para decirle algo o para rogarle que venga?

EDIPO. Con vistas a que a cambio de que me ayude en muy poca cosa obtenga un gran provecho.

EXTRANJERO. ¿Qué beneficios pueden obtenerse de una persona ciega?

EDIPO. Todo lo que tengo que decir lo diré como persona que ve muy bien.

EXTRANJERO. ¿Sabes, forastero, lo que debes hacer ahora para no equivocarte? Puesto que pareces de noble linaje, según se ve, excepto por lo que se refiere a tu actual suerte, quédate ahí donde estás hasta que yo vaya y cuente todo esto a la gente del pueblo, o a los que ha-

2. Se refiere a que el héroe local, Colono, no tiene la categoría de los grandes héroes épicos, y por eso los poetas no han compuesto obras en su honor, lo que no impedía que los habitantes de este pueblo se sintieran muy ufanos de él.

3. Tradicionalmente Teseo pasa por ser el fundador mítico de Atenas, tras haber confederado algunas villas dispersas en un solo núcleo urbano.

bitan en la ciudadela. Serán ellos los que decidan si debes quedarte o proseguir tu camino.

EDIPO. Hija mía, ¿se ha marchado ya el forastero?

ANTÍGONA. Ya se ha ido, padre, de modo que puedes hablar en confianza, porque sólo yo estoy junto a ti.

EDIPO. ¡Oh soberanas de terrible mirada! Ahora que he tomado asiento en este recinto vuestro, y he sido el primero en hacerlo, no os mostréis desconsideradas ni con Febo ni conmigo. Fue Febo quien al vaticinarme todas aquellas desgracias me anunció que llegaría este reposo al cabo de mucho tiempo, cuando viajara a una tierra lejana en la que hallaría un aposento, un lugar donde alojarme que perteneciera a unas venerables divinidades. Me vaticinó también que en ese lugar alcanzaría el infausto final de mi vida, y que al establecerme allí proporcionaría grandes beneficios a quienes en él me acogieran, así como una gran ruina a quienes me expulsaron y me desterraron. Y como garantías de ello me dijo que sucederían prodigios, un seísmo o un trueno o que aparecería el propio rayo de Zeus. Ahora compruebo que no ha sido sino un fiable indicio vuestro lo que me ha conducido por ese camino hasta este recinto vuestro. Pues de otro modo nunca me habría topado en mi vagabundeo con vosotras, yo, un abstemio, con vosotras, que no aceptáis libaciones de vino, ni me habría venido a sentar sobre este venerable pedestal de tosca roca.

De modo que, diosas, concededme ya, de acuerdo con el vaticinio de Apolo, el fin de mis días, el desenlace que sea, si no os parezco indigno, ahora que he rendido tributo a las mayores miserias humanas. Vamos, dulces hijas de la ancestral Oscuridad, y tú, Atenas, la ciudad más ilustre de todas, que recibes tu nombre de la nobilísima Palas, compadeceos de la fantasmal figura de Edipo, pues ciertamente no es éste mi antiguo aspecto.

ANTÍGONA. Calla, pues se aproximan unos ancianos para ver dónde has tomado asiento.

EDIPO. Guardaré silencio; y tú aparta mis pasos del camino en dirección al bosque hasta que me entere qué dicen éstos. Pues de esta información depende que tengamos que actuar con mayor o menor precaución.

Estrofa 1

CORO. *¡Eh! ¿Quién era? ¿Dónde te encuentras? ¿Dónde se ha escondido, fuera del alcance de la vista este hombre, que ha sido el más osado de todos?*
Vigila, acéchalo, vuelve a preguntar por todas partes. Será un vagabundo, un vagabundo será el viejo, seguro que no es de por aquí. Pues nadie jamás se habría atrevido a acceder al venerable recinto de estas indómitas doncellas a las que tememos hasta invocar, y junto a las que pasamos de largo sin levantar la mirada, sin pronunciar una palabra, en silencio, mascullando entre dientes una devota plegaria.
Y ahora nos ha llegado la noticia de que alguien que no conoce el respeto se ha presentado aquí, alguien a quien por más que oteo todo el recinto aún no consigo saber dónde se encuentra.

EDIPO. *(Saliendo de entre la maleza acompañado de* ANTÍGONA.*)* Ése soy yo, quien, como se dice, ve por la voz.

CORIFEO. ¡Ay, ay! ¡Horror de visión, horrible de oír!

EDIPO. No me miréis, os lo suplico, como a un proscrito.

CORIFEO. ¡Zeus protector! ¿Quién será este anciano?

EDIPO. Alguien que no debe ser considerado el más feliz por su destino, vigilantes. Y lo puedo demostrar, porque en otro caso ni me arrastraría con ojos ajenos ni me apoyaría, tan viejo, en una persona joven.

Antístrofa 1

CORIFEO. *¡Ay, ay! ¡Qué ojos tan extraviados! ¿Eres quizá ciego de nacimiento? Aunque parece que lo eres desde hace tiempo. Si depende de mí, no añadirás a tu desgracia nuevas calamidades.*
Has penetrado, sí, has penetrado en el recinto sagrado, pero no te adentres en él hasta el mudo bosquecillo donde una cratera llena de agua se mezcla con la corriente de dulces aguas. Evítalo, desdichado extranjero, abstente, apártate, aléjate. Un largo trecho nos separa. ¿Me oyes, infeliz vagabundo? Si tienes alguna palabra con que contestar a las mías, sal del recinto sagrado y háblanos donde a todos está permitido. Antes no lo hagas.

EDIPO. Hija mía, ¿adónde he de dirigir mis preocupaciones?

ANTÍGONA. Padre mío, debemos actuar como nos dicen estos ciudadanos, cediendo en lo que tengamos que ceder.

EDIPO. Cógeme, pues.

ANTÍGONA. Ya te sujeto.

EDIPO. Extranjeros, para no ser objeto de agravio, confiado en lo que has dicho salgo de este recinto.

Estrofa 2

CORIFEO. *Nadie te sacará, anciano, de ese lugar contra tu voluntad.*

EDIPO. *¿Todavía más?*

CORIFEO. *Avanza un poco más.*

EDIPO. *¿Todavía?*

CORIFEO. *Muchacha, tú que ves, hazle avanzar un poco.*

ANTÍGONA. Sígueme, sígueme, padre, con tu ciego cuerpo adonde yo te dirija.

EDIPO. <...>[4]

ANTÍGONA. <...>

<...>

EDIPO. <...>

<...>

CORIFEO. *Como extranjero que eres en esta tierra, resígnate, infeliz, a odiar lo que la ciudad así considera y a respetar lo que le es grato.*

EDIPO. *Condúceme tú, hija mía, adonde manteniéndonos conforme a la piedad podamos ya hablar ya escuchar sin tener que enfrentarnos a la necesidad.*

Antístrofa 2

CORIFEO. *Ahí, y no quites el pie de ese escalón que forma la roca.*

EDIPO. *¿Así?*

CORIFEO. *Es suficiente, ya lo oyes.*

EDIPO. *¿Me puedo sentar?*

CORIFEO. *Sí, de horcajadas sobre el borde de la roca, con las rodillas inclinadas hacia abajo.*

ANTÍGONA. *Padre mío, ésta es mi obligación; acompasa tu paso con un suave movimiento...*

EDIPO. *¡Ay de mí!*

ANTÍGONA. *... reclinando tu viejo cuerpo en mi filial mano.*

EDIPO. *¡Ay, destino cruel!*

CORO. *Desdichado, ahora que estás más sosegado, dime ¿quién eres? ¿Quién eres así guiado tan penosamente? ¿Podría enterarme de cuál es tu patria?*

EDIPO. *Extranjeros, soy un desterrado. Pero no...*

CORO. *¿Qué es lo que te callas, anciano?*

4. En los manuscritos hay una laguna en la que faltan cinco versos, tres que corresponden a Edipo y dos a Antígona.

EDIPO. *... no, por favor, no, no me preguntes quién soy, ni prosigas adelante investigando.*

CORO. *¿Qué quiere decir esto?*

EDIPO. *Un terrible origen.*

CORO. *Habla.*

EDIPO. *¡Ay de mí, hija mía! ¿Qué he de decir?*

CORO. *Dime, extranjero, ¿de qué familia eres por vía paterna?*

EDIPO. *¡Ay de mí, infeliz! ¿Qué hago, hija mía?*

ANTÍGONA. *Cuéntalo, pues te hallas en las últimas.*

EDIPO. *Pues bien, hablaré, pues no puedo ocultarlo por más tiempo.*

CORO. *Los dos os estáis demorando mucho. ¡Vamos, daos prisa!*

EDIPO. *¿Habéis oído hablar del hijo de Layo?*

CORO. *¡Ay!*

EDIPO. *¿De la estirpe de los Labdácidas?*

CORO. *¡Oh Zeus!*

EDIPO. *¿Del desventurado Edipo?*

CORO. *¿Ése eres tú?*

EDIPO. *No temáis nada de lo que os cuente.*

CORO. *¡Oh, oh, oh!*

EDIPO. *Infeliz.*

CORO. *¡Oh, oh!*

EDIPO. *Hija mía, ¿qué va a pasar ahora?*

CORO. *¡Fuera, marchaos lejos de esta tierra!*

EDIPO. *¿Vas a cumplir lo que prometiste?*

CORO. *Nadie sufre el castigo divino por vengar a alguien que antes ha sufrido injusticia. El engaño que responde a otros engaños suele producir sufrimientos, que no beneficios. Tú, pues, abandona estos recintos y sal de esta tierra, no sea que añadas una nueva desgracia a mi ciudad más allá de lo necesario.*

ANTÍGONA. *Ciudadanos de corazón piadoso, ya que no admitís a mi anciano padre tras haber oído de él el rela-*

to de unas acciones cometidas involuntariamente, compadeceos al menos de mí, os lo suplico, de mí infeliz. Os lo suplico por mi abandonado padre; os lo suplico mirándoos a los ojos con ojos que no son de ciega –como si tuvierais presente a alguien de vuestra misma sangre– a fin de que este infeliz obtenga vuestro respeto. En vuestras manos y en las de la divinidad estamos. Vamos, concedednos este favor inesperado. Te lo suplico por lo que te sea más querido, hijos, esposa, riqueza o la propia divinidad. Pues si observas con atención no encontrarás un solo mortal que escape del camino por el que la divinidad le guía.

CORIFEO. Has de saber, hija de Edipo, que os compadecemos tanto a ti como a éste por causa de vuestras desgracias, pero que por temor a los designios de los dioses no nos podemos atrever a hablar más allá de lo que te hemos dicho.

EDIPO. ¿Qué provecho se obtiene, pues, de la fama o de la buena reputación tan en vano difundida cuando dicen que Atenas es la más piadosa de las ciudades y que es ella la única que protege al extranjero atropellado y que es la única capaz de socorrerle? Al menos en mi caso ¿dónde está toda esa fama, si me desalojáis de este asiento y me expulsáis de aquí ante el temor de oír sólo mi nombre? Pues está claro que no tenéis miedo de mi persona ni de mis actos, actos de los que he sido antes víctima que ejecutor, si es que tengo que mencionaros lo ocurrido con mi madre y con mi padre, motivo por el que tenéis miedo, cosa que sé perfectamente. De modo que ¿cómo voy a ser un canalla por naturaleza si lo que hice fue devolver lo que había sufrido [5], cuando

5. Alude así Edipo a que cuando mató a su padre Layo en las proximidades de Delfos fue porque éste le golpeó primero en la discusión que mantuvieron. Cf. *Edipo Rey, 806-812.*

ni siquiera en el caso de haberlo hecho conscientemente sería un criminal? Y luego, sin ser consciente de ello, llegué a donde llegué y ahora estoy arruinado por obra de quienes, plenamente conscientes, me hicieron sufrir[6].

Por todo ello, ciudadanos, os suplico por los dioses que al igual que me habéis hecho levantar de este asiento me salvéis, y que si sois respetuosos con los designios de los dioses no les hagáis luego de menos. Y que si ellos vigilan al hombre piadoso, también vigilan a los impíos; pues nunca el impío ha conseguido escapar.

Con la ayuda de ellos no mancilles a la venturosa ciudad de Atenas poniéndote al servicio de acciones impías. Antes bien, ya que me acogiste como suplicante bajo firme promesa, protégeme y sálvame. No me desprecies al ver mi rostro de inmirable aspecto, pues he llegado aquí como hombre piadoso y divino que aportará grandes beneficios a tus conciudadanos. Cuando se presente vuestro rey, quienquiera que sea, te enterarás de todo y sabrás el resto. Mientras tanto no te comportes como un mezquino.

CORIFEO. Las reflexiones que me has hecho, anciano, tienen por fuerza que turbarme, pues no has empleado palabras pequeñas. De momento me será suficiente con que se enteren de esto los que gobiernan en este país.

EDIPO. ¿Y dónde está el que gobierna esta tierra, ciudadanos?

CORIFEO. Reside en la ciudadela de la tierra de sus antepasados. El vigilante que me trajo a mí aquí ha ido a buscarlo.

6. Se refiere ahora a lo que le sucedió cuando de niño fue expuesto y abandonado en el monte Citerón.

EDIPO. ¿Creéis que mostrará interés y que se interesará por este ciego como para que se acerque en persona?

CORIFEO. Sin la menor duda, tan pronto como se entere de tu nombre.

EDIPO. ¿Quién va a ser el encargado de anunciárselo?

CORIFEO. El trayecto es largo, pero muchas veces las noticias sobre viajeros se difunden rápidamente. Confía en que tan pronto aquél se entere acudirá, pues tu nombre, anciano, ha llegado a todo el mundo, de modo que aunque estuviera descansando tranquilamente cuando oiga hablar de ti vendrá enseguida.

EDIPO. ¡Ojalá llegue en buena hora para su ciudad y para mí mismo! Pues ¿qué hombre noble no es amigo de sí mismo?

ANTÍGONA. ¡Oh, Zeus! ¿Debo decir algo? ¿A dónde he de dirigir mis pensamientos, padre?

EDIPO. ¿Qué sucede, mi querida hija Antígona?

ANTÍGONA. Veo a una mujer acercarse a donde estamos, montada en una yegua del Etna. Su cabeza va tocada con un sombrero tesalio que le protege la cara del sol. ¿Qué digo? ¿Es quizá o no es? ¿Me engaña mi impresión? Lo creo y no lo creo y no sé qué decir. Infeliz, no puede ser otra. Al acercarse me saluda con un especial brillo en sus ojos, lo que demuestra que este querido rostro no es otro que el de Ismene.

EDIPO. ¿Qué has dicho, hija?

ANTÍGONA. ¡A tu hija, veo a mi hermana. La reconocerás enseguida por la voz!

ISMENE. ¡Oh padre y hermana míos, las dos palabras más dulces que ahora puedo pronunciar! ¡Os encuentro después de tantas dificultades y ahora de pena casi no puedo miraros!

EDIPO. ¿Estás ahí, hija mía?

ISMENE. Padre, qué pena da verte.

EDIPO. Hija mía, ¿has venido?

ISMENE. Con gran esfuerzo de mi parte.

EDIPO. Tócame, hija mía.

ISMENE. Os abrazo a los dos al mismo tiempo.

EDIPO. ¡Hijas de un mismo padre!

ISMENE. ¡Vidas crecidas entre desgracias!

EDIPO. ¿La de ésta y la mía?

ISMENE. Y la mía en tercer lugar, también infeliz.

EDIPO. Hija mía ¿por qué has venido?

ISMENE. Preocupada por ti, padre mío.

EDIPO. ¿Acaso por sentir nostalgia?

ISMENE. Y también para ser yo misma mensajera de ciertas noticias, acompañada del único sirviente que me sigue siendo fiel.

EDIPO. Y tus hermanos de sangre ¿a qué se dedican esos jóvenes?

ISMENE. Están donde están. Sus actuales relaciones son tremendas.

EDIPO. ¡Cuán de cerca se asemejan en todo esos dos por su naturaleza y sus estilos de vida a las costumbres de Egipto! Pues allí los hombres se quedan en casa tejiendo, mientras que sus mujeres son las que buscan el sustento fuera de casa. Así, hijas mías, por lo que respecta a ellos, que eran los que debían ocuparse de estos menesteres, se afanan en los quehaceres de la casa como si fueran muchachas, y en cambio vosotras dos asumís el duro trabajo de cuidar las desgracias de este infeliz: la una desde que dejó de necesitar los cuidados de la infancia y robusteció su cuerpo anda la infeliz en un constante vagar conmigo, guiando a un anciano, errando a menudo por bosques agrestes sin probar bocado y descalza, y otras veces soportando, infeliz, lluvias torrenciales o los rayos abrasadores del sol; piensa que son secundarias las faenas de casa con tal de que su padre consiga alimento. Por tu parte, tú mi

otra hija, ya en otra ocasión te presentaste ante mí, a escondidas de los cadmeos[7], trayéndome los vaticinios que sobre mi persona habían profetizado, y te erigiste como fiel defensora mía cuando fui desterrado del país. Y ahora, Ismene, ¿qué nuevo anuncio vienes a traer a tu padre? ¿Qué misión te ha hecho salir de casa? Pues sé que no estás aquí de vacío –de eso estoy seguro– sino que me traes un nuevo motivo de temor.

ISMENE. Yo, las penas que he pasado, padre, indagando dónde te procurabas el alimento, las dejaré de lado. Pues no quiero sufrir dos veces, cuando las pasaba y ahora de nuevo al relatarlas. Ahora he venido para contarte brevemente las desgracias que se ciernen sobre tus dos infelices hijos. Al principio optaron gustosamente por ceder el trono a Creonte y no mancillar la ciudad, considerando que la ruina que desde antiguo arrastra nuestra estirpe se había aposentado en nuestra desdichada casa. En cambio ahora, bien sea por obra de algún dios o de una mente culpable se ha apoderado de ambos, tres veces desgraciados, una funesta rivalidad por hacerse con el mando y el poder del trono. Así, el más joven y de menor edad ha desalojado del trono a quien había nacido antes que él, a Polinices, y lo ha enviado al destierro. A su vez éste, según un rumor que entre nosotros se ha divulgado, marchó como desterrado a la cóncava Argos, donde ha adquirido nuevos parientes y alistado un ejército amigo en la idea de que en breve plazo controlará con honor la llanura de Argos o que él mismo elevará su fama hasta el cielo.

Esto, padre, no es un catálogo de noticias, sino unos

7. Es decir, los habitantes de la ciudad de Tebas, fundada por Cadmo.

terribles hechos. No alcanzo a comprender cuándo se van a apiadar los dioses de tus desgracias.

Edipo. ¿Guardabas acaso alguna esperanza de que los dioses sintieran compasión por mí como para salvarme alguna vez?

Ismene. Yo sí, padre, al menos a partir de unos nuevos vaticinios.

Edipo. ¿Cuáles son éstos? ¿Qué han vaticinado, hija mía?

Ismene. Que algún día te habrán de buscar los ciudadanos de Tebas, vivo o muerto, por su propio bienestar.

Edipo. ¿Quién podrá obtener algún provecho de este pobre hombre?

Ismene. Dicen que en tus manos está su poder.

Edipo. ¿Ahora que no soy nada, ahora soy persona?

Ismene. Porque ahora son los dioses los que te encumbran, cuando antes te arruinaron.

Edipo. Tontería es encumbrar a un viejo al que se derribó de joven.

Ismene. Y has de saber que por eso vendrá Creonte a buscarte en breve, a no tardar.

Edipo. ¿Para qué, hija? Explícamelo.

Ismene. Para hacerte residir cerca de territorio cadmeo, a fin de tenerte bajo control, aunque sin dejarte entrar más allá de sus límites.

Edipo. ¿Y qué provecho sacará de que resida a las afueras?

Ismene. Si tu tumba es desatendida, será una desgracia para ellos.

Edipo. Cualquiera sabría eso por su propio sentido común y sin ayuda de ningún dios.

Ismene. Ése es el motivo por el que quieren que te instales a las afueras del país, pero donde no puedas ser dueño de ti mismo.

EDIPO. ¿Acaso para cubrirme con tierra tebana?

ISMENE. Eso te lo impide la sangre de tu propia familia [8], padre.

EDIPO. Pues entonces, nunca jamás se apoderarán de mí.

ISMENE. Eso será un día fuente de pesar para los cadmeos.

EDIPO. ¿Bajo qué indicios se mostrará, hija mía?

ISMENE. Bajo los efectos de tu cólera, cuando se establezcan sobre tu tumba [9].

EDIPO. Y lo que has dicho ¿de quién lo has oído, hija mía?

ISMENE. De unos hombres que regresaban como teoros [10] del santuario de Delfos.

EDIPO. ¿Resulta que esto es lo que ha dicho Febo sobre mí?

ISMENE. Así lo afirman los que llegaron a las llanuras de Tebas.

EDIPO. ¿Alguno de mis hijos lo oyó?

ISMENE. Ambos por igual, y lo conocen a la perfección.

EDIPO. ¿Y los muy malvados, tras haberlo oído, anteponen el poder real a su afecto por mi persona?

ISMENE. Al decirlo sufro, pero hay que aceptarlo.

EDIPO. Bien, pues ojalá que los dioses no apaguen la querella que entre ambos ha hecho brotar el destino, sino que dependa de mí poner fin a la lucha en que ambos se han enzarzado levantándose en armas. Porque ni el que detenta el poder ni el cetro durará, ni el que se ha marchado regresará nunca jamás. Porque ellos no se opusieron a que yo, el padre que los engendró, fuera desterrado de forma tan injusta e ignominiosa ni me

8. Edipo no podrá recibir sepultura en Tebas porque allí estaba enterrado Layo, su padre, a quien él mismo había dado muerte en el incidente fatídico.

9. Esta profecía se cumplió cuando más tarde los tebanos invadieron el Ática y fueron derrotados por los atenienses en las proximidades de la tumba de Edipo.

10. Embajadores que acudían a un oráculo a evacuar consultas en nombre de su ciudad.

defendieron, sino que ante mi exilio permanecieron impasibles y fui declarado así proscrito por el heraldo. Podrás decir que la ciudad me otorgó entonces, como era natural, el don que yo deseaba. Mas no, porque precisamente aquel mismo día en que mi ánimo hervía y me resultaba lo más grato morir y ser lapidado a pedradas, ninguno de los dos se mostró decidido a ayudarme en este deseo. Y pasado el tiempo, cuando mi resentimiento se había apaciguado y comprendí que mis impulsos me habían conducido a sufrir un castigo superior al de mis faltas, fue entonces cuando esta ciudad me expulsó de esta tierra por la fuerza al cabo de tanto tiempo; pues bien, éstos, que eran mis hijos y que podían socorrer a su padre, no quisieron auxiliarme, sino que a cambio de una vana esperanza vivo vagabundo, desterrado, exiliado y mendigo eterno.

De vosotras dos en cambio que sois sólo unas muchachas y en cuanto os permite vuestra natural condición, obtengo el alimento, seguridad en un lugar y el auxilio de mi familia. En cambio ellos dos en vez de su padre han preferido el trono, detentar el poder y gobernar el país. Pero jamás contarán conmigo como aliado ni conseguirán nunca provecho de ejercer el mando cadmeo. Y sé todo esto tanto por haber oído el vaticinio que ésta me trae como por recordar las profecías que respecto a mí hizo cumplir Febo hace tiempo.

Después de todo lo cual, que envíen a Creonte a hacerse cargo de mí o a cualquier otro que tenga poder en la ciudad. Y si vosotros como ciudadanos queréis socorrerme con la ayuda de estas divinidades protectoras del país, obtendréis un salvador de la ciudad y causaréis grandes penas al enemigo.

CORIFEO. Digno de lástima eres, Edipo, tú y estas hijas tuyas. Y ya que te ofreces de palabra como salvador de este país, quiero aconsejarte sobre lo más conveniente.

EDIPO. Gratísimo amigo, acógeme como a quien va a llevar a cabo ahora mismo cuanto digas.

CORIFEO. Ofrece al punto un sacrificio de desagravio a estas divinidades ante las que te has presentado y cuyo recinto has hollado.

EDIPO. ¿Con qué ceremonial, ciudadanos? Indicadme.

CORIFEO. En primer lugar recoge unas sagradas libaciones de esa fuente que mana sin cesar, tomándolas con manos puras.

EDIPO. ¿Y una vez que haya recogido esa libación pura?

CORIFEO. Hay unas crateras, fabricadas por un habilidoso artesano, de las que debes recubrir su boca y las asas por uno y otro lado.

EDIPO. ¿Con ramas, con mechones de lana o de qué otro modo?

CORIFEO. Con mechones de lana recién cortada de una oveja joven.

EDIPO. Bien, y luego ¿cómo debo concluir el ritual?

CORIFEO. Debes verter la libación de pie y mirando al oriente.

EDIPO. ¿Debo verterla con esas vasijas que has dicho?

CORIFEO. De cada una tres chorros y la última del todo.

EDIPO. ¿De qué la lleno para ofrecerla? Dime también cómo hago esto.

CORIFEO. De agua y de miel, y no añadas vino.

EDIPO. ¿Y cuando la tierra de negra yerba se empape de ella?

CORIFEO. Coloca entonces encima por tres veces y con ambas manos nueve ramos de olivo y haz una súplica con las siguientes palabras…

EDIPO. Ansío escucharlas, pues es lo que más me importa.

CORIFEO. Ya que os [11] invocamos con el nombre de Eu-

11. Recuérdese que Euménides significa «bondadosas», que es lo que en realidad justifica el sentido de la plegaria.

ménides, acoged con bondadosa disposición de ánimo a este suplicante que trae la salvación. Formula tú mismo esta súplica o que lo haga alguna otra persona en tu nombre, hablando en voz baja y calladamente. Acto seguido apártate sin volver atrás la vista. Y si lo haces así te prestaré mi apoyo confiado, pero si lo haces de otra manera, extranjero, debes temer por tu vida.

EDIPO. Hijas mías, ¿habéis oído a estos ciudadanos del lugar?

ANTÍGONA. Sí, los hemos oído y ahora indícanos tú qué hemos de hacer nosotras.

EDIPO. A mí no me resulta viable hacerlo; me lo impide el no tener ya fuerzas y el estar ciego, una doble desgracia. Pero que una cualquiera de vosotras dos vaya y lo haga, pues me parece que basta con que lo ejecute una persona en vez de muchas, con tal de que lo haga con buena disposición de ánimo. De modo que hacedlo de inmediato, aunque no me dejéis a mí solo, pues mi cuerpo no tiene fuerzas para arrastrarse sin la ayuda de un guía.

ISMENE. Iré yo a realizarlo, pero necesito saber una cosa: ¿dónde encontrar ese lugar?

CORIFEO. Al otro lado de este bosquecillo, extranjera. Y si necesitas algo, allí se encuentra un guardián que te explicará.

ISMENE. Me marcho a hacerlo; y tú, Antígona, cuida aquí de nuestro padre. Cuando alguien se toma la molestia de cuidar de sus padres no debe tener en cuenta que ello representa una carga.

Estrofa 1

CORO. *Es terrible, extranjero, reavivar un mal que desde antiguo está adormecido; no obstante ansío conocer...*

EDIPO. *¿El qué?*

CORO. *… la dolorosa e irremediable desgracia en la que te viste envuelto.*

EDIPO. *No reabras, en nombre de tu hospitalidad, las vergüenzas que he padecido.*

CORO. *Quiero oír el verdadero relato de un rumor tan incesantemente repetido, extranjero.*

EDIPO. *¡Ay de mí!*

CORO. *Accede, te lo ruego.*

EDIPO. *¡Ay, ay!*

CORO. *Hazme caso, pues yo accedo a cuanto me solicitas.*

Antístrofa 1

EDIPO. *Sufrí, extranjeros, las más terribles desgracias, las sufrí sin ser responsable de ellas; el dios lo sabe. Ninguna de ellas fue un acto voluntario.*

CORO. *Pero ¿para qué fue todo?*

EDIPO. *Por causa de un infausto tálamo, la ciudad de Tebas me ligó a una boda llena de desgracias, a mí que nada sabía.*

CORO. *¿Es que, según he oído, saciaste el lecho de triste memoria de tu propia madre?*

EDIPO. *¡Ay de mí! Muerte es oír esto, extranjero. Y estas dos nacidas de mí…*

CORO. *¿Cómo dices?*

EDIPO. *… mis dos hijas, dos desgracias…*

CORO. *¡Oh Zeus!*

EDIPO. *… nacieron del dolor de parto de una madre común a ellas y a mí.*

Estrofa 2

CORO. *¿Así que éstas son descendientes tuyas y…*

EDIPO. *Hermanas de su propio padre por parte de madre.*

CORO. *¡Oh!*

EDIPO. *¡Ay, mil desgracias renovadas!*

CORO. *Sufriste...*

EDIPO. *Sufrí cosas insoportables.*

CORO. *Cometiste...*

EDIPO. *Nada cometí.*

CORO. *Entonces ¿qué?*

EDIPO. *Acepté un regalo que jamás, infeliz alma mía, debí aceptar de mi ciudad.*

Antístrofa 2

CORO. *Infeliz, ¿qué pasó, pues? Cometiste el asesinato...*

EDIPO. *¿Cuál? ¿Qué quieres saber?*

CORO. *... de tu padre.*

EDIPO. *¡Ay, ay ay! Me has golpeado con una segunda desgracia sobre la anterior.*

CORO. *Mataste...*

EDIPO. *Lo maté, pero tengo...*

CORO. *¿Qué tienes?*

EDIPO. *... algo en mi defensa.*

CORO. *¿El qué?*

EDIPO. *Te lo voy a decir: maté y arruiné sin conciencia de que lo hacía. Y ante la ley soy hombre inocente pues llegué a esto sin saber nada.*

CORIFEO. Mas he aquí que el descendiente de Egeo, nuestro rey Teseo, hace acto de presencia ante tu solicitud.

(Aparece TESEO *precedido de su escolta.)*

TESEO. Al haber oído desde antiguo contar a muchos la sangrienta lesión de tus ojos, te he reconocido de inmediato, hijo de Layo. Y aún estoy más seguro al haber escuchado otras cosas en mi camino hacia aquí. Tu aspecto y tu lamentable rostro nos muestran bien a las

claras que eres quien eres, y compadeciéndome de ti quiero preguntarte, infeliz Edipo, qué solicitáis de la ciudad o de mí mismo tú y tu desdichada acompañante. Cuéntamelo, porque debería ser muy extraña la petición para que yo me desentendiera; yo que he tenido también la experiencia como tú de ser educado en el destierro [12], y más que cualquier otro hombre afronté en países extraños grandes peligros en mi propia persona. De modo que a nadie que sea un exiliado, como es tu situación ahora, dejaría de asistir para que se salve. Bien sé que siendo mortal no me es dado disponer del día de mañana en mayor medida que tú.

EDIPO. Teseo, la nobleza de tus sentimientos en tan pocas palabras me impide no recurrir a una breve contestación. Ya acabas de decir quién soy, y de qué padre he nacido y de qué país procedo; de modo que sólo me queda aclarar lo que busco y poner fin a mi discurso.

TESEO. Dímelo ahora mismo para que me entere.

EDIPO. He venido para ofrecerte como don mi desdichado cuerpo; a la vista no es nada interesante, pero los beneficios que de él se derivarán son mayores que los de uno de bello aspecto.

TESEO. ¿De haber venido con qué beneficio te jactas?

EDIPO. Llegado su momento lo sabrás, no ahora.

TESEO. ¿Y cuándo se mostrará ese beneficio?

EDIPO. Cuando yo muera y seas tú quien me dé sepultura.

TESEO. Lo que pides es tu última voluntad; pero en lo que se refiere hasta ese momento o te olvidas o en nada lo aprecias.

EDIPO. Es que será entonces cuando también consiga esto.

TESEO. Me pides un favor que cuesta poco.

12. Teseo, en efecto hijo de Egeo y de Etra, vivió muchos años desterrado de su auténtica patria, Atenas, y conoció gran número de peripecias y aventuras en este tiempo.

EDIPO. Pero, atiende: no es cosa pequeña, no, este reto.

TESEO. ¿Te refieres quizá a las relaciones entre tus hijos y yo?

EDIPO. Ellos te presionarán para llevarme allá.

TESEO. Pero si es otro tu deseo...; porque no es agradable estar en el destierro.

EDIPO. Cuando era yo quien lo deseaba, ellos no accedieron.

TESEO. ¡Insensato! No conviene exaltarse en momentos de desgracia.

EDIPO. Cuando te hayas enterado por mí, hazme los reproches que quieras. Ahora déjame.

TESEO. Cuéntame, porque no debo hablar sin conocimiento.

EDIPO. He sufrido, Teseo, males terribles añadidos a otros males.

TESEO. ¿Hablas quizá de la antigua maldición de tu familia?

EDIPO. ¡No, en absoluto! De eso ya hablan todos los griegos.

TESEO. ¿Qué enfermedad es la tuya que esté por encima de la medida humana?

EDIPO. Mi situación es ésta: fui desterrado de mi país por mis propios hijos. No me está permitido regresar, en la idea de que soy un parricida.

TESEO. En tal caso, ¿cómo es que van a venir a buscarte para que vivas sin ellos?

EDIPO. Los obliga la voz profética del dios.

TESEO. ¿Qué mal pueden temer de los oráculos?

EDIPO. Resultar inexorablemente derrotados por las fuerzas de tu país.

TESEO. Y ¿cómo van a transformarse en tensas sus relaciones conmigo?

EDIPO. ¡Queridísimo hijo de Egeo! Sólo a los dioses no les alcanza jamás la vejez ni la muerte. Todo lo demás

lo derriba el tiempo omnipotente. Se consume el vigor de las tierras, se consume la fuerza corporal, muere la confianza, germina la desconfianza, y no permanece inalterable el mismo espíritu ni entre amigos ni el de una ciudad para con otra. Para unos en breve tiempo, para otros algo más tarde, lo agradable se torna amargo y esto de nuevo grato. Y aunque tus actuales relaciones con Tebas sean cordiales, el infinito tiempo engendra en su curso mil noches y días en los que se quiebran con la lanza y con el menor pretexto los amistosos acuerdos de ahora. Será entonces cuando mi cuerpo, descansando, enterrado y frío beberá su sangre caliente, si es que Zeus sigue siendo Zeus e infalible Febo, el hijo de Zeus.

Pero no es lícito que hablemos aún de cuestiones inamovibles. Déjame estar en donde comencé: garantízame lo que me has jurado y nunca tendrás que reprocharte haber acogido a Edipo como inútil morador de estos lugares, si es que los dioses no me engañan.

CORIFEO. Soberano, desde hace rato este hombre se nos muestra como alguien que cumplirá estas y otras promesas en beneficio de este país.

TESEO. ¿Quién rechazaría la generosidad de un hombre como él con quien en primer lugar tenemos un deber común de hospitalaria alianza, y que además ha llegado como suplicante de los dioses para traernos un beneficio nada desdeñable a mí y a mi país? Por respeto a estas normas no rechazaré su ofrecimiento sino que lo alojaré en esta tierra como ciudadano. *(El rey se dirige ahora al* CORIFEO.) Y si al extranjero le resulta grato permanecer aquí, te ordeno que lo cuides, o si él quiere que venga conmigo.

Me complace concederte, Edipo, lo que prefieras pues estaré de acuerdo con tu elección.

EDIPO. ¡Oh Zeus, concede la felicidad a este tipo de hombres!

TESEO. ¿Prefieres, pues, venir a mi palacio?

EDIPO. Si me fuera posible; pero el recinto es precisamente éste...

TESEO. ¿Qué vas a hacer aquí? Tampoco me opondré a eso.

EDIPO. ... en el que debo derrotar a quienes me desterraron.

TESEO. De un gran regalo hablas a cambio de darte acogida.

EDIPO. Sí, si es que perseveras en cumplir lo que me has prometido.

TESEO. Por lo que a mí respecta, ten confianza; no te traicionaré.

EDIPO. No te voy a exigir que jures como si fueras un malvado.

TESEO. No conseguirías con ello nada más que de mi propia palabra.

EDIPO. ¿Cómo actuarás?

TESEO. ¿Qué miedo especial sientes?

EDIPO. Vendrán unos soldados.

TESEO. Los míos se ocuparán de ellos.

EDIPO. Ten cuidado porque si me abandonas...

TESEO. No me des lecciones de lo que debo hacer.

EDIPO. Es necesario porque tengo miedo...

TESEO. Mi corazón no conoce el miedo.

EDIPO. Desconoces las amenazas que...

TESEO. Lo que sí sé es que de aquí no te sacará nadie sin mi consentimiento. Se lanzan muchas amenazas con muchas vacuas palabras en momentos de irritación; pero cuando uno se hace de nuevo con el control de su ánimo, las amenazas se desvanecen. Y si ésos se han envalentonado para hablar con jactancia de tu rescate, bien sé yo que su venida les parecerá un océano in-

menso e innavegable. Te invito a que te muestres animoso incluso sin mi decisión, si ha sido Febo el que antes te ha enviado. Es más, sé que aunque no estuviera yo mismo presente, sólo mi nombre te protegerá de sufrir cualquier mal.

(TESEO *abandona la escena con su escolta.)*

Estrofa 1

CORO. *Has llegado, extranjero, a la tierra criadora de los mejores corceles, a la radiante Colono, donde el armonioso ruiseñor trina yendo y viniendo por los verdosos prados, como habitante de la hiedra color de vino y el inaccesible follaje cuajado de los frutos del dios, a resguardo del sol y al abrigo del viento de todas las tempestades. Por allí deambula Dioniso permanentemente, inspirado por su propio delirio atendiendo a sus divinas nodrizas.*

Antístrofa 1

El narciso de hermosos racimos aquí florece bajo el rocío del cielo, permanentemente, día tras día, como antigua corona de las dos grandes diosas[13]*, y también el azafrán que refulge como el oro. Y unas fuentes insomnes, que tributan sus aguas a las corrientes del Cefiso, no amenguan su caudal; por el contrario descienden puras, con vivo paso a diario por la llanura de esta extensa tierra. Y no aborrecen su presencia ni los coros de las Musas ni la diosa de las riendas de oro, Afrodita.*

13. Son Deméter y su hija Core con quienes aparece tradicionalmente vinculada esta flor.

Estrofa 2

Existe un árbol, indómito y que crece espontáneamente, del que no he oído que se críe ni en las tierras de Asia ni en la inmensa isla de Pélope[14]*; es el terror de las lanzas y se cría enorme en este país nuestro: el glauco olivo que alimenta a nuestros hijos. No hay joven ni persona que haya alcanzado la madurez que lo pueda arrancar con mano violenta, pues por siempre el atento ojo de Zeus Protector de los olivos lo vigila, así como la diosa de glauca mirada, Atenea.*

Antístrofa 2

Pero aún puedo citar un nuevo elogio de esta metrópoli, el mayor, don de un gran dios y el que le da mayor lustre: buena en caballos, buena en potros, de buenos mares. ¡Hijo de Crono, soberano Posidón, tú fuiste quien la asentaste en esta gloria al hacer aparecer en este país por primera vez el freno que retiene al caballo; y la maravillosa pala del hermoso remo, hecha a medida de nuestras manos, que se precipita en el mar, compañera de las Nereidas de cien pies!

ANTÍGONA. ¡Oh tierra, elogiada con tantísimas alabanzas, ahora te corresponde demostrar tan ilustres elogios!

EDIPO. ¿Qué hay, hija mía, de nuevo?

ANTÍGONA. Aquí se nos acerca Creonte, y por cierto no sin escolta, padre.

EDIPO. Queridísimos ancianos, ahora está en vuestras manos el que yo consiga mi salvación.

CORIFEO. Confía en que la conseguirás, pues aunque yo ya soy anciano, la fuerza de este país no ha envejecido.

14. Es decir, la península del Peloponeso.

CREONTE. Nobles habitantes de esta tierra, observo en vuestros ojos que sois presa de un inesperado temor ante mi presencia. No tengáis miedo de mí ni emitáis una sola palabra funesta, pues no he venido para maquinar ninguna mala acción contra vosotros, puesto que soy un anciano y sé que he llegado a una ciudad influyente donde las haya en Grecia. Por mi avanzada edad he sido enviado para intentar convencer a este hombre de que me acompañe a la llanura cadmea; no vengo por orden de uno solo, sino comisionado por todos los ciudadanos, ya que por mi linaje me concernía a mí apenarme por sus penas más que a la mayor parte de la ciudad.

De modo que, infeliz Edipo, hazme caso y regresa a casa. Con justicia te reclama todo el pueblo cadmeo, y entre ellos yo el primero, porque, si no soy el más canalla de los hombres, es natural que sufra ante tus muchas desgracias, anciano, al verte tan desgraciado en tu destierro, siempre errabundo, y llevando una vida sin recursos en compañía de una única cuidadora, de quien jamás yo, infeliz, hubiera creído que podría caer en tal grado de infortunio como al que ha llegado la infeliz de ella; pendiente siempre de ti y de tu persona en una vida propia de mendigos, siendo ella tan joven, sin experiencia del matrimonio y a riesgo de ser raptada por el primero con que se tope. ¡Infeliz de mí! ¿No es duro este reproche que te echo en cara a ti, a mí y a todo nuestro linaje? Pero ya no es posible ocultar por más tiempo lo que es evidente a todos; así pues, Edipo, por los dioses de tus antepasados, obedéceme y cúbrete; accede a regresar a tu patria y a tu casa paterna despidiéndote amablemente de esta ciudad que sin duda se lo merece. Pero tu propia ciudad, tu patria debe en justicia ser más respetada ya que antaño fue tu nodriza.

EDIPO. ¡Oh tú, que a todo te atreves y que de cualquier razón justa serías capaz de sacar una estratagema enrevesada! ¿Por qué lo intentas de nuevo y quieres por segunda vez atraparme en lo que más me dolería ser sorprendido? Pues cuando hace tiempo estuve yo atacado por mis peores desgracias personales y habría sido para mí una satisfacción verme expulsado del país, no consentiste en otorgarme el favor que te pedía; en cambio cuando dejé de estar enojado y me resultaba placentero permanecer en mi palacio, fue entonces cuando me expulsaste y me desterraste, sin que ese parentesco a que ahora aludes te importara.

Y ahora que ves que esta ciudad y todo su pueblo me muestran una benévola acogida intentas de nuevo arrebatarme, ocultando una cruel intención bajo seductoras palabras. Pero ¿qué placer es ese de amar a quienes no se dejan? Es como si cuando te interesa algo no se te concede ni se te quiere auxiliar y en cambio cuando estás saciado en tu ánimo de lo que deseas, entonces se te brinda, cuando el favor ya no te reporta ningún beneficio. ¿Es que no te iba a resultar vano ese tipo de satisfacción? Pues precisamente eso es lo que me ofreces, cosas excelentes de palabra, pero de hecho funestas.

Voy a proseguir mi relato en presencia de éstos para ponerte en evidencia como canallas. Estás aquí para arrestarme, no para escoltarme a mi casa; para instalarme a las afueras y que tu ciudad se vea libre de los peligros que le vendrán de este país. No lo conseguirás, sino más bien esto otro: que el espíritu de mi venganza viva siempre en tu ciudad; y que mis hijos consigan este otro: el lote de tierra que les baste para en él ser enterrados. ¿No ves que conozco los asuntos de Tebas mejor que tú mismo? Tanto más porque me he informado de quienes mejor los conocen, de Febo y del mismo Zeus, su padre. ¡Hasta aquí ha llegado tu boca

calumniadora y fecunda en maldades! Más desgracias que beneficios conseguirás con tu parloteo. Aunque sé que no te voy a convencer de ello. Así que, vamos, déjanos vivir aquí porque ni en estas circunstancias es mala nuestra vida, si podemos estar a gusto.

CREONTE. ¿Crees quizá que en el transcurso de esta discusión voy a sufrir yo más ante tu situación que tú mismo ante ella?

EDIPO. Lo que más me satisface es que no conseguirás convencerme ni a mí ni a éstos de aquí.

CREONTE. Desdichado, ¿ni con el paso del tiempo demostrarás haberte vuelto cuerdo, sino que vas a alimentar de deshonra tu vejez?

EDIPO. Habilidoso eres de lengua; pero no conozco a nadie que sea justo porque hable bien sobre cualquier tema.

CREONTE. Cosas distintas son hablar mucho y decir lo que conviene.

EDIPO. ¡Y seguro que tú crees que hablas poco y oportunamente!

CREONTE. No lo parecerá, desde luego, a quien piense como tú.

EDIPO. Márchate; y te hablo también en nombre de éstos; no me vigiles acechando el recinto donde debo establecer mi morada.

CREONTE. Pongo a éstos por testigo, que no a ti, de qué insultos profieres contra tus parientes. Si algún día te cojo...

EDIPO. ¿Quién me puede apresar sin el consentimiento de éstos, que son mis aliados?

CREONTE. Pues incluso sin ponerte la mano encima vas a lamentarlo.

EDIPO. ¿Con qué fundamento real me amenazas?

CREONTE. De tus dos hijas, a una acabo de mandarla a la ciudad detenida, y a la otra lo haré en breve.

EDIPO. ¡Ay de mí!

CREONTE. Pronto tendrás nuevos motivos de lloro.

EDIPO. ¿Has detenido a mi hija?

CREONTE. Y a esta otra a no tardar.

EDIPO. ¡Ay, extranjeros! ¿Qué pensáis hacer? ¿Me vais a traicionar en vez de expulsar de esta tierra a este impío?

CORIFEO. Márchate, extranjero, lejos cuanto antes. Pues ni es justo lo que ahora haces ni lo que has hecho antes.

CREONTE. *(Dando la orden a los soldados de su escolta.)* Ya es hora de que la saquéis a la fuerza, si no quiere ponerse en camino por propia voluntad.

ANTÍGONA. ¡Ay de mí, infeliz! ¿Adónde podré escapar? ¿Qué auxilio puedo esperar de los dioses o de los hombres?

CORIFEO. ¿Qué haces, extranjero?

CREONTE. No pondré la mano encima a este hombre, pero sí sobre ella porque me pertenece.

EDIPO. ¡Soberanos de este país!

CORIFEO. Extranjero, obras contra toda justicia.

CREONTE. Con toda justicia.

CORIFEO. ¿Cómo que con justicia?

CREONTE. Me llevo a quienes son míos[15].

Estrofa

EDIPO. *¡Ay, ciudad!*

CORO. *¿Qué haces, extranjero? ¿No la vas a soltar? Pronto comprobarás el poder de mi mano.*

CREONTE. *¡Aparta!*

CORO. *¡No de ti mientras te propongas eso!*

CREONTE. ¡Te enfrentarás en guerra a mi ciudad si me infliges el menor daño!

15. Creonte se basa en que hace tiempo Edipo le había confiado la tutela de sus dos hijas.

EDIPO. ¿No os lo decía yo?

CORIFEO. *(A uno de los soldados.)* ¡Quítale inmediatamente las manos de encima a la muchacha!

CREONTE. No des órdenes a quien no debes.

CORIFEO. ¡Que la sueltes te digo!

CREONTE. Y yo te ordeno que te pongas en marcha.

CORO. *Acudid aquí, venid, venid ciudadanos de este país. Nuestra ciudad es aniquilada, nuestra ciudad, por la violencia. Acudidme aquí.*

ANTÍGONA. ¡Infeliz de mí, me arrastran! ¡Extranjeros, extranjeros!

EDIPO. ¿Dónde estás, hija mía?

ANTÍGONA. Me hacen caminar a la fuerza.

EDIPO. Abre tus brazos, hija mía.

ANTÍGONA. No puedo.

CREONTE. ¿Es que no os la vais a llevar?

EDIPO. ¡Infeliz de mí, infeliz!

CREONTE. A partir de ahora no volverás a caminar sobre estos dos báculos. Pero ya que quieres derrotar a tu patria y a los tuyos en cuyo nombre ejecuto esto además de que también soy quien manda, derrótala. Bien sé que pasado el tiempo reconocerás que ni obras bien ahora contigo mismo ni que tampoco lo hiciste antes cuando enfrentándote a los tuyos cediste a esa cólera que de continuo te corroe.

CORIFEO. *(Dirigiéndose a* CREONTE.) Quédate ahí mismo, extranjero.

CREONTE. Te digo que ni me toques.

CORIFEO. No te soltaré mientras no me devuelvas a esas dos.

CREONTE. Conseguirás que tu ciudad tenga que pagar pronto un rescate mayor, pues no voy a apoderarme sólo de éstas.

CORIFEO. ¿Qué maquinas?

CREONTE. Coger también a éste y llevármelo.

CORIFEO. Tremendo es lo que dices.

Creonte. Hazte a la idea de que ahora mismo estará hecho.

Corifeo. A menos que te lo impida quien manda en este país.

Edipo. ¡Desvergonzada voz! ¿Es que vas a apresarme?

Creonte. Te ordeno callar.

Edipo. ¡Que estas diosas de aquí no me priven de la voz antes de pronunciar esta maldición contra ti, canalla, que tras arrebatarme a la fuerza mi ojo indefenso, lo intentas también hacer conmigo, que ya había perdido antes los míos, y pretendes marcharte de regreso! ¡Quiera Helios, el dios que todo lo ve, darte una vida a ti y a tu estirpe como la que a mí me ha tocado en mi vejez!

Creonte. ¿Lo véis, habitantes de este país?

Edipo. Nos ven a ti y a mí, y toman conciencia de que me defiendo de ti con palabras frente a los atropellos que de hecho he padecido.

Creonte. Ya no contengo más mi cólera; lo arrastraré por la fuerza, aunque estoy solo y torpe por mi edad.

Antístrofa

Edipo. *¡Ay infeliz!*

Coro. *¡Con qué arrogancia has venido, extranjero, si crees que vas a poderlo llevar a cabo!*

Creonte. *Así lo creo.*

Coro. *No consideraría en tal caso a Atenas una ciudad.*

Creonte. En una causa justa el argumento débil se impone al fuerte.

Edipo. ¿Oís qué cosas dice?

Corifeo. Lo que no cumplirá.

Creonte. Zeus podrá saberlo, que no tú.

Corifeo. ¿Acaso no es esto una insolencia?

Creonte. Insolencia, sin duda, pero tienes que aguantarla.

CORO. *¡Ah de todo el pueblo! ¡Ah jefe del país! Acudid a toda prisa, acudid. Porque piensan pasar éstos al otro lado de la frontera.*

(En escena aparece ahora el rey TESEO, *acompañado de sus huestes.)*

TESEO. ¿Qué alboroto es éste? ¿Qué ocurre? ¿Por miedo a qué impedís que sacrifique yo esta víctima en torno al altar del dios del mar, protector de Colono? Decídmelo, que deseo saberlo todo. ¿Por qué he debido apresurar mi marcha hasta aquí más de lo que me place?

EDIPO. Queridísimo rey. He reconocido tu voz; acabo de sufrir ahora mismo unas terribles afrentas por parte de este hombre.

TESEO. ¿Cuáles han sido? ¿Quién es el que las ha cometido? Dímelo.

EDIPO. Ese Creonte a quien estás viendo se dispone a regresar a su país tras haberme raptado a mis hijas, mi única fortuna.

TESEO. ¿Cómo has dicho?

EDIPO. Has escuchado precisamente lo que acabo de sufrir.

TESEO. ¿No hay uno solo de mis súbditos que de inmediato no se dirija a esos altares y ordene a todo el pueblo que se lance a la carrera desde donde están preparando los sacrificios?, ¿que se lancen a caballo o a pie, hacia donde convergen los caminos de los viandantes para evitar así que las dos muchachas se les escapen de largo, lo que haría de mí un objeto de irrisión ante este extranjero y víctima de violencia? ¡Vamos, según te ordeno, a toda prisa! En cuanto a ése. Si me dejara llevar por la cólera que me provoca, no escaparía ileso de entre mis manos. Ahora deberá atenerse a las mismas normas que él mismo ha traído y no a otras.

(*Se dirige a* CREONTE.)

No saldrás de este país hasta que te presentes con aquéllas ante mí sanas y salvas. Has hecho algo indigno de mí, de tus antepasados y de tu propia tierra, porque irrumpiendo en una ciudad que observa la justicia y que no hace nada que esté fuera de la ley, y despreciando además las normas de este país, has entrado en ella para tomar y arrebatar por la fuerza lo que querías. Creíste que mi ciudad carece de hombres o que su población es de esclavos y a mí mismo no me consideraste en nada. Aunque Tebas no te ha educado en la maldad. No suele criar ciudadanos injustos, ni tampoco aprobaría tu conducta si supiera que me has arrebatado lo que es mío y de los dioses, al llevarte por la fuerza a unos infortunados mortales que están aquí en calidad de suplicantes.
Pues desde luego yo, aunque hiciera una incursión contra tu país al amparo incluso de las más justas reivindicaciones, no raptaría a nadie ni me lo llevaría sin el consentimiento de quien en él manda, sea quien fuere. Antes bien sé cómo debe comportarse un extranjero entre los habitantes de otra ciudad. Tú en cambio llenas de vergüenza a tu ciudad, a tu propia patria sin que ella lo merezca, y el transcurrir del tiempo te está convirtiendo además de en un viejo en alguien que carece de sentido común.
Lo acabo de decir ya y lo repito ahora: que alguien conduzca a mi presencia cuanto antes a las muchachas si no quieres pasar a convertirte en un meteco [16] de este país, a la fuerza y contra tu voluntad. Y te digo todo esto no sólo de palabra sino con el corazón en la mano.

16. Persona que reside en una ciudad sin ser ciudadano y con sus derechos muy limitados.

CORIFEO. ¿Ves a dónde has ido a parar, extranjero? Aunque por los de tu linaje parecerías un hombre justo, te han descubierto haciendo acciones indignas.

CREONTE. He hecho esto, oh hijo de Egeo, no como dices porque considere a esta ciudad carente de hombres ni falta de decisión, sino porque sé que estos habitantes de Colono no iban a sentir ningún interés por mis parientes como para cuidarlos contra mi voluntad. Y también sabía que no darían acogida a un parricida, un hombre maldito, cuyas bodas resultaron impías al tener los hijos que tuvo. También sabía que en esta tierra existe el ilustre tribunal del Areópago [17] que prohíbe que ese tipo de vagabundos residan en la ciudad. Confiado en él es como me apoderé de esta presa.
Y no lo habría hecho tampoco si él no hubiera lanzado contra mí y mi familia las más graves maldiciones, en contestación de las cuales me pareció oportuno replicar con esta actuación. Pues no hay peor envejecimiento para la cólera que la muerte; y a los muertos ya no les alcanza dolor alguno.
Tras esto haz lo que te plazca, porque la soledad, aunque lo que digo es justo, me coloca en situación desventajosa. No obstante, intentaré defenderme contra tu actuación a pesar de la edad que tengo.

EDIPO. ¡Desvergonzado arrogante! ¿A quién de los dos viejos crees que injurias al hablar así, a mí o a ti mismo, cuando lanzas por tu boca asesinatos, bodas y desgracias de las que yo fui en todo caso víctima en contra de mi voluntad? Así lo quisieron los dioses quizá porque estaban desde antiguo encolerizados contra mi linaje; porque no hallarás en mí ningún reproche

17. Este Tribunal, instalado en las faldas de la Acrópolis, gozaba de una extraordinaria fama desde su fundación mítica por parte de Atenea. En las *Euménides* de Esquilo aparece glorificado como institución de origen divino.

por una falta que yo haya cometido contra mí o los míos. Veamos y explícamelo: si un oráculo de origen divino anunció a mi padre que moriría a manos de su hijo ¿cómo vas a imputarme esta culpa de modo justo, si yo aún no había sido engendrado por mi padre ni concebido por mi madre y por tanto no había aún nacido? Y si más tarde, infeliz de mí como fui, llegué a las manos con mi padre y le di muerte, no teniendo conciencia de lo que hacía ni de contra quien lo hacía ¿cómo vas a poderme echar en cara de manera justa una acción involuntaria? Respecto a la boda con mi madre, infeliz, que es tu hermana ¿es que no te da vergüenza obligarme a que cuente cómo fue? Pero ahora que tú has llegado hasta este extremo con tu impía boca, no voy a callarme. Pues en efecto ella me dio a luz, sí, me dio a luz ¡infeliz de mí! sin que ni ella ni yo supiéramos nada [18], y después de haberme así dado a luz engendró conmigo a unos hijos que son su propia vergüenza. Lo único que sé perfectamente es que te deleitas en escarnecernos a ella y a mí por eso. Pues yo me casé con ella no por mi propia iniciativa, y no por mi propia iniciativa estoy hablando de lo que hablo. De modo que no se me debe llamar culpable de una boda en estas circunstancias ni del asesinato de mi padre, cosa que me reprochas continuamente con gran amargura. Y ahora contéstame tú a la única pregunta que te voy a hacer: si alguien se acercara ahora mismo aquí a ti, el justiciero, para asesinarte ¿te detendrías primero en comprobar si el agresor es tu padre o te defenderías automáticamente? Yo creo que si sientes apego por tu vida castigarías al agresor sin preocuparte demasiado por lo que es justo.

18. Se sobreentiende que nada del destino que en el futuro les aguardaba a ambos.

Pues ese es el tipo de desgracias al que me vi abocado, siendo los dioses sus instigadores. De suerte que creo que ni siquiera mi propio padre, de seguir con vida, podría replicarme. Y en cambio tú, que no eres justo al creer que se puede decir cualquier cosa, sea ésta decible o indecible, me haces este tipo de reproches.

Te parece muy conveniente adular a Teseo y halagar el buen gobierno de Atenas, y tras haber hecho esos elogios te olvidas de algo: que si en alguna parte hay una tierra que sepa honrar a sus dioses como merecen, este país es el que en ello se lleva la palma. Intentas raptarme de él a mí, un anciano en calidad de suplicante, hacerme prisionero y marchar a tu país con las muchachas. Como defensa ante ese comportamiento invoco y suplico a estas diosas y las insto con mis ruegos a que acudan como mis defensoras y aliadas, a fin de que aprendas por qué clase de hombres está protegida esta ciudad.

CORIFEO. El extranjero, señor, es una persona honrada y aunque sus desgracias son horribles, merece que las socorramos.

TESEO. ¡Basta ya de palabras! Porque mientras los raptores prosiguen su camino, nosotros, sus víctimas, seguimos aquí parados.

CREONTE. ¿Qué ordenas que haga este hombre ya tan agotado?

TESEO. Que empieces a caminar en esa dirección y me guíes e indícame tú mismo si retienes a las muchachas en algún sitio. Porque si sus raptores han escapado no habrá que preocuparse, pues ya otros van en su persecución, y aunque consigan escapar de esta tierra no tendrán nada que agradecer a los dioses. De modo que hazme de guía y entérate de que quien mandaba, ahora es mandado y que el destino te ha apresado a ti mientras tú apresabas a otro, pues lo que se consigue

con malas artes no es duradero. Y no podrás contar tampoco con la ayuda de nadie para tus fines. Y estoy seguro de que no te has atrevido a tal grado de osadía cual has demostrado tú solo ni sin preparativos, sino que acometiste esta acción fiado en algún cómplice. Es mi obligación considerar todo esto a fin de evitar que mi ciudad pierda poder por la maquinación de un solo hombre. ¿Entiendes lo que te digo o crees que he hablado en vano como supusiste en el momento en que preparabas tu maniobra?

CREONTE. No te censuraré nada de lo que aquí vayas a decirme; en nuestra patria también nosotros sabemos lo que hay que hacer.

TESEO. Amenaza pero continúa tu camino. Y tú, Edipo, estáte tranquilo, confiado en que, a menos que me muera antes, no cesaré hasta devolverte la custodia de tus hijas.

EDIPO. ¡Que seas feliz, Teseo, en premio a tu generosidad y a las justas promesas que me haces!

(TESEO *y su séquito abandonan la escena, precedidos de* CREONTE.)

Estrofa 1

CORO. *¡Ojalá estuviera yo muy pronto donde entablarán combate de broncíneo estrépito las acometidas del enemigo, sea junto a las orillas píticas, sea en las riberas iluminadas de antorchas donde las diosas presiden los venerables Misterios*[19] *de los hombres sobre cuya lengua está la dorada llave de sus servidores, los Eumólpidas!*

19. La toponimia que se representa corresponde a las proximidades de Eleusis, centro religioso donde unos pocos iniciados participaban de sus famosos Misterios.

Creo que muy pronto se enzarzarán allí en combate, Teseo el guerrero y las dos Hermanas, vírgenes viajeras, en medio de un estrépito clamoroso por estas tierras.

Antístrofa 1

Es posible que estén aproximándose hacia occidente de la nevada cumbre desde las praderas del Eta, huyendo a porfía en potro o en veloces carros, pero será apresado. Terrible es el combate que les amenaza y terrible la fuerza de los de Teseo. Pues por doquier refulge el freno y por doquier se lanza a rienda suelta la cabalgada de los potros, que así honran a la ecuestre Atenea y al marino protector de la tierra, el amado hijo de Rea.

Estrofa 2

¿Han actuado ya o aguardan? Me da la corazonada de que en breve van a liberar a la que tan terribles desgracias ha soportado, y que no recibió de sus deudos de sangre sino terribles sufrimientos. Ejecutará Zeus, sí, ejecutará algo grande en este día. Adivino soy de felices combates. Ojalá fuera paloma de vuelo rápido como el turbión para alcanzar una etérea nube desde donde dirigir mi mirada sobre estos combates.

Antístrofa 2

¡Oh Zeus, el más poderoso de los dioses, tú que todo lo ves, otorga a los habitantes de este país que con su fuerza victoriosa culminen su emboscada de buena presa! ¡Y tú también, su augusta hija, Palas Atenea! Y al agreste Apolo y a su hermana, cazadora de moteados ciervos de veloces patas, suplico que acudan como dobles protectores de esta tierra y de sus ciudadanos.

CORIFEO. ¡Oh errante extranjero! No podrás decir que tu guardián es falso adivino: pues veo que las muchachas están aquí cerca acompañadas de una escolta.

EDIPO. ¿Dónde, dónde? ¿Cómo has dicho?

(Aparecen ANTÍGONA *e* ISMENE *escoltadas por* TESEO *y sus hombres.)*

ANTÍGONA. ¡Padre mío, padre mío! ¿Qué dios podría otorgarte el don de ver a este hombre sin par que nos ha devuelto a tu presencia?

EDIPO. Hijas mías, ¿estáis aquí las dos?

ANTÍGONA. El brazo de Teseo y de sus queridos compañeros nos ha salvado.

EDIPO. Acercaos, hijas, a vuestro padre y dejadme que abrace vuestro cuerpo que creía perdido para siempre.

ANTÍGONA. Vas a lograr lo que pides pues es un favor que ansiábamos hacer.

EDIPO. ¿Dónde estáis, dónde?

ANTÍGONA. Aquí, juntas a tu lado.

EDIPO. ¡Oh mis retoños queridos!

ANTÍGONA. Para un padre todo lo suyo es querido.

EDIPO. ¡Oh báculos míos, infeliz de mí!

ANTÍGONA. Báculos infelices de un hombre infeliz.

EDIPO. Ya tengo lo que más ansiaba. Ni aunque ahora mismo muriera sería totalmente desgraciado, por estar vosotras dos a mi lado. Apoyaos, hijas, ambas a la anterior soledad de este desventurado vagabundo. Narradme brevemente lo que ha ocurrido, pues a vuestra edad le bastan unas pocas palabras.

ANTÍGONA. Éste es el hombre que nos ha salvado. A él es a quien debes escuchar, padre, y así será más breve tu tarea y la mía.

EDIPO. Extranjero, no te extrañes ante mi insistencia, si prolongo la conversación con mis hijas, aparecidas

cuando ya no tenía esperanzas. Sé que mi alegría por ellas la has hecho posible tú y solo tú. Tú has sido su salvador y ningún otro de los mortales. ¡Que los dioses te colmen de felicidad, según es mi deseo, a ti y a esta tierra! Sólo entre vosotros he encontrado el sentimiento de piedad, honradez y el no saber mentir. Plenamente consciente de ello te pago con estas palabras: todo lo que ahora tengo te lo debo a ti y a ningún otro hombre; ofréceme tu mano derecha para que yo la toque y bese tu cabeza, si me es lícito.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Cómo pretendo, siendo el desgraciado que soy, que toques a un hombre en quien se ha asentado la infamia de todos los males? Ni yo te tocaré ni consentiré que lo hagas. Pues sólo pueden compartir mis desgracias quienes están experimentados en su sufrimiento. Recibe tú mi saludo desde donde estoy y en el futuro cuídate como en el día de hoy, de acuerdo con lo que es justo.

TESEO. Ni me extraña que hayas prolongado tus palabras más de lo normal, feliz por el regreso de tus hijas, ni que hayas intercambiado unas frases con ellas antes de hablar conmigo. Nada de ello me produce el menor pesar, pues no aspiramos a enaltecer nuestra vida con palabras, sino con hechos. Y te lo voy a demostrar: nada de lo que te prometí bajo juramento he incumplido, anciano. Aquí estoy tras haberte devuelto a éstas, sanas y salvas, libres de las amenazas que sobre ellas caían. Y sobre cómo se desarrolló la contienda, no tengo necesidad de jactarme inútilmente; ya te enterarás por tus propias hijas.

Dame en cambio tu opinión acerca de una noticia de la que me acabo de enterar según venía para acá. Se dice en dos palabras, pero verdaderamente es digno de admiración, pues el ser humano no debe menospreciar ningún asunto.

Edipo. ¿De qué se trata, hijo de Egeo? Dímelo porque no sé de qué me hablas.

Teseo. Me dicen que un hombre, que no es conciudadano tuyo pero sí tu pariente, se ha echado de bruces y ha tomado asiento junto al altar de Posidón, en cuyas inmediaciones me encontraba yo ofreciendo un sacrificio mientras venía de camino.

Edipo. ¿De dónde procede? ¿Qué busca con esa actitud de suplicante?

Teseo. Sólo sé una cosa: me dicen que solicita mantener una breve conversación contigo, sin protocolo.

Edipo. ¿Qué clase de conversación? Pues esa postura no se corresponde con la de una conversación intrascendente.

Teseo. Dicen que solicita, tras haber hablado contigo, regresar por donde ha venido.

Edipo. ¿Quién podrá ser el que de esa manera está sentado en esa actitud?

Teseo. Mira a ver si tienes algún pariente en Argos que quiera conseguir algo de ti.

Edipo. ¡Queridísimo amigo, deténte donde estás!

Teseo. ¿Qué te sucede?

Edipo. No me pidas...

Teseo. ¿Qué cosa? Habla.

Edipo. Al oírte ya sé quién es el suplicante.

Teseo. ¿Y quién es, pues? ¿A quién tendré que censurar?

Edipo. Mi propio hijo, señor, el aborrecible, cuya voz sería para mí la más odiosa de escuchar de todos los hombres.

Teseo. ¿Por qué? ¿No puedes escucharlo y no acceder a lo que te pida? ¿Por qué te resulta esto tan doloroso?

Edipo. Llena de odio, señor, llega esa voz a oídos de su padre; no me obligues a ceder a la fuerza en esto.

TESEO. Considera tan sólo si te vas a ver obligado por su actitud de suplicante, no sea que debas observar los planes del dios.

ANTÍGONA. Padre mío, hazme caso, aunque sea tan joven para aconsejarte. Permite que este hombre complazca el dictado de su corazón y el del dios como desea, y atiende el ruego de nosotras dos de que nuestro hermano se acerque. Confía en que por la fuerza no te va a hacer cambiar de opinión con palabras que no te convengan. ¿Qué daño te puede hacer el escucharlo? Los actos que se han maquinado con maldad quedan al descubierto por las palabras. Tú has sido quien lo engendraste, de modo que ni aunque cometiera contra ti, padre mío, las más impías acciones, te sería lícito devolverle mal por mal. Déjale. También otros tienen hijos malvados y ellos mismos un mal carácter, pero al ser amonestados por los consejos de sus amigos cambian su manera de comportarse. Considera no las desgracias del momento actual, sino aquellas otras pasadas que sufriste por causa de tu padre y de tu madre; y si las contemplas creo yo que te darás cuenta de que la conclusión de una cólera irracional desemboca en una nueva desgracia. Tú mismo tienes un triste recuerdo de ello, privado como estás de la vista de tus ojos. ¡Cede por nosotras! Pues no está bien tener que insistir cuando se pide algo justo, ni que tú recibas ahora favores a los que no sepas corresponder.

EDIPO. Hija mía, habéis vencido mi penoso placer con vuestras palabras. Sea, pues como queréis. Sólo una cosa, extranjero. Si ése va a venir aquí, que nadie luego fuerce mi voluntad.

TESEO. Una sola vez necesito oírte eso, anciano, y no dos; no quiero ufanarme de nada, pero has de saber que estarás a salvo mientras un dios me mantenga también a mí a salvo.

(TESEO *y su séquito abandonan la escena.)*

Estrofa

CORO. *Quien desea vivir, dejando de lado el sentido de la mesura, más de lo que le ha sido asignado, es a mi juicio alguien que persigue algo insensato. Porque los años, cuando se cuentan por muchos, traen consigo algo que viene acompañado del dolor y ya no puedes ver dónde está el disfrute, una vez que hemos traspasado el tiempo debido. Y la que viene a poner remedio es alguien que a todos nos iguala: cuando se nos presenta el Destino del Hades, sin cantos de boda, sin música de lira, sin coros, la Muerte, para concluir.*

Antístrofa

El no haber nacido triunfa sobre cualquier razonamiento; pero una vez que ello sucede, es con mucho lo mejor regresar cuanto antes allá de donde venimos. Pues cuando se nos marcha la juventud llevándose consigo sus vacuas locuras, ¿qué tristeza se nos escapa por completo?, ¿qué sufrimientos no se nos quedan? Envidias, disputas, discordias, combates y muerte. Y finalmente nos cae en suerte el aborrecible lote, débil, insociable, de la vejez odiosa, en la que vienen a habitar los peores de todos los males.

Epodo

En ella se encuentra este infeliz, y no sólo yo; como un acantilado que mira al norte turbado por el batir invernal de las olas, así contra éste se abaten violentas oleadas de terribles e interminables desgracias; unas desde donde se pone el sol, otras desde donde sale; unas por

el lado del mediodía, otras desde los montes Ripeos [20] *donde mora la noche.*

ANTÍGONA. Aquí tenemos, según parece, a ese extranjero.

EDIPO. ¿De quién se trata?

ANTÍGONA. A quien antes teníamos en mente; aquí delante está el mismísimo Polinices. Viene solo, padre, vertiendo de sus ojos lágrimas sin cesar a medida que avanza.

POLINICES. ¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer? ¿Llorar primero por mis propias desgracias, hermanas, o por las de mi padre, al verlo así de viejo? Me lo encuentro exiliado en una tierra extranjera, con vosotras dos, con este atuendo y una mugre repugnante que desde hace tiempo acompaña al anciano y le corroe el cuerpo; con el pelo despeinado que el viento agita sobre su cara de vaciados ojos; según parece, gemela de todo ello es la alimentación de su infeliz estómago. Ahora, infame de mí, me doy cuenta de ello, demasiado tarde. Reconozco que he acudido como el más malvado de los hombres para cuidarte, pues no quiero que te enteres de mis faltas por otros.

Pero junto a Zeus, como compañera de sede y de trono, está la Compasión ante cualquier acto. ¡Que también acuda ahora a asistirte, padre! Hay remedio para mis faltas, y eso que no existen otras mayores. ¿Por qué callas? Háblame, padre mío, no te des la vuelta. ¿No me vas a contestar nada? ¿Es que me vas a despedir con el desprecio de ni siquiera dirigirme la palabra y sin decirme los motivos de tu irritación?

¡Oh vosotras, simientes de este hombre, hermanas mías, intentad vosotras al menos que se muevan los labios imperturbables e inexorables de nuestro padre,

20. Lugar de ubicación imprecisa, aunque se asocia con el frío del norte.

para que no me devuelva deshonrado, en calidad de suplicante del dios, y sin haberme dirigido una palabra!

ANTÍGONA. Expón tú mismo, infeliz, las razones de tu venida. Pues las más de las veces las palabras, sean agradables, enojosas o dignas de lástima, restituyen la voz a quienes están mudos.

POLINICES. Como veo que me aconsejas bien, hablaré. Pongo en primer lugar como mi defensor al dios de cuyo santuario me ha hecho salir el rey de esta tierra para presentarme ante vosotros, concediéndome la oportunidad de poder hablar y escuchar y obtener un regreso seguro. Precisamente esto es lo que querría conseguir de vosotros, extranjeros, de mis dos hermanas y de mi propio padre. Quiero, padre mío, exponerte por qué razón he venido. He sido expulsado de la tierra patria como fugitivo porque me consideraba digno de acceder a tu trono de poder absoluto y de ocuparlo, al ser el hermano de mayor edad. En respuesta a ello, Eteocles, que es de edad más joven, me ha expulsado del país, sin haberme convencido con razones ni haber acudido a la prueba de las armas y del combate. De todo ello afirmo que la principal causante es tu Erinia, y es además lo que oigo que dicen los vaticinios. Pues después que fui a la dórica Argos y me convertí en yerno de Adrasto, logré que se pusieran de mi parte como aliados y bajo juramento los ciudadanos más influyentes de la tierra de Apis[21] así como los más destacados miembros del ejército. Mi propósito era reunir el ejército de los Siete contra Tebas[22] para o bien morir yo mismo asistido por la justicia o expulsar del país a quienes habían cometido la fechoría.

21. Es la península del Peloponeso, donde vivió el adivino Apis.
22. Éste era el título de una obra de teatro puesta en escena unos años antes por parte del dramaturgo Esquilo.

Bien; ¿para qué resulta que he venido aquí? Traigo, padre, la súplica de que te adhieras a mi causa y a la de mis aliados, que ahora mismo con siete batallones y siete ejércitos están ocupando toda la llanura de Tebas. Cual el lancero Anfiarao, que destaca como diestro en el manejo de la lanza y en el seguimiento del vuelo de las aves; el segundo es el etolio Tideo, hijo de Eneo; el tercero es Etéoclo, de estirpe de Argos; el cuarto es Hipomedonte, a quien envió su padre, Tálao. El quinto, Capaneo, se ufana de que arrasará por el fuego desde sus cimientos la ciudad de Tebas. El que se alza en sexto lugar es el arcadio Partenopeo, así llamado porque fue concebido por una virgen que luego fue su madre, fiel hijo de Atalanta. Finalmente yo mismo, tu hijo, –tal vez sería mejor decir hijo engendrado por un aciago destino, aunque me consideren hijo tuyo–, marcho al frente del intrépido ejército de Argos contra Tebas.

Tales somos, padre, los que aquí estamos ante ti, padre, suplicándote por estas hijas tuyas y por tu propia vida que depongas tu violenta irritación contra mí, que acudo a tomar venganza sobre mi hermano que me desterró de mi patria y me mandó al exilio.

Si algo de verdad hay en los oráculos que vaticinaron que la victoria caería del lado de aquellos a quienes tú te adhirieras, ahora te suplico de nuevo, por nuestras fuentes y por los dioses de nuestros antepasados, que te dejes persuadir y que accedas, pues al igual que tú mismo somos mendigos y exiliados. Vivimos tanto tú como yo adulando a los demás, pues compartimos este mismo destino. En cambio en nuestra casa el rey, infeliz de mí, se burla a la vez de nosotros dos lleno de engreimiento. Pero si te colocas del lado de mis propósitos, con poco esfuerzo y en breve tiempo lo aniquilaré, de suerte que te llevaré y te reinstalaré en tu palacio,

y yo mismo me instalaré después de haber expulsado a aquél por la fuerza. Me resultará factible jactarme de todo esto si tú accedes, en cambio sin ti no podré siquiera salvar mi vida.

CORIFEO. Por consideración a quien le envió, Edipo, di a este hombre lo que más conveniente te parezca y despídelo de regreso.

EDIPO. Ciudadanos de esta tierra, si no hubiera sido Teseo, rey de este país, quien me lo ha enviado por considerar que éste debía oír mis palabras, jamás habría oído mi voz. Pero ahora se irá satisfecho de haberme escuchado cosas tales que jamás alegrarán su vida.

Tú, canalla, cuando detentabas el cetro y el poder que ahora tiene en Tebas tu hermano, tú en persona expulsaste a tu propio padre e hiciste de él un exiliado, obligándolo a llevar estos harapos que, al verlos ahora, te hacen llorar; ahora que has venido a desembocar en el mismo infortunio que yo. No es hora de llorar sino que tendré que soportar todo esto mientras viva, acordándome de que tú has sido mi asesino; porque fuiste tú quien has hecho que viva en esta desgracia, tú quien me arrojaste a ella. Por tu culpa soy un vagabundo que tengo que pedir a los demás mi diario sustento. Y si no hubiera engendrado a estas hijas que son mi sustento, por lo que de ti dependiera ya no viviría yo. Éstas son las que me han salvado, ellas mi sustento, ellas son varones, no mujeres, a la hora de compartir el sufrimiento; vosotros en cambio habéis nacido ambos de otro, que no de mí.

Claro que la divinidad te observa, aunque no del mismo modo que lo hará dentro de poco si es que esos ejércitos se ponen en marcha contra la ciudad de Tebas. No podrás derribar esa ciudad, sino que antes caerás manchado de sangre, y lo mismo ocurrirá a tu hermano. Ésas son las maldiciones que hace tiempo

lancé contra vosotros dos y que ahora reitero para que se presenten como mis mejores aliadas, para que aprendáis a respetar a quienes os engendraron y no los deshonréis, si habéis nacido ambos de un padre ciego. Porque estas muchachas no actuaron así. Esas maldiciones podrán más que tu figura de suplicante y tu ambición del trono, si es que aún existe la Justicia pregonada por los antiguos, la compañera de sede de Zeus y de las antiguas leyes.

Y ahora tú, márchate de aquí aborrecido y sin que yo te reconozca como padre, el más canalla de los canallas, cargando con estas maldiciones que contra ti invoco: que jamás llegues a conquistar por la lanza la tierra de nuestros antepasados ni que jamás regreses a la acogedora Argos, sino que mueras a manos de tu hermano y que le mates a él mismo, al que te desterró. Tales son mis maldiciones, y pongo por testigo a la aborrecible oscuridad del Tártaro de nuestros antepasados para que te vaya preparando tu llegada; y también invoco a estas divinidades, e invoco a Ares que ha hecho germinar en vosotros tan terrible odio.

Y ahora que has oído esto, márchate y vete a anunciar a todos los cadmeos y a tus propios fieles aliados la clase de privilegios que otorga Edipo a sus propios hijos.

CORIFEO. Polinices, no me puedo alegrar contigo de tus pasadas andanzas; y ahora márchate de vuelta cuanto antes.

POLINICES. ¡Ay de mi viaje y de mi fracaso! ¡Ay de mis camaradas! ¡Qué final el del viaje que emprendí desde Argos, infeliz de mí, tan fracasado que ni puedo contárselo a ninguno de mis compañeros ni puedo dar marcha atrás, sino que en silencio debo hacer frente a mi propio destino! ¡Ay, vosotras, hermanas de mi misma sangre, ahora que habéis escuchado las duras palabras de la maldición de nuestro padre, no permitáis

ninguna de las dos, por los dioses, que si las maldiciones se cumplen y alguna de vosotras regresa a casa, no permitáis mi deshonra sino depositad mi cadáver en una tumba y con los rituales fúnebres! Y el elogio que os habéis merecido ambas por vuestros desvelos en acompañar a este hombre, se incrementará con otro no menor por el servicio que me prestéis.

ANTÍGONA. Polinices, te suplico que me obedezcas en una cosa.

POLINICES. ¿En qué, queridísima Antígona? Dime.

ANTÍGONA. Envía de vuelta el ejército a Argos cuanto antes, y no te inflijas una desgracia a ti mismo y a nuestra patria.

POLINICES. Ahora ya no es posible. ¿Pues cómo podría hacer regresar al ejército por haber sentido yo un miedo momentáneo?

ANTÍGONA. ¿Por qué tienes que volverte a encolerizar, muchacho? ¿Qué provecho vas a obtener de arrasar tu patria?

POLINICES. Vergonzoso es huir y que mi hermano se burle de mí, que soy el mayor.

ANTÍGONA. ¿No ves que así diriges por derecho los vaticinios de nuestro padre, que os anuncia a los dos recíproca y mutua muerte?

POLINICES. Porque él así lo desea; pero nosotros no debemos ceder.

ANTÍGONA. ¡Ay de mí, desdichada! ¿Quién osará acompañarte tras haber oído los vaticinios de éste?

POLINICES. No daremos a conocer los malos augurios, pues lo propio de un buen general es informar sólo de las buenas noticias.

ANTÍGONA. ¿Así es como te parece lo mejor, muchacho?

POLINICES. Sí y no me retengas. Este cometido es a mí a quien me corresponde, sea malhadado o funesto a causa de nuestro padre y de sus Erinias. Y que a vosotras dos

Zeus os dé felicidad si cumplís conmigo una vez muerto lo que os he pedido, pues ya no me volveréis a tener vivo. Dejadme ya y adiós. Pues ya no me volveréis a ver con vida.

ANTÍGONA. ¡Ay, desgraciada de mí!

POLINICES. No llores por mí.

ANTÍGONA. Pero ¿quién no lloraría por ti si te precipitas directamente al Hades, querido hermano?

POLINICES. Si es necesario moriré.

ANTÍGONA. No lo hagas; sigue mis consejos.

POLINICES. No me convenzas de lo que no debes.

ANTÍGONA. También seré una desgraciada si quedo privada de ti.

POLINICES. El que eso resulte así o de otro modo está en las manos de la divinidad. Por mi parte suplico a esos mismos dioses que nunca os deis de frente vosotras dos con estos males, pues a los ojos de todos no sois merecedoras de sufrirlos.

(POLINICES *abandona la escena apresuradamente.*)

Estrofa 1

CORO. *Nuevos, nuevos, recién nacidos males me alcanzan, de penoso destino, por mor de este ciego extranjero, a menos que el destino cambie algo. No puedo decir que ninguna resolución de los dioses resulte vana. Lo ve todo, lo ve todo el tiempo que engrandece unas cosas u otras alternativamente al cabo del día. El éter ha retumbado, ¡oh Zeus!*

(Suena a lo lejos un trueno.)

EDIPO. Hijas, hijas mías ¿sería posible que algún lugareño hiciera venir aquí a Teseo, el mejor de los hombres?

ANTÍGONA. Padre mío, ¿con qué motivo lo reclamas?

EDIPO. Este alado trueno de Zeus me conducirá de inmediato al Hades, vamos enviad por él cuanto antes.

(Retumban nuevos truenos.)

Antístrofa 1

CORO. *Ved cómo un inmenso trueno, rayo de Zeus, desgarra el cielo. De abajo arriba hasta la punta de los cabellos de mi cabeza me invade el pánico. Estoy acongojado en mi ánimo. Los celestes relámpagos refulgen de nuevo. ¿Qué final nos aguarda? Lo temo, pues nunca la tormenta se presenta en vano ni sin desgracias. ¡Oh infinito éter! ¡Oh Zeus!*

EDIPO. Hijas mías, se acerca sobre este desdichado hombre el final de su existencia, profetizada por los dioses, y ya no hay vuelta atrás.

ANTÍGONA. ¿Cómo lo sabes? ¿En qué te basas para conjeturarlo?

EDIPO. Lo sé perfectamente; vamos, que alguien salga a traer cuanto antes al soberano de esta tierra.

Estrofa 2

CORO. *¡Ah, ah; mira, mira! De nuevo nos rodea por todas partes el penetrante estruendo. Senos propicio, propicio, dios si vienes a traer algún prodigio a nuestra tierra nutricia. Ojalá que me alcance tu destino favorable, y que como no he visto a ningún hombre maldito pueda yo alcanzar un favor desinteresado. Zeus soberano, a ti dirijo mis preces.*

EDIPO. ¿Está próximo nuestro amigo? ¿Me encontrará, hijas mías, todavía con vida y en plena conciencia de mis pensamientos?

ANTÍGONA. ¿Qué confidencia quieres depositar en su mente?

EDIPO. A cambio del buen trato que él me ha dispensado quiero devolverle una recompensa efectiva, la que le prometí al recibirlo.

Antístrofa 2

CORO. *¡Ay, ay, hijo mío! Acude, acude, aunque te encuentres ofreciendo un sacrificio de bueyes en lo más hondo de una gruta, junto al altar de sacrificios al dios marino, Posidón; acude. Pues este extranjero desea devolveros a ti, a la ciudad y a sus amigos la recompensa por el favor recibido. ¡Date prisa, acude, soberano!*

TESEO. ¿Qué es este alboroto que entre todos habéis provocado, de una parte gritando los ciudadanos y de otra el extranjero? ¿No será por el rayo de Zeus o por la brusca granizada que ha descargado? Podemos conjeturar cualquier cosa cuando la divinidad nos envía esta tormenta.

EDIPO. Soberano, compareces a quien te añoraba; alguna divinidad ha dispuesto que seas tú el beneficiario de la buena fortuna de mi viaje.

TESEO. ¿Qué novedad tenemos ahora, hijo de Layo?

EDIPO. Es el desenlace de mi existencia. Y no quiero morir defraudándote ni a ti ni a tu ciudad de lo que he prometido.

TESEO. ¿Qué indicios tienes del momento de tu destino?

EDIPO. Son los propios dioses quienes como heraldos me lo anuncian, y no me engañan con las señales previstas.

TESEO. ¿Cómo dices, anciano, que te lo ponen de manifiesto?

EDIPO. Los frecuentes truenos que se repiten y los infini-

tos dardos que relampaguean desde su invencible mano.

TESEO. Me convences, pues veo que has profetizado muchas cosas, ninguna de ellas falsa. Dime qué he de hacer.

EDIPO. Te voy a explicar, hijo de Egeo, los beneficios que sobre ti y sobre tu ciudad recaerán, sin las penas de la vejez. Yo mismo te voy a guiar, sin necesidad de lazarillo, al lugar donde debo morir. No comuniques a hombre alguno dónde se oculta ni en qué parajes se encuentra, a fin de que te sea mejor defensa que multitud de escudos y que el ejército de tu aliado. Allí conocerás las cosas más sagradas que no se pueden revocar con palabra alguna, cuando acudas solo a dicho lugar, palabras que no podría comunicar a ninguno de estos ciudadanos ni a ninguna de mis propias hijas, con todo y con lo que las quiero. Conserva el secreto siempre para ti, y cuando llegue el final de tu vida, comunícalo sólo al mejor, y que él a su vez lo muestre a su sucesor. Así es como vivirás en una ciudad que no será arrasada por los guerreros que fueron sembrados[23]. Son muchas las ciudades que, aunque alguien las administre bien, vienen a caer con facilidad en la insolencia. Pero los dioses ven perfectamente, aunque a veces sea tras mucho tiempo, cuando alguien abandona los preceptos divinos y se inclina a actos de locura. Hijo de Egeo, no quieras tú nunca que te suceda eso. Estoy diciendo esto a alguien que lo sabe; de modo que vayamos ya hacia ese lugar, pues la señal divina se me presenta y me apremia, y no nos desviemos del camino. ¡Hijas mías, seguidme, pues ahora me he converti-

23. Manera de referirse a los ciudadanos de Tebas, cuyos primeros pobladores nacieron de los dientes del dragón que fueron sembrados por Cadmo.

do en extraño guía vuestro, como vosotras dos lo habéis sido para vuestro padre! Avanzad y no me toquéis, sino dejadme que por mí mismo localice mi sagrada tumba, donde el destino ha fijado que en esta tierra se dé sepultura a este hombre. Por aquí, seguid por aquí. Pues por aquí me guían el mensajero Hermes y la diosa de los infiernos [24]. ¡Oh invisible luz, antes eras algo mío, pero ahora por última vez me abrazo a tu cuerpo. Pues ya me arrastro en mi postrer tramo de vida para ocultarme en el Hades!

Vamos, mi más querido huésped, tú mismo, tu país y tus súbditos, sed completamente felices y en vuestro éxito acordaos de mí cuando esté muerto para que viváis por siempre felices.

(Se inicia una comitiva que acompaña a cierta distancia a EDIPO.)

Estrofa

CORO. *Si me es lícito veneraros con súplicas a ti, diosa invisible, y al soberano de las tinieblas, Edoneo, Edoneo, concededme que el extranjero cumpla su descenso libre de penas y sin tristes lamentos hasta la llanura de los muertos, donde todo se oculta, hasta la morada de la Estigia* [25]. *Pues tras haber llegado a tantas y tan inútiles desgracias, un dios justo deberá a su vez ensalzarle.*

Antístrofa

¡Diosas de las profundidades y fiera de indómito cuerpo, de quien se cuenta el rumor de que en las muy tran-

24. Esto es, la diosa Perséfone.
25. Laguna de los infiernos, reino de Hades y del barquero funerario Caronte.

sitadas puertas del Hades te recuestas como guardián insobornable mientras gruñes desde tu cueva. Te suplico, ¡oh Tierra hija del Tártaro!, que éste franquee el paso al extranjero en su viaje a las llanuras de los muertos. Te invoco a ti, a la que concedes el eterno sueño.

(De pronto aparece en escena un mensajero.)

MENSAJERO. Ciudadanos, me sería muy fácil comunicaros en pocas palabras que Edipo ha muerto. Pero lo que en realidad ha sucedido y lo que allí ocurrió no puedo contarlo en un breve relato.

CORIFEO. ¿Ha muerto, pues, el infeliz?

MENSAJERO. Ten por seguro que aquél ha abandonado este mundo.

CORIFEO. ¿Y cómo fue? ¿Tal vez, desdichado, con un final divino y llevadero?

MENSAJERO. Esto es algo verdaderamente digno de admiración. Pues cuando salió arrastrándose de aquí, y tú lo sabes por haber estado presente, sin ser guiado por ninguno de los suyos, sino conduciéndonos él mismo a todos nosotros, y una vez que llegó al escarpado asiento cimentado en la tierra por pilares de bronce, se detuvo en uno de los caminos que se bifurcan, en las proximidades de una hondonada de la roca donde están depositados los pactos entre Pirítoo y Teseo[26]. A partir de ese momento se colocó sobre la roca Toricia, junto a un peral silvestre de hueco tronco y donde más tarde iba a estar su propia tumba y allí tomó asiento.

26. Ambos héroes vivieron innumerables aventuras, una de las cuales fue su descenso común a los infiernos para rescatar a Perséfone.

Acto seguido se desnudó de sus mugrientos harapos, llamó a sus hijas y les ordena que traigan agua de un manantial próximo para lavarse y para hacer las libaciones. Ellas dos se encaminaron a la cercana colina de la floral Deméter y con toda celeridad trajeron los encargos de su padre, y lo prepararon con el baño y las vestimentas que para la ocasión convienen. Una vez que sintió la satisfacción de que estaba dispuesto y que nada de lo que era necesario estaba pendiente, se oyó el trueno de Zeus ctónico, y las muchachas se estremecieron al oírlo. Postradas a los pies de su padre lloraban y no cesaban de golpearse el pecho ni de lamentarse sin cesar. Y él, al oír este repentino y amargo sollozo, abrazándolas estrechamente les dijo: «¡Hijas mías, no tenéis ya a vuestro padre en este día! Todo lo mío ha muerto, y no tendréis que preocuparos con la penosa tarea de alimentarme; tarea que, bien lo sé, hijas mías, era tan dura. Una sola palabra os aliviará de todas estas penalidades: no es posible que hayáis recibido mayor amor que el de este anciano, huérfanas del cual tendréis que pasar el resto de vuestra vida».

Se mantenían así todos abrazados lamentándose entre sollozos. Cuando dejaron de sollozar y se apagó el llanto se produjo un gran silencio. De repente la voz de alguien le llama de tal modo que a todos se nos pusieron los cabellos de punta a causa del miedo. Un dios le llama repetidas veces y en distinto tono: «¡Eh, tú, Edipo!, ¿a qué esperas para partir? Hace rato que te retrasas». Al darse cuenta él de que un dios le habla pide que se acerque Teseo, el rey de este país, y una vez que éste estuvo a su lado le dijo: «Querido amigo, refrenda a mis hijas la antigua garantía estrechando tu mano, y vosotras, hijas, a él. Prométeme que nunca las abandonarás voluntariamente y que cumplirás cuanto consideres que en cada momento les convie-

ne». Y él, como hombre noble que es, asintió sin rechistar a cumplir bajo juramento todo ello al extranjero.

Una vez hecho esto, Edipo impuso al punto las ciegas manos sobre sus hijas y les dice: «Hijas mías, debéis ambas salir de este recinto con grandeza de ánimo, y no pretendáis ver lo que no es lícito ni escuchar nuestra conversación. Vamos, marchaos cuanto antes. Exclusivamente debe quedarse el elegido, Teseo, para que conozca lo que va a ocurrir».

Todos le oímos decir estas cosas; luego acompañamos a las muchachas llorando incesantemente. Según nos alejábamos nos dimos la vuelta al cabo de un momento, desde donde divisamos que nuestro hombre ya no estaba y que el propio rey se ponía su mano sobre el rostro delante de los ojos, como si se le hubiera aparecido una visión terrible e insoportable de contemplar. Pero luego vimos que él al cabo de un cierto tiempo se arrodillaba y veneraba a la tierra y al Olimpo divino con unas mismas preces. De qué manera fue su muerte no podría narrarlo ningún mortal excepto Teseo en persona. Pues no murió alcanzado por el rayo ignífero de ningún dios ni por una tempestad surgida en aquel preciso momento; más bien apareció un mensajero enviado por los dioses o el sombrío suelo de la tierra le abrió paso benévolo; pues nuestro hombre se marchó sin gemidos y sin quejarse de dolores, sino de forma admirable cual ningún otro de los mortales. Y si doy la impresión de contar insensateces no acudiría a quienes así piensan de mí.

CORIFEO. ¿Dónde están sus hijas y los amigos que les acompañaban?

MENSAJERO. No se encuentran lejos; pues sus nítidos gritos nos indican que vienen hacia aquí.

Estrofa 1

ANTÍGONA. *¡Ay, ay, nos toca ahora a las dos, desdichadas ambas, lamentarnos no por una cosa sí y otra no, sino por la sangre vengadora que de nuestro padre hemos heredado! Hasta hoy hemos soportado muchas penalidades por atenderlo, y finalmente ahora podremos contar las cosas increíbles que hemos visto y hemos vivido.*

CORO. *¿Qué cosas son ésas?*

ANTÍGONA. *Fácilmente lo podéis conjeturar, amigos.*

CORO. *¿Ha muerto?*

ANTÍGONA. *De la forma que más te gustaría. Pues cómo no, si a él no le salió al encuentro ni Ares ni el Ponto, sino que se lo engulleron las tenebrosas llanuras, llevado por un oscuro destino. Infeliz de mí, triste noche sobre nuestros ojos nos ha sobrevenido. Pues ¿cómo, por qué tierras lejanas vagando o por las olas de qué mar obtendremos nuestro difícil medio de subsistencia?*

ISMENE. *No lo sé. ¡Ojalá que el mortífero Hades se hubiera apoderado de mí para morir, infeliz, al mismo tiempo que mi anciano padre, porque para mí al menos lo que me resta de vida ya es insoportable!*

CORO. *¡Oh vosotras dos, las mejores de las hijas, lo que la divinidad nos envía hay que sobrellevarlo con dignidad! No os torturéis en demasía, pues no os ha sobrevenido nada vergonzoso.*

Antístrofa 1

ANTÍGONA. *Añoranza sentimos en cierta medida hasta de las desgracias. Pues incluso lo que resultaba menos grato lo era: tener a mi padre en mis brazos. Padre, padre mío, envuelto por siempre ya en las oscuridades subterráneas, ni aunque te hayas ido carecerás nunca de mi cariño ni del de ésta.*

CORO. *Terminó.*

ANTÍGONA. *Terminó como deseaba.*

CORO. *¿Cómo fue?*

ANTÍGONA. *Murió en la tierra extranjera que quería, y en lo profundo ocupa un lecho por siempre bien sombrío, dejándonos una pena que no cesamos de llorar. Mis ojos, padre, lloran por ti y no sé cómo poner fin, desdichada, a mi dolor por ti. ¡Ay de mí! Deseaste morir en tierra extranjera, pero lo has hecho solo, sin mi presencia.*

ISMENE. *Infeliz, ¿qué destino nos aguarda a ti y a mí, huérfanas así de nuestro padre?*

CORO. *Pero ya que él consiguió poner fin feliz a su vida, hijas mías, cesad en vuestros lamentos, pues nadie está exento de males.*

Estrofa 2

ANTÍGONA. *Regresemos, querida hermana.*

ISMENE. *¿Para qué?*

ANTÍGONA. *Siento un vivo deseo...*

ISMENE. *¿Cuál? Dime.*

ANTÍGONA. *... de ver la morada subterránea.*

ISMENE. *¿De quién?*

ANTÍGONA. *... de nuestro padre, desdichada de mí.*

ISMENE. *¿Y cómo va a ser lícito eso? ¿Es que no ves?*

ANTÍGONA. *¿Por qué me reprendes?*

ISMENE. *Además de que...*

ANTÍGONA. *¿Qué hay de más todavía?*

ISMENE. *... que murió sin sepultura y carente de todo.*

ANTÍGONA. *Llévame allí y dame muerte también.*

ISMENE. *¡Ay, ay, desdichada! ¿Y cómo soportaré entonces, de nuevo sola y sin recursos, mi desgraciada existencia?*

Antístrofa 2

CORO. *Amigas, no tengáis miedo.*

ANTÍGONA. *¿Pero adónde puedo huir?*

CORO. *Antes ya habéis conseguido ambas escapar.*

ANTÍGONA. *¿De qué?*

CORO. *De una muerte ignominiosa para ambas.*

ANTÍGONA. *Pienso…*

CORO. *¿Qué estás pensando ahora?*

ANTÍGONA. *… que no sé cómo vamos a volver a casa.*

CORO. *Pues tampoco te empeñes.*

ANTÍGONA. *La fatiga me puede.*

CORO. *Ya antes la sentías.*

ANTÍGONA. *Antes era una situación difícil, ahora lo es mucho más.*

CORO. *Gran océano de males os cupo a ambas en suerte.*

ANTÍGONA. *¡Ay, ay! ¿Adónde dirigirnos, oh Zeus? ¿Adónde me impele ahora el destino futuro?*

TESEO. Dejad de lamentaros, hijas. No debemos sufrir cuando el favor del que yace bajo oscura tierra nos está asegurado. Provocaría la divina venganza.

ANTÍGONA. ¡Hijo de Egeo, ante tus pies nos postramos!

TESEO. ¿Qué favor queréis conseguir?

ANTÍGONA. Deseamos echar una mirada a la tumba de nuestro padre.

TESEO. No está permitido acercarse allí.

ANTÍGONA. ¿Cómo has dicho, señor, soberano de Atenas?

TESEO. Hijas mías, fue él quien me prohibió que ningún mortal se acercara a este recinto y que yo mismo hablara de la tumba que le da acogida. Y me dijo también que si yo cumplía exactamente estas cosas, tendría por siempre mi país libre de penas. Testigo de todo ello fue el dios al oírlo, y el que todo lo sabe, el Juramento de Zeus.

ANTÍGONA. Pues si ésas fueron sus intenciones, eso nos basta. Envíanos ahora a la antiquísima Tebas por si podemos impedir la muerte que se cierne sobre nuestros hermanos.

TESEO. Haré no sólo eso sino cuanto pueda redundar en provecho vuestro y del que bajo tierra yace recién desaparecido, en señal de agradecimiento. No debo desfallecer.

CORIFEO. *Vamos cesad y no reemprendáis vuestros sollozos. Pues por completo esto ha terminado.*

ÍNDICE